ALBERT PIKE

Moral y Dogma

del rito Escoces Antiguo y Aceptado



PRÍNCIPE DEL TABERNÁCULO

(Grados 19 a 24)

Traducción de
Alberto Moreno Moreno



Albert Pike

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados Diecinueve a Veinticuatro
(Príncipe del Tabernáculo)

Traducción:
Alberto R. Moreno Moreno

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados Diecinueve a Veinticuatro
(Príncipe del Tabernáculo)

Serie Azul
[Textos históricos y clásicos]

Ningún título de ***masonica.es***
está descatalogado y todos ellos
se encuentran disponibles tanto en
formato papel como electrónico.

Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado
(Príncipe del Tabernáculo)
Albert Pike

editorial masonica.es®
Serie Azul (Textos históricos y clásicos)
www.masonica.es

EntreAcacias, S. L.
Apdo. Correos 32
33010 Oviedo
Asturias (España)
Teléfono: (34) 985 79 28 92
info@masonica.es

1ª edición: enero, 2011

ISBN (edición impresa): 978-84-92984-33-6
ISBN (edición digital): 978-84-92984-34-3

Edición digital

To Mike Levy

Alberto Moreno Moreno

Moral y Dogma

del

Rito Escocés Antiguo y Aceptado

de la

Francmasonería

Grados de Diecinueve a Veinticuatro

(Príncipe del Tabernáculo)

ALBERT PIKE

Publicado en Charleston (EE.UU.) en 1871

Traducido al español
por

Alberto Ramón Moreno Moreno
(Septiembre de 2010)

Este volumen contiene los capítulos 19 a 24 de la obra de Albert Pike *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*.

Está precedido por *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Grados de Aprendiz, Compañero y Maestro), Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Logia de Perfección), y Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Capítulo Rosacruz),* publicados por MASONICA.ES.

XIX

Gran Pontífice

El verdadero Masón trabaja por el bien de aquellos que vendrán detrás de él, así como por el progreso y mejora de su raza. Pobre ambición es aquella que se limita a la propia vida. Todos los hombres que merecen vivir desean sobrevivir a sus funerales, y perdurar en el bien que han causado al género humano más que en los descoloridos epitafios escritos en recuerdo de los mortales. La mayoría de los hombres desea dejar tras ellos alguna obra que pueda sobrevivir a sus días y a su breve generación. Es un impulso instintivo otorgado por Dios y que aparece incluso en el más tosco corazón humano, siendo la prueba más evidente de la inmortalidad del alma, y la diferencia fundamental entre el hombre y los animales más inteligentes. Plantar los árboles que, tras nuestra muerte, cobijarán a nuestros hijos, es tan natural como amar la sombra de los árboles que nuestros padres plantaron. El esposo más rudo e iletrado, dolorosamente consciente de su propia inferioridad, la madre viuda más pobre, que da su sangre a aquellos que solo pagan por el trabajo de su aguja, se esforzarán y lo darán todo

por educar a sus hijos, de forma que sean en la vida más que ellos; y de esta especie surgen los mayores benefactores del Mundo. En las influencias que le sobreviven, el hombre se vuelve inmortal antes de la Resurrección universal. La madre espartana que, entregando el escudo a su hijo, le dijo "¡Con él, o sobre él!", participó posteriormente del gobierno de Lacedemonia junto a las leyes de Licurgo; pues ella también hizo una ley que perduró tras ella, e inspiró a los soldados espartanos que posteriormente demolieron los muros de Atenas y ayudaron a Alejandro a conquistar el Oriente. La viuda que entregó al General Marion, orgullosa, las flechas para quemar su propia casa, de forma que no pudiese servir de cobijo a los enemigos de su patria natal esa casa donde había yacido con su marido y donde habían nacido sus hijos, ofreció al Estado una ley más eficaz que las de Locke o Shaftesbury, o las que ha dado toda una legislatura, desde que ese Estado conquistó su libertad.

Tuvo poca importancia para los reyes de Egipto y los monarcas asirios y fenicios que el hijo de una mujer judía, un huérfano adoptado por la hija de Sesostris Ramsés, matase a un egipcio que maltrataba a un esclavo hebreo, huyendo al

desierto para permanecer allí cuarenta años. Pero Moisés, que de otro modo hubiese podido haberse convertido en Regente del Bajo Egipto, y que nos sería conocido únicamente por medio de una inscripción en una tumba o por un monumento, se convirtió en el Libertador de los Judíos, y los guió desde Egipto hasta las fronteras de Palestina, creando para ellos una Ley de la que surgió la fe cristiana, y dando así dio forma a los destinos del Mundo. Como hicieron los antiguos legisladores romanos, Alfredo de Inglaterra, los señores sajones y los barones normandos, los antiguos jueces y cancilleres, y los autores de los cánones, perdidos todos ellos en las sombras y la bruma del pasado; estos son nuestros legisladores, y obedecemos las leyes que promulgaron.

Napoleón murió en la roca pelada de su exilio. Sus huesos, llevados a Francia por el hijo de un rey, descansan en el Hospital de los Inválidos, en la gran ciudad del Sena. Sus pensamientos todavía gobiernan Francia. Él, y no el pueblo, destronó al Borbón, y condujo al último rey de la Casa de Orleáns al exilio. Él, en su ataúd, y no el pueblo, otorgaron la corona a Napoleón III; y él, y no los generales de Francia e Inglaterra, condujeron sus fuerzas unidas contra el áspero despotismo del Norte.

Mahoma anunció a los idólatras árabes el nuevo credo: “No hay más que un Dios, y Mahoma, como Moisés y Cristo, es Su Profeta”. Sin ayuda ninguna durante muchos años, posteriormente con la de su familia y algunos amigos, después con la de muchos discípulos, y finalmente con un ejército, Mahoma enseñó y predicó el Corán. La religión del entusiasta árabe convirtió a las ardientes tribus del Gran Desierto, se extendió por Asia, fue origen de las dinastías sarracenas, conquistó Persia y la India, el Imperio Griego, el Norte de África y España, y avanzó velozmente hacia las fortalezas de la Cristiandad en el Norte. La Ley de Mahoma todavía gobierna a un cuarto de la raza humana; y el turco y el árabe, el moro, el persa y el hindú, todavía obedecen al profeta, y rezan con sus rostros vueltos hacia La Meca. Y es él, y no los vivos, quien gobierna y reina en tantas partes de Oriente.

Confucio todavía pervive en las leyes de China, y son los pensamientos e ideas de Pedro el Grande los que gobiernan Rusia. Platón y el resto de grandes sabios de la antigüedad todavía reinan como monarcas de la Filosofía, y ostentan el dominio sobre el intelecto humano. El gran Estadista del pasado todavía preside los consejos de las naciones. Burke todavía se resiste a

abandonar la Cámara de los Comunes, y las tonadillas de Berryer resonarán largo tiempo en las Asambleas legislativas de Francia. Las influencias de Webster y Calhoun, en conflicto, dividen a los Estados Americanos, y la doctrina de cada uno es ley y oráculo del Sancta Sanctorum para su propio estado y todo lo asociado a él: una fe pronunciada y proclamada por ambos en sus discursos y consagrada por ríos de sangre.

Se dice con propiedad que, una vez que Tamerlán hubo construido su pirámide de cincuenta mil cráneos humanos, y partió con sus ejércitos desde Damasco a la búsqueda de nuevas conquistas, construyendo otras pirámides, un niño jugaba en las calles de Mentz. El niño era hijo de un pobre artesano, con lo cual su importancia aparente, comparada con la de Tamerlán, era como la de un grano de arena comparada con la Tierra; pero Tamerlán y sus hirsutas legiones, que habían asolado el Oriente, se desvanecieron en el olvido, y hoy no son más que sombras, mientras que la imprenta, la maravillosa invención de Juan Fausto, el niño de Mentz, ha ejercido una influencia mayor en los destinos de la Humanidad y ha derribado más tronos y dinastías que todas las victorias de todos los conquistadores con sus

aceros ensangrentados, desde Nimrod hasta Napoleón.

Hace mucho tiempo, el templo construido por Salomón y nuestros antiguos hermanos se hundió en la ruina cuando los ejércitos asirios saquearon Jerusalén. Los reyes de Egipto y Asiria que eran coetáneos de Salomón han quedado olvidados, y sus historias reducidas a fábulas. El Antiguo Oriente es un entorno destrozado que palidece en las orillas del Tiempo. El lobo y el chacal aúllan entre las ruinas de Tebas y de Tiro, y las esculturas de los templos y palacios de Babilonia y Nínive son desenterradas para ser llevadas a países extraños. Pero la tranquila y pacífica Orden, de la cual el hijo de una pobre viuda fenicia era uno de sus Grandes Maestros, igual con los Reyes de Israel y Tiro, ha continuado aumentando su estatura e influencia, desafiando a los siglos y a las tormentas de la persecución. El tiempo no ha debilitado sus sólidos cimientos, ni ha derribado sus columnas, ni menoscabado la belleza de sus armoniosas proporciones. En los inhóspitos páramos baldíos de Francia e Inglaterra, donde los rudos bárbaros del tiempo de Salomón habitaban, así como en ese Nuevo Mundo desconocido para judíos y gentiles, la Orden ha construido nuevos templos, e imparte a

millones de iniciados lecciones de paz, buena voluntad, tolerancia, y confianza en Dios y en el Hombre, que aprendieron cuando hebreos y gebalitas trabajaban codo con codo en las montañas del Líbano, y el siervo de Yahvé y el adorador fenicio de Baal se sentaban juntos, al lado del humilde artesano, en concilio en Jerusalén.

Son los Muertos los que gobiernan. Los Vivos únicamente obedecen. Y si el alma es capaz de ver, tras la muerte, lo que sucede en esta Tierra, y cuida del bienestar de aquellos a los que ama, entonces su mayor felicidad consiste en contemplar la corriente de sus influencias benéficas fructificando de generación en generación, como riachuelos que se convierten en ríos, y ayudando así a forjar los destinos de las personas, familias, estados y el Mundo; y siendo el más amargo castigo observar sus influencias malignas causando desdichas y miseria, condenando y afligiendo a los hombres mucho después de que el cuerpo en el que moró se haya convertido en polvo, y tanto su nombre como su recuerdo se haya desvanecido.

No sabemos quiénes de entre los Muertos controlan nuestro destino. La raza humana

universal está unida y ligada por esas influencias y simpatías que, en el más verdadero de los sentidos, forjan el destino de los hombres. La Humanidad es una unidad de la que el hombre no es sino una fracción. Lo que otros hombres en el Pasado han hecho, dicho y pensado, constituye la gran red de hierro de las circunstancias que nos rodean y nos controlan. Nuestra fe se fundamenta en la confianza. Pensamos y creemos en la medida en que los Viejos Señores nos lo ordenan; y la Razón no tiene poder ante la Autoridad.

Nosotros acordaríamos o anularíamos un contrato particular; pero los Pensamientos de los Jueces muertos en Inglaterra, que perviven una vez que sus cenizas se enfriaron hace siglos, se sitúan entre nosotros y lo que haríamos, y lo prohíben tajantemente. Haríamos nuestra fortuna como nos pluguiese, pero la prohibición del Parlamento inglés, su pensamiento pronunciado en la época en que reinaba el primer o segundo Eduardo, resuena con su eco por las largas avenidas del tiempo, y nos dice que no podemos ejercitar nuestro poder como deseemos. Obtendríamos una ganancia a costa de otro, y el pensamiento de un legislador romano muerto antes de Justiniano, o el de Cicerón, el mayor orador de Roma, destruye el acto o convierte esa intención

en algo sin efecto. Este acto está prohibido por Moisés. Ese otro, por Alfredo. Venderíamos nuestra tierra, pero ciertas capitulaciones sobre un viejo papel amarillento nos indican que nuestro padre, o algún ancestro remoto, lo dispusieron de otro modo; y el brazo del muerto, emergiendo de la tumba, prohíbe con gesto perentorio la transacción. Cuando estamos a punto de pecar o de errar, el pensamiento o el deseo de nuestra madre muerta, pronunciado cuando éramos niños por medio de palabras que se desvanecieron en el aire nada más ser pronunciadas, y que fueron olvidadas hace mucho tiempo, aparece en nuestra memoria, y nos detiene con poder irresistible.

De esta forma obedecemos a los muertos; e igualmente los vivos, una vez que nosotros hayamos partido, nos obedecerán en la alegría y en el pesar. Los pensamientos del pasado son las leyes del presente y del futuro. Aquello que decimos y hacemos, si sus efectos no perduran más allá de nuestras vidas, carece de importancia. Lo que perdure, una vez que hayamos partido, como parte del gran cuerpo de la ley promulgada por los muertos, es lo único que merece haber sido hecho, los únicos pensamientos dignos de haber sido pronunciados. El deseo de hacer algo que beneficie al mundo, cuando ni la loa ni la

ofensa pueda alcanzarnos en la tumba en la que durmamos profundamente, es la ambición más noble y digna de ser alimentada por un hombre.

Esa es la ambición de un verdadero y genuino masón. Conocer los lentos procesos por medio de los cuales la Deidad convierte en realidad grandes resultados, es algo que el masón no puede esperar comprender en una sola vida. Con raras excepciones, la más noble misión y el destino inflexible de los grandes y los buenos, es trabajar, y dejar que sean otros los que cosechen el fruto de su trabajo. Aquel que hace el bien únicamente para ser pagado con bien, o con gratitud, o con reputación y alabanza, es como aquel que presta dinero para, tras unos meses, recuperarlo con intereses. Recibir a cambio de eminentes servicios unos insultos, la difamación o el ridículo, o en el mejor de los casos una estúpida indiferencia o fría ingratitud, es tan habitual que no debe tomarse como una desgracia, sino como algo acostumbrado en aquellos que no tienen la agudeza para ver o la capacidad para apreciar el servicio, o la nobleza de alma para agradecer y recompensar con el elogio. Pero las influencias del que ha rendido el servicio perduran, y el gran Futuro obedecerá, ya reconozca o ignore al legislador.

Milcíades tuvo suerte de ser exiliado; y Arístides de ser condenado al ostracismo porque los hombres estuviesen cansados de oírle llamar "El Justo". Ni siquiera el Redentor fue desafortunado, sino que lo fueron aquellos que Le recompensaron por el inestimable don que les ofreció, y por una vida de esfuerzo por su bien, clavándolo sobre la cruz como si fuese un esclavo o un malhechor. El perseguidor muere y se pudre, y la Posteridad menciona su nombre con execración; pero, sin proponérselo, ha hecho que el recuerdo de su víctima sea glorioso e inmortal. El masón que beneficie a su raza debe esperar, si no difamación y persecución, sí apatía y fría indiferencia en aquellos cuyo bien busca, y en aquellos que deberían buscar el bien de otros. Excepto cuando las lentas profundidades de la Mente Humana son golpeadas y agitadas como por una tormenta por la llegada de un gran Reformador, y una nueva Fe brota y crece con energía sobrenatural, el progreso de la Verdad es más lento que el crecimiento de las encinas; y aquel que planta mejor que no espere recoger. El Redentor, a Su muerte, tenía doce discípulos, y uno le traicionó y otro le negó tres veces. Bástenos saber que el fruto llegará a su debido tiempo. Cuándo, o quién lo recogerá, es algo que

no nos concierne lo más mínimo. Nuestro trabajo es plantar la semilla, y es el derecho de Dios otorgar el fruto a quien le plazca; y si no es a nosotros, entonces nuestra acción queda ennoblecida por ello.

Plantar para que otros puedan recoger; sembrar y laborar para aquellos que ocuparán la Tierra cuando hayamos muerto; proyectar nuestra influencia durante largo tiempo en ese futuro y vivir más allá de nuestro tiempo; gobernar como Reyes del Pensamiento sobre hombres aún por nacer; bendecir con los gloriosos dones de la Verdad, la Luz y la Libertad a aquellos que no conocerán el nombre de su benefactor, ni se preocuparán de en qué tumba reposan sus olvidadas cenizas, este es el verdadero oficio del masón y el más orgulloso destino al que el hombre puede aspirar. Todas las grandes operaciones benéficas de la Naturaleza se llevan a cabo por medio de cambios lentos, y a menudo imperceptibles. Únicamente el trabajo de destrucción y devastación es violento y rápido. El volcán y el terremoto, el tornado y la avalancha, adquieren de repente plena vida y muestran su temible energía, y destrozan en un arrebato inesperado. El Vesubio enterró Pompeya y Herculano en una sola noche, y Lisboa se postró

ante Dios en un suspiro cuando la tierra tembló y se agitó. Un pueblo alpino se desvanece y queda borrado para siempre en una avalancha; y los bosques milenarios caen como la hierba ante la segadora cuando el tornado se abate sobre ellos. La peste mata a miles en un día, y la tormenta nocturna siembra la arena de restos de navíos naufragados.

La calabaza del Profeta Jonás creció y se marchitó en una noche. Pero hace muchos años, antes de que el conquistador normando pusiese su pie sobre el cuello del inglés sajón postrado, algún bárbaro errante del continente todavía desconocido para el Mundo, cubrió, con la mano o el pié, y con desgana, una bellota con un poco de tierra, continuando como si tal cosa su viaje hacia la bruma del pasado. Murió y fue olvidado; pero la bellota quedó allí, con la poderosa fuerza que encierra actuando en la oscuridad. Un tierno retoño brotó; y alimentado por la luz, el aire y los frecuentes rocíos, se robustecieron sus pequeñas hojas; y vivió porque el alce o el búfalo no acertaron a poner su pezuña sobre él y a aplastarlo. Los años pasaron, y el brote se convirtió en un joven árbol, y sus hojas germinaron y cayeron con la primavera y el otoño. Y siguieron pasando años y años, y Guillermo, el

bastardo normando, repartió Inglaterra entre sus barones, y el joven árbol siguió creciendo, y el rocío alimentó sus hojas, y los pájaros construyeron sus nidos entre sus pequeñas ramas durante generaciones. Y siguieron pasando los años, y el cazador indio durmió a la sombra de árbol, y Ricardo Corazón de León combatió en Acre y en Ascalón, y los osados señores de Juan le usurparon la corona; y el arbolillo ya se había convertido en un árbol frondoso; y siguió creciendo, y extendió sus ramas y elevó su copa aún más hacia los Cielos. El árbol ya tenía fuertes raíces, y desafiaba a las tormentas que rugían y atravesaban sus ramas. Y cuando Colón aró con sus quillas el desconocido Atlántico Occidental; y Cortés y Pizarro bañaron la cruz con sangre; y el puritano, el hugonote, el aventurero y el seguidor de Penn buscaron refugio y acogida más allá del océano, el gran roble todavía se erguía firmemente enraizado, vigoroso e inamovible, dominando orgulloso sobre todo el bosque, ajeno a todos los siglos que habían discurrido desde que aquel indio salvaje plantó la pequeña bellota en la tierra; un árbol robusto y fornido, con su ancha circunferencia dando sombra a una buena parte de terreno; y listo para proporcionar cuadernas para un barco que pasee el trueno de

los cañones de la Gran República por todo el mundo. Y a pesar de todo, desde el momento en que el débil brote vio la luz, hasta que las águilas hicieron sus nidos en sus ramas, nadie vio al roble crecer.

Hace muchos siglos, antes de que los pastores caldeos observasen las estrellas, o que Keops construyese las pirámides, había un profundo mar donde ahora un millar de islas ornan la superficie del Océano Índico; y las profundidades abisales conducían a donde nadie ha encontrado el fondo. Y bajo estas olas se hallaban miríadas y miríadas de existencias diminutas, imposibles de ser contadas, y era cada una perfecta criatura viviente, hecha por el Creador Todopoderoso y caracterizada para el trabajo que debía realizar. Allí se afanan ellas bajo las aguas, cada una cumpliendo con su labor, ajenas por completo al resultado que Dios pretendió. Vivieron y murieron por números incalculables y en una sucesión casi infinita de generaciones, añadiendo cada una su granito de arena al trabajo ciclópeo que se lleva a cabo bajo la dirección divina. Y así es como Dios escogió crear grandes continentes e islas; de forma que los corales todavía viven y trabajan, como cuando hacen las rocas que subyacen en el Valle del Rio Ohio. Y así es como Dios escogió

crear. Donde ahora es tierra firme, una vez se encontró el océano. Durante eras miríadas de infusorios y rocosos tallos de encrinitas se sumergieron en sus profundidades, y allí, bajo la tremenda presión de las aguas, se petrificaron en caliza. Elevadas lentamente desde las profundidades por Su mano, sus canteras constituyen el lecho de todos los continentes, con cientos de pies de espesor; y nosotros, a partir de estos restos de incontables muertos, construimos tumbas y palacios; como los egipcios, a los que llamamos antiguos, que construían sus pirámides.

El Sol contempla con sinceridad y amor todos los anchos lagos y océanos, y los vapores invisibles se elevan siempre para encontrarle. Ningún ojo, salvo el de Dios, ve como se elevan. Allí, en la atmósfera superior, se condensan en bruma y se concentran en nubes, y flotan y se desplazan por el aire. Navegan con sus corrientes, y flotan sobre el océano, y se curvan en grandes masas alrededor de las rocosas laderas de las grandes montañas. Condensadas aún más por el cambio de temperaturas, caen sobre la tierra sedienta como lluvias gentiles, o se precipitan de forma torrencial en pesados aguaceros, o en una tempestad en el Equinoccio de Otoño. El chubasco, la lluvia y la tormenta pasan, las nubes

se desvanecen, y las estrellas brillan de nuevo sobre la tierra feliz. Las gotas de lluvia se hunden en la tierra, y se reúnen en acuíferos subterráneos, y corren por canales subterráneos, y brotan en forma de manantiales o fuentes; y desde las faldas de las montañas y los nacimientos de los valles, las plateadas corrientes de agua comienzan su largo viaje hacia el océano. Uniéndose, se ensanchan en ríos y corrientes; y, por fin, un Nilo, un Ganges, un Danubio, un Amazonas o un Mississippi corre entre sus bancos, poderoso, majestuoso e irresistible, creando vastos valles de aluvión que serán los graneros del mundo, surcados por miles de quillas de comercio, y sirviendo como grandes carreteras, y como fronteras infranqueables entre naciones rivales; regresando siempre al océano las gotas que surgieron de él en forma de vapor, y descendieron como lluvia y nieve y se depositaron sobre las llanuras y montañas.

Igualmente sucede con el agregado del esfuerzo Humano. De la misma forma que las partículas invisibles de vapor se combinan para formar las nieblas y nubes que dejan caer la lluvia sobre los continentes sedientos, y bendicen las grandes forestas y las amplias praderas de hierba, los pastos rizados por el viento y los campos que

proporcionan sustento a los hombres; de la misma manera que las miríadas de gotas que la feliz tierra bebe se reúnen en arroyos, riachuelos y ríos, para nivelar las montañas y elevar las llanuras, para alimentar los grandes lagos y los océanos incansables, así es el Pensamiento Humano, el Discurso y la Acción, todo lo que es hecho, dicho, pensado y sufrido sobre la Tierra; de forma que fluye hacia adelante como una gran corriente irresistible, hacia esos grandes resultados que han sido determinados por la Voluntad de Dios.

Construimos lentamente y destruimos con presteza. Nuestros antiguos hermanos, que construyeron los templos en Jerusalén, emplearon miríadas de hachazos para talar los cedros y darles forma, y extrajeron los sillares de la roca, y esculpieron los intrincados ornamentos que debían figurar en los Templos. Piedra tras piedra, gracias al esfuerzo combinado y mantenido en el tiempo de Aprendices, Compañeros y Maestros, los muros se elevaron; lentamente dieron forma y acabado al tejado, y transcurrieron años hasta que las estancias estuvieron terminadas, listas y dispuestas para la adoración de Dios, gozosas en el esplendor soleado de la atmósfera de Palestina. Así fueron construidas. Un sencillo movimiento

del brazo de un bárbaro y rudo lancero asirio, de un legionario romano ebrio o de un legionario godo al mando de Tito, movido por un insensato impulso de voluntad brutal, arrojó al interior la tea ardiendo; y sin mayor cooperación humana, unas escasas horas sirvieron para consumir y convertir el Templo en una masa humeante de ruina negra.

¡Sé paciente, amigo mío, y aguarda!
Obrar por medio de Milagros
corresponde a Dios.
Hacer las cosas por medio del trabajo,
Es el derecho que nos corresponde.

¡Por lo tanto, no desfallezcas, ni te canses de hacer el bien! ¡No te descorazones ante la apatía de los hombres, ni te disgustes por sus insensateces, ni te adormezcas ante su indiferencia! ¡No tengas cuidado del resultado ni de lo que te proporcionen tus obras; tan sólo piensa en lo que hay que hacer, y hazlo, dejando los resultados en manos de Dios! ¡Caballero Jurado de la Justicia, la Verdad y la Tolerancia; buen y leal Caballero, sé paciente y trabaja!

El Apocalipsis, ese sublime resumen cabalístico y profético de toda la numerología oculta, divide sus imágenes en tres Septenarios, habiendo tras

cada uno de ellos silencio en el Cielo. Hay Siete Sellos que abrir, o lo que es lo mismo, Siete Misterios que conocer, Siete dificultades que vencer, Siete trompetas que tocar y Siete copas que vaciar.

El Apocalipsis es, para aquellos que reciben el Grado XIX, la Apoteosis de esa fe Sublime que aspira únicamente a Dios y desprecia todas las pompas y las obras de Lucifer. ¡Lucifer, el Portador de la Luz! ¡Extraño y misterioso nombre para otorgárselo al Espíritu de la Oscuridad! ¡Lucifer, el Hijo de la Mañana! ¿Es *él* quien lleva la *Luz*, y quien con sus esplendores intolerables ciega a las almas débiles, carnales o egoístas? ¡No lo dudes! Pues las tradiciones están llenas de Revelaciones Divinas e Inspiraciones, y la Inspiración no pertenece a una época ni a un credo. Platón y Filón también estaban inspirados.

Desde luego, el Apocalipsis es un libro tan oscuro como el Sohar. Está escrito de forma jeroglífica, con números e imágenes; y el Apóstol con frecuencia apela a la inteligencia del Iniciado. "¡Que el que tenga conocimiento, entienda. Que el que tenga entendimiento, calcule!", dice a menudo, tras la alegoría o mención de un número. San Juan, el Apóstol

favorito, y depositario de todos los Secretos del Salvador, no escribió, por lo tanto, para ser comprendido por la multitud.

El Sefer Yezirah, el Sohar y el Apocalipsis son los más completos compendios de Ocultismo. Contienen más significados que palabras; sus expresiones son figurativas como la poesía y exactas como los números. El Apocalipsis resume, completa y sobrepasa toda la ciencia de Abraham y Salomón. Las visiones de Ezequiel junto al Río Chebar, y del nuevo Templo Simbólico, son expresiones igualmente misteriosas, veladas por los números de las enigmáticas enseñanzas de la Cábala, y sus símbolos son tan poco comprendidos por los Comentaristas como los de la Francmasonería. El Septenario es la corona de los números, pues une el Triángulo de la Idea al Cuadrado de la Forma.

Cuanto más se esforzaban los grandes hierofantes por ocultar su Ciencia absoluta, más intentaban añadir grandeza y multiplicidad a sus símbolos. Las majestuosas pirámides, con sus lados triangulares elevados sobre bases cuadradas, representaban su Metafísica, basada en el conocimiento de la Naturaleza. Ese conocimiento de la Naturaleza tenía por clave

simbólica la gigantesca figura de esa Esfinge imponente que ha hollado el lecho de arena mientras prestaba guardia a los pies de las pirámides. Los Siete grandes monumentos llamados las Siete Maravillas del Mundo eran los magníficos comentarios a las Siete líneas compuestas por las pirámides, y a las Siete puertas místicas de Tebas.

La septenaria filosofía de la Iniciación entre los Antiguos puede resumirse de la siguiente manera: Tres Principios Absolutos que no son en realidad más que Un Principio; Cuatro formas elementales que no son en realidad más que Una; y todos formando un Único Todo, compuesto de la Idea y de la Forma.

Los tres Principios eran los siguientes:

1) EL SER ES EL SER. En Filosofía, identidad de la Idea y del Ser o Verdad; en Religión, el Primer Principio, el Padre.

2) EL SER ES REAL. En Filosofía, identidad del Conocimiento y el Ser o Realidad; en Religión, el Logos de Platón, el Demiurgo, la Palabra.

3) EL SER ES LÓGICO. En Filosofía, identidad de la Razón y la Realidad; en Religión, Providencia, la Acción Divina que hace real el

Bien, lo que en el Cristianismo denominamos el Espíritu Santo.

La unión de los Siete colores produce el Blanco, que simboliza el Bien. La ausencia de todos es el Negro, símbolo del Mal. Hay tres colores primarios, el Rojo, el Amarillo y el Azul; y cuatro secundarios, el Naranja, el Verde, el Añil y el Violeta; y Dios se los expone al hombre en el Arco Iris; y tienen analogías igualmente en el mundo moral e intelectual. El mismo número Siete aparece continuamente en el Apocalipsis, compuesto de tres y cuatro; y estos números se relacionan con los Siete Sefirot, tres respondiendo a Benignidad o Piedad, Severidad o Justicia, y Belleza o Armonía; y cuatro respondiendo a Netsaj, Hod, Yesod y Maljut, Victoria, Gloria, Estabilidad y Dominación. Los mismos números están también relacionados con los tres primeros Sefirot, Kéter, Jojmá, y Biná, o *Voluntad*, *Sabiduría* y *Entendimiento*, los cuales, con Dáat o Intelección o Pensamiento, también son cuatro, no siendo Dáat considerado como sefirá, ni como la Deidad activa, ni como potencia, energía o atributo, sino como la Acción Divina.

Los Sefirot se representan en la Cábala

habitualmente constituyendo una forma humana, el Adam Kadmon o Macrocosmos. Así dispuestos, La Ley de los Contrarios queda tres veces ejemplificada. De la asociación entre la Energía Divina Intelectual, Activa y Masculina, y la Capacidad Pasiva para producir el Pensamiento, resulta la acción de Pensar. De la asociación entre Benignidad y Severidad fluye la Armo-nía; y de la Victoria o Infinito Triunfo, y la Gloria, cuya infinitud parecería prohibir la existencia de obstáculos u oposición, resulta la Estabilidad o Permanencia, que constituye el perfecto Dominio de la Infinita Voluntad.

Los últimos nueve Sefirot están incluidos, y al mismo tiempo han tenido su origen, en el primero de todos: Kéter o la Corona. Cada uno permanece contenido en el que le precede y fluye sucesivamente de él. La Voluntad de Dios incluye Su Sabiduría, y Su Sabiduría es Su Voluntad especialmente desarrollada y activa. Esta Sabiduría es el *Logos* que crea, malinterpretado y personificado por parte de Simón el Mago y los sucesivos gnósticos. Por medio de su pronunciación, la letra Yod crea los mundos, primeramente en el Intelecto Divino como Idea, cuya potencia pasada al acto se convierte en el Mundo Creado, el Universo de realidad material.

Yod y He, dos letras del Nombre Inefable de la Deidad Manifestada, representan el Macho y la Hembra, lo Activo y lo Pasivo en Equilibrio, y la Vav completa la Trinidad y el Nombre Triliteral ותי, el Divino Triángulo, que con la repetición de la *He* se convierte en el Tetragramatón. De esta forma los diez Sefirot contienen todos los Números Sagrados, tres, cinco, siete y nueve, y el número perfecto Diez, y se corresponden con el Tetractys de Pitágoras.

El Ser es el Ser, אתית אשך אתית, *Ahayah Asar Ahayah*. Este es el Principio, el *Origen*.

En el Comienzo era, o lo que es lo mismo decir, *es, era y será*, la Palabra, es decir, la Razón que *habla*. *Εν αρχη ην ‘ο Λογος*.

La Palabra es la razón de creer, y en ella se halla también la expresión de la Fe que hace de la Ciencia una cosa viva. La Palabra, *Λογος*, es la Fuente de la Lógica. Jesús es la Palabra Encarnada. La armonía de la Razón con la Fe, del Conocimiento con la Creencia, de la Autoridad con la Libertad, se ha convertido en los tiempos modernos en el verdadero enigma de la Esfinge.

Es la Sabiduría la que, en los Libros Cabalísticos de los Proverbios y el Eclesiástico, es el Agente Creativo de Dios. En todo el resto de

las Escrituras hebreas es דבך אתית *Debar Iahavah*, la Palabra de Dios. Es por Su Palabra pronunciada como Dios Se nos revela; no solo en la creación visible e invisible pero intelectual, sino también en nuestras convicciones, conciencia e instintos. Es por ello que ciertas creencias resultan universales. La convicción de todos los hombres de que Dios es bueno conduce a la creencia en un Diablo, el caído Lucifer o Portador de la Luz, Shaitan el Adversario, Ahrimán y Tifón, como intento de explicar la existencia del Mal y hacerla consistente con el infinito Poder, Sabiduría y Bondad de Dios.

Nada sobrepasa y nada iguala, como compendio de todas las doctrinas del Mundo Antiguo, a esas breves palabras grabadas por Hermes en una roca, conocida bajo el nombre de "*La tablilla de Esmeralda*"; la Unidad del Ser y la Unidad de las Armonías, ascendiendo y descendiendo por la escala progresiva y proporcional de la Palabra, y el desarrollo de las analogías universales; la relación de la Idea con la Palabra, que proporciona la medida de la relación entre el Creador y lo Creado; las matemáticas necesarias de lo Infinito, demostradas por las medidas de una pequeña porción de lo Finito. Todo esto queda expresado por esa única sentencia del Gran

Hierofante egipcio:

> *Lo Superior como lo Inferior, y lo que es Abajo como es Arriba, para formar las Maravillas de la Unidad.*

XX

Gran Maestro de Todas las Logias Simbólicas

El verdadero masón es un filósofo práctico que, sirviéndose de símbolos religiosos, adoptados en toda época por la Sabiduría, construye sobre planos trazados por la naturaleza y la razón el edificio moral del Conocimiento. Él debería encontrar, en la relación simétrica de todas las partes de este edificio racional, el principio y norma de todos sus deberes, así como la fuente de todos sus placeres. Mejora su naturaleza moral, se convierte en un hombre mejor, y encuentra en la reunión con otros hombres virtuosos, de espíritus puros, los medios para multiplicar sus actos de beneficencia. La Masonería y la Filosofía, sin ser una y misma cosa, tienen el mismo objeto y la misma finalidad: la adoración del Gran Arquitecto del Universo, la relación y familiaridad con las maravillas de la Naturaleza, y la felicidad de la humanidad alcanzada por medio de la práctica constante de todas las virtudes.

Como Gran Maestro de Todas las Logias Simbólicas, es especialmente tu deber ayudar a restaurar la Masonería a su primitiva pureza. Te has convertido en preceptor. Durante mucho tiempo la masonería ha vagado en el error. En lugar de mejorar, ha degenerado desde su primitiva simplicidad, y ha retrocedido hacia un sistema distorsionado por la estupidez y la ignorancia que, incapaz de construir una maquinaria hermosa, ha optado por construir una maquinaria complicada.

Hace menos de doscientos años, su estructuración era sencilla y totalmente moral. Sus emblemas, alegorías y ceremonias eran fáciles de comprender, y su propósito y objeto fáciles de percibir. Estaba reducida a un pequeño número de grados. Sus constituciones eran como las de la Sociedad de los Esenios, escritas en el primer siglo de nuestra era. Allí podía encontrarse el Cristianismo primitivo, organizado en forma de Masonería; la escuela de Pitágoras sin incongruencias ni absurdos; una Masonería simple y con contenido, en la que no era necesario torturar la mente para descubrir interpretaciones razonables. Una Masonería a la vez religiosa y filosófica, digna de buenos ciudadanos y filántropos ilustrados. Pero los innovadores e

inventores dieron la vuelta a la primitiva simplicidad. La ignorancia se enroló en la labor de diseñar los grados, y nimiedades, bagatelas y supuestos misterios, absurdos o espantosos, usurparon el lugar de la Verdad Masónica. La imagen de una horrible venganza, la daga y la cabeza ensangrentada, aparecieron en el pacífico Templo de la Masonería sin una explicación suficiente acerca de su significado simbólico. Juramentos totalmente desproporcionados para su finalidad asustaron al principio a los candidatos, para a continuación volverse ridículos e ignorados por completo. Los miembros fueron expuestos a pruebas, y empujados a realizar actos que, de haber sido reales, habrían sido abominables; pero al ser meras quimeras, y resultando antinaturales, provocaban el desdén y la risa. Se inventaron ochocientos grados de una clase y de otra, y la infidelidad y el jesuitismo fueron enseñados bajo la máscara de la Masonería. Incluso los rituales de los grados respetables, copiados y mutilados por hombres ignorantes, se convirtieron en absurdos y triviales, y los textos fueron tan corrompidos que hasta ahora ha sido imposible recuperar muchos de ellos. Se obligaba a los candidatos a degradarse, y a someterse a insultos intolerables

para un hombre de espíritu y honor. Esta es la causa por que la mayor parte de los Grados reclamados por el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y anteriormente por el Rito de Perfección, cayeron en desuso, siendo otorgados meramente por comunicación pero no por iniciación, y sus rituales se volvieron insípidos y vestigiales. Esos Ritos se pare-cían a esos viejos palacios y castillos señoriales cuyas partes han sido construidas en períodos muy distintos unos de otros, siguiendo planes realizados conforme a gustos muy distintos, y constituyendo un conjunto discordante e incongruente. Judaísmo y caballerosidad, superstición y filosofía, filantropía y un odio insano, ansioso de desquite; una moralidad pura y una tendencia injusta a la venganza resultaron extrañamente fusionadas y fueron de la mano dentro de los Templos de la Paz y la Concordia; y todo el sistema resultó grotesco e incoherente, lleno de contrastes y contradicciones, de extravagancias chocantes y fantásticas, de partes repugnantes al buen gusto y de sutiles conceptos desfigurados y enterrados bajo ideas absurdas engendradas por la ignorancia, el fanatismo, y un misticismo sin sentido.

El mundo rió ante una pompa vacía y estéril,

imposible de ser llevada a cabo y a la cual no se adjudicó significado de ningún tipo, con explicaciones cogidas por los pelos que resultaban redundantes o necesitaban de un intérprete; títulos elevados, asumidos arbitrariamente, a los que sus inventores no se habían ni siquiera molestado en otorgar una explicación que absolviese a sus titulares del dislate de asumir un aparente título nobiliario o un ficticio poder temporal. Nosotros mantenemos algunos de estos títulos; pero para nosotros encierran un significado totalmente consistente con el Espíritu de Igualdad que es cimiento y ley perentoria de toda la Masonería. El *Caballero*, entre nosotros, es aquel que consagra su mano, su corazón, y su mente a la Ciencia de la Masonería, y se revela como Soldado Jurado de la Verdad. El *Príncipe* es aquel que apunta a ser Jefe (*Princeps*), primero, líder entre sus iguales, en la virtud y en las buenas obras. El Soberano es aquel que, siendo miembro de una orden en que la totalidad de sus miembros son Soberanos, es Supremo únicamente porque la ley y las constituciones, que él administra, así lo disponen, siendo él mismo gobernado por esas leyes como cualquier otro hermano. Los títulos *Poderoso, Potente*, *Sabio* y *Venerable*, indican ese poder de

Virtud, Inteligencia y Sabiduría que aquellos que ocupan un alto oficio gracias a los sufragios de sus hermanos deberían esforzarse en alcanzar. Y todos nuestros títulos y designaciones tienen un significado esotérico, consistente con la modestia y la igualdad, que debería ser comprendido plenamente por aquellos que lo reciben. Como Maestro de una Logia es tu deber instruir a tus hermanos y mostrarles las elevadas virtudes que se exigen a aquellos que ostentan esos títulos, que distan mucho de ser ridículos disfraces portados en una igualmente ridícula imitación de los tiempos en que nobles y sacerdotes eran los señores y el pueblo los esclavos. Y debes enseñar que, en la verdadera Masonería, el Caballero, el Pontífice, el Príncipe y el Soberano no son sino los primeros entre sus iguales; y el cordón, la vestidura y las joyas no son sino símbolo y emblema de las virtudes que se requiere de todo masón.

El Masón se arrodilla, no ya para presentar su solicitud de admisión o para recibir la respuesta; no ante un hombre que no es su superior, sino su hermano; el Masón se arrodilla ante su Dios, al que apela como garante de la rectitud de sus intenciones, y cuya ayuda invoca para que le ayude a mantener sus votos. Nadie se degrada por

doblar su rodilla ante Dios en el altar, o para ser reconocido caballero, tal y como se arrodillaron Bayard y Du Guesclin. La Masonería no exige arrodillarse para otro propósito. Dios otorgó al hombre una cabeza para portarla erecta, y un porte vertical y regio. Nos reunimos en nuestros Templos para cultivar e inculcar sentimientos que se ajusten a esa majestuosidad que únicamente el justo y honesto tienen derecho a ostentar, y no requerimos de aquellos que desean ser admitidos entre nosotros que inclinen ignominiosamente la cabeza. Respetamos al hombre porque tenemos un elevado concepto de nuestra dignidad como seres humanos libres y soberanos. Si la modestia es una virtud, la humildad y la adulación resultan perversas para el hombre; pues hay un orgullo noble que es la base más sólida y verdadera de la virtud. El hombre debe humillarse ante Dios, pero no ante su hermano imperfecto y errante.

Como Maestro de una Logia velarás celosamente porque ningún candidato, sea del grado que sea, se vea obligado a someterse a cualquier degradación, sea del tipo que sea, tal y como ha sucedido habitualmente en alguno de los grados. Y esa prohibición debe ser firme e inflexible, sin lugar a excepción, pues la verdadera Masonería no exige a ningún hombre

nada que un caballero o un gentilhombre no puedan hacer honorablemente, sin sentirse ultrajados o humillantemente sometidos.

El Supremo Consejo para la Jurisdicción Sur de Estados Unidos asumió la tarea indispensable, y largamente demorada, de revisar y reformar el trabajo y los rituales de los treinta y tres grados bajo su jurisdicción. El propósito fundamental ha sido mantener lo esencial de cada grado, así como las formas de reconocimiento, extrayendo y desarrollando la idea principal de cada uno de ellos y rechazando las puerilidades y absurdos con los que fueron desfigurados, conformando así un sistema coherente de instrucción moral, religiosa y filosófica. Pese a no corresponderse con ningún credo, la Masonería ha considerado acertado emplear las antiguas alegorías, basadas en relatos contenidos en los libros hebreos y cristianos, y extraídos de los Antiguos Misterios de Egipto, Persia, Grecia, India, los druidas y los esenios, como vehículos para comunicar las Grandes Verdades Masónicas, sirviéndose de las leyendas de los cruzados y de las ceremonias de las órdenes caballerescas.

La Masonería ya no inculca la venganza criminal y perversa. No está permitido para la Masonería

convertirse en asesina, ni vengar la muerte de Hiram, o de Carlos I, o de Jacques De Molay y los Templarios. El Rito Escocés Antiguo y Aceptado se ha convertido ahora en lo que la Masonería debía ser desde un principio, una maestra de Grandes Verdades, inspirada por una razón ilustrada y honesta, una sabiduría firme y constante, y una filantropía afectuosa y liberal. Ya no es un sistema compuesto de diferentes partes que, falto de reflexión, resulta presidido por la ignorancia o quizá por motivos aún más innobles; un sistema impropio de nuestros hábitos, nuestras maneras, nuestras ideas, y ajeno a la universal tolerancia y filantropía de la Orden; ni está compuesto por logias de pequeño tamaño que emplean su presupuesto en representaciones vacías de contenido en lugar de emplearlo en fines benéficos. Ya no es un agregado heterogéneo de grados que resulten insólitos por sus anacronismos y contradicciones, incapaces de extender la luz, la información y las ideas filosóficas y morales.

Como Maestro, debes enseñar a aquellos que están bajo ti, y a los que debes tu cargo, que las condecoraciones y regalía de muchos de los grados deben ser dispensadas si su compra interfiere con los deberes de caridad, ayuda y

benevolencia; y que deben permitirse únicamente en aquellos cuerpos adinerados que no omitirán su deber de ayuda debido a su adquisición. Lo esencial para cada grado puede conseguirse por poco dinero, y queda a elección de cada Hermano procurarse o no, según el prefiera, la indumentaria, condecoraciones y joyas de cada grado que no sea el XIV, XVIII, XXX y XXXII.

No enseñamos como relato verídico ninguna de las leyendas que recitamos. Para nosotros no son más que parábolas y alegorías que incluyen y envuelven instrucción masónica, y que son vehículos de información interesante y útil. Ellas representan las distintas fases de la mente humana, sus esfuerzos y penurias para comprender la Naturaleza, Dios, el gobierno del Universo y la existencia permitida del mal y el dolor. Para enseñarnos sabiduría, y para emprender la imprudencia de intentar explicarnos lo que no somos capaces de comprender, reproducimos las especulaciones de filósofos, cabalistas, mistagogos y gnósticos. Puesto que cada uno se encuentra en libertad para interpretarlos conforme a la verdad y razón de su propia fe, les damos únicamente una interpretación que pueda ser aceptada por todos. Nuestros grados pueden ser conferidos

en Francia o Turquía, en Pekín, Ispahán, Roma o Ginebra, en la ciudad de Penn o en la católica Louisiana, al súbdito de un gobierno absolutista o al ciudadano de un estado libre, a un creyente de la Iglesia o a un teísta. Honrar a la Deidad, contemplar a todos los hombres como hermanos nuestros y como hijos del Supremo Creador del Universo, todos igual de queridos para Él, y ser útil para la sociedad y para sí mismo por medio del trabajo, estas son las enseñanzas para el iniciado en cualquier grado.

Siendo la masonería precursora de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, desea que estos objetivos sean alcanzados por medio de la formación de hombres aptos para recibirlos, y por medio del poder moral de un pueblo ilustrado e inteligente. No lleva a cabo complots ni conspiraciones. No maquina revoluciones prematuras. No anima a ningún pueblo a la revuelta contra sus autoridades constituidas; sino que, reconociendo la gran verdad de que la libertad sigue a la aptitud para recibirla, de la misma forma que un corolario sigue a su axioma, lucha por preparar a los hombres para gobernarse a sí mismos. Donde existe la esclavitud doméstica, enseña al amo humanidad, a aliviar la condición de su esclavo y a ser moderado en los

correctivos y suave en la disciplina. Y lo mismo enseña a los empleadores de otros hombres en las minas, fábricas y talleres: consideración y humanidad con aquellos que dependen de su trabajo para vivir, para los que el desempleo significa hambre, y la explotación fiebre, enfermedad y muerte.

Como Maestro de una logia, debes inculcar estos deberes a tus hermanos. Enseña al trabajador a ser honesto, puntual y leal, así como respetuoso y obediente ante todas las órdenes adecuadas. Pero enseña también al empleador que todo hombre o mujer que desee trabajar, tiene el derecho a realizar un trabajo y a tener alimento, ropa y cobijo ante las inclemencias; como también lo tienen aquellos que, aquejados por la enfermedad o la debilidad, por mutilaciones de los miembros o por pérdida del vigor corporal, por la vejez o por ser demasiado jóvenes, no pueden desempeñar un trabajo. Y debes enseñar que es un pecado espantoso contra Dios y contra la Masonería cerrar los talleres, fábricas y minas cuando no se consideran lo suficientemente beneficiosos, despidiendo a hombres y mujeres que se verán abocados al hambre; o pagar unos salarios tan bajos que los obreros y sus familias no puedan vestir, alimentar y cobijar a sus

familias con dignidad; o arrebatarles su sangre y su vida a cambio de una paga miserable. Pues el deber de un Masón y Hermano exige irremisiblemente mantener el empleo de aquellos que, de otro modo, se vería reducidos al hambre y al frío, o condenados a vivir del crimen y el vicio. Y enseña a pagar salarios justos, aunque pueda disminuir el beneficio o incluso aminorar el capital, pues la riqueza es una concesión de Dios, y el empresario es Su limosnero y debe administrar esa inversión divina.

Salvo que se consideren como símbolos de virtudes morales e intelectuales, las verdaderas herramientas y útiles de la Masonería son los correspondientes exclusivamente a los tres primeros grados. No obstante, sirven para recordar al masón que ha seguido avanzando que su nuevo rango tiene como cimiento los humildes trabajos de los grados simbólicos, llamados así de forma equivocada, pues todos los grados son simbólicos. De esta forma los Iniciados comprenden la verdadera naturaleza de la Masonería: que la Masonería es esencialmente TRABAJO; trabajo de enseñanza y obra; y ello resulta fundamental. Hay tres clases de oficios necesarios para la preservación y protección del hombre y la sociedad: los oficios manuales, que

se corresponden especialmente con los tres grados de la Masonería simbólica; los oficios de armas, que se corresponden con los Grados Caballerescos; y las aficiones intelectuales, que se corresponden con los Grados Filosóficos. Hemos preservado y multiplicado todos estos símbolos debido a que contienen un significado verdadero y profundo; pero rechazamos muchas de las viejas interpretaciones sin sentido. No hemos reducido la Masonería a una fría metafísica que rechaza cualquier atisbo de imaginación. Los ignorantes, y aquellos que solo son en realidad *medio-sabios*, pero que se consideran eminencias en su propio orgullo, pueden burlarse de nuestros símbolos. Pero esas burlas son en realidad ingeniosos velos que cubren la Verdad, respetada por todos aquellos que conocen los medios por los que se alcanza el corazón del hombre y se enaltecen sus sentimientos. Los grandes moralistas han recurrido a menudo a alegorías para instruir a los hombres sin obtener a cambio su rechazo. Pero hemos tenido el cuidado de no permitir que nuestros emblemas resultasen demasiado oscuros para evitar interpretaciones forzadas y rebuscadas. Hoy en día, en la tierra ilustrada en que vivimos, no necesitamos envolvernos en

velos extraños e impenetrables, ni debemos ocultar ni retrasar la instrucción; ni tenemos por qué inducir la sospecha de que albergamos fines ocultos únicamente conocidos por los adeptos más fiables, y que resultarían contrarios al orden y bienestar de la sociedad.

Los deberes de la Clase de Instructores, es decir, de los Masones de los Grados 4 a 8 inclusive, son, particularmente, perfeccionar a los más noveles en las palabras, signos, toques y otros trabajos de los Grados que hayan recibido; explicarles el significado de la diferente simbología y desarrollar la instrucción moral que atesora. Para que una vez que certifiquen la aptitud de sus pupilos, les sea permitido avanzar y recibir aumento de salario.

Los Directores de Trabajo, o aquellos Hermanos de los Grados 9, 10 y 11, deben informar a los Capítulos acerca de la regularidad, actividad y adecuada dirección del trabajo en los Grados inferiores, y de lo que se requiere para su prosperidad y buen funcionamiento. En las Logias Simbólicas, están especialmente encargados de estimular el celo de los obreros, de inducirlos a comprometerse en nuevas labores y empresas por el bien de la Masonería, de su país y de la

Humanidad, y de darles consejo fraternal cuando yerren en su deber. O en caso de que sea preciso, de invocar contra ellos el rigor de la Ley Masónica.

Los Arquitectos, o Hermanos de los grados 12, 13 y 14, deberían ser seleccionados de entre aquellos que han sido bien instruidos en los Grados precedentes; rigurosos, y capaces de disertar sobre Masonería; ilustrando y discutiendo las sencillas cuestiones de filosofía moral. Y uno de ellos, en cada reunión, debería tener preparada una plancha que transmitiese conocimiento útil y buen consejo a los Hermanos.

Los Caballeros, de los Grados 15 y 16, portan espada. Están comprometidos a prevenir y remediar, en la medida que esté en su mano, toda injusticia, tanto en el mundo como en la Orden, y a proteger al débil y a llevar a los opresores ante la justicia. Sus trabajos y planchas deben obedecer a este espíritu. Deberían preguntarse si la Masonería cumple, en todo lo que puede, su propósito principal, que es socorrer al infortunado. Con este fin deberían preparar y presentar en las Logias Simbólicas proposiciones e iniciativas diseñadas para alcanzar estos fines, para poner fin a los abusos y para prevenir y

corregir negligencias. Aquellos miembros de las logias que han alcanzado en grado de Caballeros son los más indicados para ocupar el cargo de Limosnero, correspondiendo a ellos asegurarse y hacer saber quién precisa y es merecedor de la caridad de la Orden.

En los altos Grados únicamente deberían ser recibidos aquellos que son lo suficientemente leídos e instruidos como para tratar las grandes cuestiones filosóficas. De entre ellos deben escogerse los Oradores de las logias, así como los de los Consejos y Capítulos. A ellos corresponde sugerir las medidas necesarias para hacer que la Masonería sea por completo fiel al espíritu de su institución, tanto en sus propósitos caritativos como en la difusión de la Luz y el Conocimiento. Medidas precisas para corregir las desviaciones que paulatinamente han anidado en la Masonería, así como las transgresiones de las reglas y contra el espíritu general de la Orden; medidas que tiendan a hacer de la Masonería lo que debe ser: la gran Maestra de la Humanidad.

Como Maestro de una Logia, Consejo o Capítulo, será tu deber inculcar a tus Hermanos esta perspectiva del plan general y de las distintas partes del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, de

su espíritu y propósito, de su armonía y regularidad, de los deberes de Oficiales y miembros, y en particular de las lecciones impartidas en cada Grado.

Estás obligado especialmente a no permitir que ninguna asamblea del cuerpo que presidas quede cerrada sin llamar la atención a los Hermanos sobre las virtudes y deberes masónicos que se muestran representados en el Tablero de Trazo de cada Grado. Este deber es inexcusable. No olvides que, hace más de tres mil años, Zaratustra dijo: “Sé bueno, sé amable, sé humano y caritativo; ama a tus semejantes, consuela al afligido; perdona a aquellos que te han hecho mal”. Y no hace más que dos mil trescientos años que Confucio repetía citando también mandamientos de otros que vivieron antes que él: “Ama a tu prójimo como a ti mismo; no hagas a los otros lo que no desearías que te hiciesen a ti. Perdona las ofensas. Perdona a tu enemigo y reconcíliate con él, ayúdale y pide a Dios por él”.

No permitas que la moralidad de tu Logia sea inferior a la del filósofo persa o el pensador chino.

Insta a tus hermanos a practicar y enseñar la moralidad de la Logia sin tener en cuenta tiempo,

lugar, religión o pueblo.

Úrgeles a amarse los unos a los otros, a ser devotos en el servicio a los demás, a ser leales a su país, al gobierno y a las leyes, pues servir a la Patria es pagar una deuda querida y sagrada.

Enséñales a respetar toda forma de culto, a tolerar cualquier opinión política y religiosa; a no culpar, y menos a condenar, la religión de los demás; a no hacer proselitismo; sino a estar satisfechos si tienen la religión de Sócrates, si veneran al Creador, si creen en la religión de las buenas obras y reconocen con gratitud las bendiciones de Dios.

Fraternizar con todos los hombres; asistir a aquellos que son desafortunados, y con alegría posponer los propios intereses ante los de la Orden; hacer de ello la norma constante en nuestras vidas; pensar bien, hablar bien y obrar bien; poner al sabio por encima del soldado, del noble o del príncipe, tomar como modelo al bueno y al prudente, pues sus obras se ajustan a sus enseñanzas. Y seguir siempre este mandamiento: Haz lo que debas hacer, sea cual sea el resultado. Tales, mi Hermano, son algunos de los deberes de este oficio para el cual has querido prepararte. Te deseo que lo desempeñes

bien, y que así haciéndolo alcances honor para ti mismo y hagas avanzar la gran causa de la Masonería, la Humanidad y el Progreso.

XXI

Noaquita, o Caballero Prusiano

En este grado estás encomendado especialmente a ser modesto y humilde, y a no vanagloriarte ni ser engreído. No seas más sabio en tus opiniones que la Deidad; no encuentres defectos en Sus obras, ni oses mejorar lo que Él ha hecho. Sé también modesto en el trato con tus semejantes, y no pienses mal de ellos ni les supongas intenciones perversas. Un millar de periódicos, que inundan el país con sus hojas evanescentes, están incesantemente ocupados en pervertir los motivos y las conductas de los hombres y los partidos, y en hacer que un hombre piense mal de otro; mientras, quizá, resulta que a duras penas hay alguno que trabaje para hacer que el hombre piense mejor de su prójimo. La difamación y la calumnia no fueron nunca tan insolentemente inmorales como lo son hoy en nuestro país. El retiro más apartado y la conducta más prudente no suponen escudo alguno contra sus flechas envenenadas. Haber ofrecido el más eminente servicio público, únicamente hace el vituperio más agrio y la invectiva más maligna cuando

aquel que lo ha prestado se presenta a candidato ante el sufragio del pueblo.

El mal está ampliamente extendido y es universal. Ningún hombre, ninguna mujer, ningún hogar es sagrado o está a salvo de esta nueva inquisición. Ningún acto es tan puro o tan digno de alabanza que el vendedor de mentiras sin escrúpulos, que vive de complacer a un público corrupto y morboso, no lo proclame como un crimen. Ningún motivo es tan inocente o tan digno de loa que no vaya a ser presentado como una mezquindad o una vileza. El periodismo mete su nariz en el interior del domicilio particular, se regodea en los detalles de las tragedias domésticas de pecado y vergüenza, e inventa deliberadamente y hace circular de forma masiva las más crudas y malignas falsedades para hacer dinero con aquellos que lo consideran un negocio, o para influir temporalmente en las guerras entre facciones.

No necesitamos extendernos más en estos males. Resultan visibles para todos, y todos los lamentamos, y es el deber de un Masón hacer todo lo que esté en su mano para aminorarlos, si no para erradicarlos. Con los errores, e incluso pecados de otros hombres, que no nos afecten

personalmente ni a nosotros mismos ni a los nuestros, y que no necesiten nuestra condena para resultar odiosos, no tenemos nada que hacer; y el periodista no tiene ninguna patente que le haga Censor de Moral. Nada nos obliga a proclamar a los cuatro vientos nuestra desaprobación de cada acto equivocado, no ajustado a derecho o impropio que cualquier otro hombre cometa. Uno se avergonzaría de estar de pie en las esquinas narrándolos oralmente por unos peniques.

En realidad, uno no debería escribir o pronunciarse contra nadie en este mundo. Cualquier hombre tiene ya bastante con observar y montar guardia sobre sí mismo, pues cada uno se encuentra de hecho lo suficientemente enfermo en su cuarentena particular. Y el periodismo y la prensa sensacionalista nos recuerdan constantemente escenas que uno ha contemplado en el hospital; donde era horrible escuchar cómo los pacientes se reprochaban burlones las enfermedades y desórdenes que aquejaban al otro, y donde un enfermo consumido por la enfermedad se reía del de al lado, hinchado por la hidropesía; cómo un paciente se reía en la cara del otro de su cáncer, que a su vez se reía del tétanos del de más allá; hasta que el último delirio febril le hacía

saltar de la cama y quitarse sus vendas, no apareciendo más que miseria y mutilación. Tal es el trabajo repulsivo en el que periodismo y partidismo, y la mitad del mundo profano, están enfangados.

Por lo general, la censura que se realiza sobre los actos de los hombres por parte de aquellos que se han nombrado a sí mismos Guardianes de la Moral Pública, es inmerecida. Y a menudo no solo no es merecida, sino que lo justo sería alabar en lugar de reprobar. Cuando la censura no es merecida resulta siempre improcedente, y por lo tanto injusta. Un masón se preguntará qué clase de alma tendrán esos individuos que pueden difamar perversamente a un hombre, incluso, que ha caído. Si tuviesen alguna nobleza de alma, lamentarían con él sus desastres, y derramarían algunas lágrimas de dolor por su locura y desgracia; y siendo seres humanos, y no bestias, la Naturaleza les hizo flaco favor al maldecirlos con almas tan crueles que además luchan por añadir una maldad intolerable. Cuando un masón tenga conocimiento de cualquier hombre que ha caído en la desgracia pública, debería tener el buen criterio de compadecer su infortunio, y no de hacerle más desgraciado. Emponzoñar aún más por medio de la difamación un nombre ya manchado, es añadir

bolas de hierro al látigo que ya le azota; lo que para cualquier mente bienintencionada resulta de lo más inhumano e indigno.

Incluso el hombre que hace el mal y comete errores a menudo tiene un hogar sosegado, su propia chimenea, una esposa gentil y amorosa y unos hijos inocentes que quizá no sepan de sus errores pasados y sus deslices cometidos hace mucho tiempo, y de los que ya se ha arrepentido. O si los conocen, le aman aún más, pues como ser mortal, él ha errado, y siendo a imagen de Dios, se ha arrepentido. Que cada ataque a su esposo y padre hiere el corazón puro y tierno de su esposa y sus hijos, resulta una consideración que no detiene la mano del periodista brutal y sectario. Y él golpea el corazón de estas almas aterrorizadas, temblorosas e inocentes; y después sale a las calles de la ciudad, donde transcurre el día a día, con su cabeza alta, reclamando la admiración y la loa de su prójimo por el acto caballeresco que acaba de llevar a cabo, clavando su puñal en un corazón, y después en otro, tierno y confiado.

Si buscas apariencia y ostentación, principalmente la encontrarás en hombres de poca valía. La arrogancia es una mala hierba que siempre crece en los estercoleros. Es desde la

bajeza de ese suelo donde crece y se extiende. Ser modestos y sencillos ante nuestros superiores es deber; con nuestro iguales, cortesía, y con nuestros inferiores, nobleza. No hay arrogancia tan grande como proclamar los errores y faltas de otros hombres por parte de aquellos que no ven más que las heces de los hechos y que hacen su fortuna difamando reputaciones meritorias. La reprobación pública es como acertar a un ciervo en medio del rebaño. No solo le hiere, provocándole pérdida de sangre, sino que también le delata ante sus enemigos predadores.

El oficio de espía siempre ha sido tenido por deshonroso, y sin embargo sucede que, con raras excepciones, editores y partidistas se han convertido en espías perpetuos de las acciones de los otros hombres. Su malicia les hace ser perspicaces, diestros para detectar una falta y darle publicidad y, con una presentación retorcida, pervertir incluso aquellas cosas en que la intención del hacedor era honesta. Como el cocodrilo, moja el camino de los otros para hacerles caer; y cuando eso ha sucedido, alimentan su ansia insultante con la sangre del caído. Exponen los vicios de su prójimo a los cuatro vientos, para que el mundo los observe, y ocultan sus virtudes bajo tierra, de forma que

nadie pueda percibirlas. Si no pueden basarse en pruebas, lo harán en indicios; y si no los hay, fabricarán mentiras como Dios creó el mundo, a partir de la nada; sabiendo que la multitud les creerá, pues las afirmaciones obtienen más fácilmente crédito que las negativas para desmentirlas; y puesto que una mentira viaja más rápido que el vuelo de un águila, mientras que su contradicción marcha renqueante tras ella a paso de caracol, y nunca la alcanza. No, es contrario a la moralidad del periodismo permitir que una mentira quede contradicha en lugar de extenderla. Y si por ventura eso sucediese, una calumnia una vez proclamada rara vez muere o fracasa en su intente de encontrar un público que le proporcione crédito y verosimilitud. Esta es, más allá que cualquier otra, la era de la falsedad. Hubo un tiempo en que ser sospechoso de un error bastaba para empañar la reputación de un hombre; pero ahora, en el caso de un político o un hombre de estado, resulta todo un lujo ser escrupuloso y decir la verdad. Las mentiras forman parte de la munición habitual en todas las campañas y controversias, siendo apreciadas por su efectividad y buen resultado; y quedan guardadas y poseen un precio de mercado, como el salitre y el azufre, aunque resultan mucho más mortales.

Si los hombres sopesasen las imperfecciones de la humanidad, pronunciarían menos condenas. La ignorancia otorga al desprecio un vocerío más poderoso que el conocimiento. El hombre sabio prefiere saber a hablar. El menosprecio sistemático es el pecado del ingenio sin caridad, proviniendo el juicio más severo de allá donde no hay juicio; pues el propio examen de conciencia hace que nuestros veredictos sean caritativos. Si llegásemos a conocer los vicios de un hombre, difícilmente podríamos obrar de forma más noble y compasiva que ocultándolos (que no halagándolos y así colaborando a mantenerlos). Y resulta el oficio más perverso en que un hombre puede incurrir el hacer de la propia lengua una difamadora de los hombres meritorios.

No hay más que una regla para el Masón en este asunto: si hay virtudes, y se ve obligado a hablar de aquel que las posee, que las divulgue imparcialmente. Y si hay vicios mezclados con esas virtudes, que sea otra lengua la que lo haga saber al mundo. Pues si aquel que hace mal no merece piedad, su esposa, sus padres, hijos u otras personas inocentes quizá sí la merezcan; y el oficio de matón, practicado por aquel que apuñala por la espalda al indefenso a cambio de un precio pagado por un individuo o un partido, no es

realmente más respetable de lo que resultaba hace cien años en Venecia. La Caridad nos aconseja pensar lo mejor, y dejar lo que no sabemos a Aquel Que Conoce los Corazones; pues los errores, sospechas y envidias a menudo empañan una fama limpia; y hay menos riesgo de pecar en una actitud piadosa.

Y, finalmente, el Masón debería ser humilde y modesto ante el Gran Arquitecto del Universo, y no impugnar Su Sabiduría, ni establecer su propio e imperfecto sentido del Derecho contra Su providencia y disposiciones, ni intentar explorar los Misterios de la Infinita Esencia de Dios, ni sus planes inescrutables, demasiado abruptamente, ni tampoco los misterios de la Gran Naturaleza, que no somos capaces de comprender.

Alejémonos de todas estas filosofías vanas que pretenden explicar todo lo que es sin admitir que existe un Dios, separado y aparte del Universo, que es su obra; que erigen la Naturaleza en Dios, y solo a ella adoran; que aniquilan el espíritu, y no creen en ningún testimonio que no sea el proporcionado por los sentidos corporales; que mediante fórmulas lógicas y una diestra colocación de las palabras hacen que el Dios vivo, real, protector y guía se difumine en la tenue

neblina de un mera abstracción irreal, fórmula lógica en sí misma. Ni tampoco nos aliemos con esos teóricos que reprochan los retrasos de la Providencia y se ocupan en acelerar la lenta marcha que la misma Providencia ha impuesto a los acontecimientos; aquellos que niegan lo factible para ir en pos de imposibilidades; que son más sabios que el Cielo; que creen conocer los fines y propósitos de la Deidad, y pretender ver un medio más corto y directo de alcanzarlos de los que place a Dios emplear; ni con aquellos que no tolerarían discordancias en la gran armonía del Universo de las cosas, y que garantizarían una distribución igualitaria de la propiedad, que ningún hombre estuviese sujeto a la voluntad de otro, que no fuese obligatorio trabajar, que no existiese el hambre, la indigencia, ni la miseria.

No empleemos la vida en construir una nueva Torre de Babel; en intentar cambiar lo que ha sido fijado por la ley inflexible de los designios de Dios. Por el contrario, sometámonos a la superior Sabiduría de la Providencia, contentos de creer que la marcha de los acontecimientos está correctamente ordenada por una Sabiduría Infinita que conduce, aunque no podamos verlo, a un resultado mayor y más perfecto. Mostrémonos

satisfechos de seguir el sendero marcado por la Providencia, y de trabajar por el bien de la raza humana según la forma que Dios ha establecido para que ese bien se lleve a cabo; pero sobre todo, no construyamos una Torre de Babel en la creencia de que subiendo por ella ascenderemos tanto que Dios de-saparecerá o será reemplazado por un agregado monstruoso y enorme de fuerzas materiales o de fórmulas lógicas. Sino que, al contrario y por toda la eternidad, permaneciendo humildes y respetuosos sobre la Tierra y contemplando con sobrecogimiento y confianza el Cielo, estemos satisfechos de saber que hay un Dios *real*; una *persona*, y no una fórmula; un Padre y un protector, que ama, se preocupa y siente compasión por nosotros; y que las eternas maneras por las que Él gobierna el mundo son infinitamente sabias, no importa cuán lejos puedan estar por encima de la débil comprensión y de la limitada visión del hombre.

XXII

Caballero del Hacha Real
o
Príncipe del Líbano

La compasión por las amplias clases trabajadoras, el respeto por el trabajo mismo, y el propósito de llevar a cabo algún trabajo meritorio en nuestro día a día y a lo largo de nuestra vida, estas son las lecciones de este Grado; lecciones que resultan de la mayor pureza masónica. La Masonería ha hecho de un cantero y de sus compañeros los héroes de su leyenda principal, presentando al obrero como igual a los Reyes. La idea resulta tan sencilla y verdadera como sublime. La Masonería es *trabajo* de principio a fin. Venera al Gran *Arquitecto* del Universo, y conmemora la *construcción* de un Templo. Sus símbolos principales son *herramientas* de canteros y artesanos. Preserva el nombre del primer trabajador del metal y el acero como una de sus Palabras de Paso. Cuando los hermanos se encuentran, abren *trabajos*. El Maestro es el capataz que hace trabajar a la logia, dándole

instrucciones adecuadas. La Masonería es la apoteosis del *trabajo*. Son las manos de hombres valientes, caídos en el olvido, las que han hecho de este mundo vasto, populoso, y cultivado, un mundo para nosotros. Todo es trabajo; trabajo olvidado, por añadidura. Los verdaderos conquistadores, creadores y propietarios eternos de toda tierra civilizada y grande son las almas heroicas que se hallaron en ella, cada una en su grado: todos los hombres que alguna vez talaron un árbol o drenaron una marisma, o ingeniaron algo que posteriormente fue puesto en práctica por sus semejantes, o dijeron e hicieron algo valiente en aquel lugar. Únicamente el trabajo genuino, realizado de forma honesta, resulta eterno, tan eterno como el Todopoderoso Creador y Constructor de Mundo. Todo trabajo es noble. La vida ociosa no resulta apropiada ni para el hombre ni para los dioses. El Hacedor Todopoderoso no creó el Mundo en un tiempo inmemorial y a continuación se sentó para verlo discurrir, sin hacer él mismo nada más. Esa creencia es el origen del Ateísmo. La fe en una Deidad Invisible, Innombrable y Personal, presente en todo aquello que vemos, laboramos y sufrimos, es la esencia de toda fe, sea del tipo que sea.

El destino más elevado del hombre no es ser feliz y deleitarse en cosas placenteras. Su verdadera fuente de desgracia debería ser encontrarse en la imposibilidad de trabajar, no pudiendo cumplir su destino como ser humano. Los días se van, nuestra vida pasa, y llega la noche en que ningún obrero puede trabajar. Una vez que esa noche ha llegado, nuestro pesar y nuestra alegría se desvanece, se convierte en lo mismo que las cosas que nunca fueron. Pero nuestro trabajo no desaparece. Permanece, igual que permanece la voluntad que lo llevó a cabo, por toda la Eternidad y los Siglos de los Siglos. Sea la que sea su moral e inteligencia, sea cual sea su paciencia, perseverancia, fe, método, introspección, ingenuidad, energía; en una palabra, sea cual sea la Fuerza que un hombre tiene en su interior, esta quedará condensada en el Trabajo que lleve a cabo. Trabajar es medirse contra la Naturaleza y sus leyes inequívocas y eternas, que dictarán un veredicto verdadero. La hazaña más grande consiste en un poderoso imperio construido lentamente por el trabajo mutuo, una poderosa serie de hechos heroicos, una vigorosa conquista sobre el caos. Los hechos son superiores a las palabras. Tienen su propia vida, muda, pero innegable; y crecen. Pueblan la

vacuidad del Tiempo, y lo reverdecen y lo hacen fructífero.

El trabajo es el emblema de Dios más verdadero, el símbolo del Arquitecto y Hacedor Supremo, cuya Labor más noble es ser Rey de esta Tierra y ocupar el Trono Celestial. Los hombres que no trabajan son como los árboles plantados en los precipicios, en los que la tierra se desprende de las raíces. La Naturaleza no quiere a ningún hombre que no sea un mártir al mismo tiempo. Se ríe de aquel que queda al margen de todo trabajo, de la necesidad, del peligro y de las penalidades, elementos que pueden ser sometidos por la labor, al tiempo que deja que sean otros los que hagan su trabajo y libren sus batallas; y aún así hay hombres que se jactan de que ni ellos ni los suyos han trabajado. Tampoco trabaja el cerdo.

El Jefe de los hombres es aquel que se sitúa a su vanguardia y afronta el peligro que atemoriza a los demás, y que de no ser vencido los devoraría. Hércules era adorado por sus doce trabajos. El Zar de Rusia trabajó como carpintero en los astilleros de Saardam, y sin duda algo surgió de aquello. Cromwell trabajó, y también Napoleón, y sin duda llevaron a cabo hechos memorables. Hay

una nobleza y sacralidad perennes en el trabajo. Nunca ignores ni olvides esta alta llamada, pues en un hombre que trabaja de forma verdadera y honesta siempre hay esperanza. Únicamente en la holganza hay desesperación perpetua. El hombre se perfecciona por medio del trabajo. Las junglas quedan limpias, y en su lugar aparecen campos de cultivo; y además, el hombre cesa de ser un barbecho improductivo. Incluso en el trabajo más despreciado, el alma del hombre adquiere una armo-nía real desde el momento mismo en que se pone manos a la obra. La duda, el deseo, el pesar, el remordimiento, la indignación y la desesperación huyen cuando el hombre se entrega al trabajo. El trabajo es la vida. La Fuerza que Dios ha otorgado al obrero emana del interior de su corazón; esa esencia de la vida celestial insuflada en él por el Todopoderoso, que le despierta a la nobleza en cuanto el trabajo comienza. Por medio del trabajo el hombre aprende paciencia, coraje, perseverancia, receptividad a la luz y disposición para aceptar sus propios errores, así como la resolución para enmendarse y mejorar. Solo por medio del trabajo el hombre aprende de forma continuada las virtudes. No hay Religión en la holganza y la molicie, sino que únicamente hay Fe en la

actividad y el esfuerzo. Encierra una gran verdad el dicho de los antiguos monjes “laborare est orare”. “El que reza mejor es aquel que ama todas las cosas, tanto las grandes como las pequeñas”; ¿acaso puede amar el hombre sin trabajar honradamente para mantener a aquellos a los que ama? “Trabaja, y en el trabajo encontrarás el bienestar” es el más viejo de los Evangelios. No promulgado y breve, pero perenne por toda la eternidad. Hacer del desorden, donde quiera que se encuentre, un enemigo eterno; atacarlo y sojuzgarlo, y a partir de él crear orden, un orden no sujeto al caos, sino a la inteligencia, a la Divinidad y a nosotros mismos; atacar la ignorancia, la estupidez y la brutalidad donde quiera que se encuentren, aplastarla con sabiduría, constancia y sin descanso durante toda nuestra vida, en nombre de Dios, tal es nuestro deber como masones, un deber dispuesto por el Altísimo. Incluso Él, con su palabra no pronunciada, más terrible que los truenos del Sinaí, el discurso silabado del huracán, nos habla. Los tiempos aún por llegar; las viejas sepulturas, con sus lápidas polvorientas, nos hablan. Los Reinos de la Muerte, las estrellas en su curso incansable, todo el Espacio y el Tiempo nos insta de forma silenciosa y constante a trabajar

mientras es de día. El trabajo, extenso como la Tierra, tiene su cima en el Cielo. Trabajar, ya sea con el sudor de la frente, con la mente o el corazón, es una forma de culto, la cosa más noble que se ha descubierto bajo las estrellas. Que el exhausto deje de pensar que la labor es una condena dictada por la Deidad, pues sin él no habría verdadera excelencia en la naturaleza humana. Sin él, sin la pena y el dolor, ¿dónde se encontrarían las virtudes humanas? ¿Dónde se hallarían la Paciencia, la Perseverancia, la Mansedumbre, el Vigor, la Resistencia, la Fortaleza, el Valor, la Generosidad y el Sacrificio, las más nobles excelencias del Alma?

¡Que aquel que trabaja no se lamente, ni se sienta humillado! ¡Que vaya con la cabeza alta y contemple a sus hermanos obreros en la Eternidad de Dios, pues únicamente los trabajadores perduran allí! Incluso en la fugaz memoria humana persisten largo tiempo, como los santos, los héroes y los dioses. Únicamente ellos perduran, y pueblan las inconmensurables soledades del Tiempo.

Para el hombre primordial, cualquier bien que le aconteciese provenía directamente de Dios; cualquier deber que se le hiciese visible había

sido prescrito por el Dios Supremo. Para el hombre primordial, todo el Universo era un Templo, y toda la Vida era un Culto.

El Deber siempre nos acompaña, y cada vez más nos prohíbe la holganza. Trabajar con las manos o el intelecto, según las circunstancias o nuestra capacidad, acometer la tarea que aparece ante nosotros, es algo más honroso que cualquier rango o título. Albañiles, tejedores, campesinos, inventores, científicos, poetas, abogados y escritores, todos están al mismo nivel y forman una gran e incontable congregación que marcha desde la Creación del Mundo, merecedores todos de nuestra comprensión y respeto, siendo cada uno un hombre y nuestro hermano.

Fue bueno entregar la Tierra al hombre como una masa oscura en la que laborar. Fue bueno proporcionarle materiales rudos y feos en las minas y en el bosque, de forma que él pudiese transformarlos en esplendor y belleza. Fue bueno, no por el esplendor y la belleza, sino porque el acto de crearlos es mejor que las cosas mismas; porque el trabajo es mejor que el disfrute; porque el trabajador es más grande y más digno de honra que el perezoso. La Masonería se yergue sobre la nobleza del trabajo, que es el gran medio

dispuesto por el Cielo para la mejora del hombre. El hombre se desmoronó hace una eternidad, y la Masonería intenta reconstruirlo. El hombre se desmoronó porque trabajaba únicamente cuando le resultaba obligado, y se sometía a ello como a una necesidad degradante, no deseando nada más en el mundo que escapar de ello. El hombre cumplía la gran ley del trabajo según la letra, pero no según el espíritu; trabajaba con los músculos, pero el pensamiento estaba ausente.

La Masonería enseña que todo holgazán debería apresurarse a tomar algún tipo de trabajo, manual o intelectual, como escenario de mejora escogido y ansiado; pero no se siente movido a hacerlo como consecuencia de las enseñanzas de una civilización imperfecta. Por el contrario, se sienta, encoge sus manos, y se bendice y glorifica a sí mismo en la pereza. Ya es hora de que deje de considerarse el trabajo como algo oprobioso. Hay que dejar ya de avergonzarse del sucio taller y del polvoriento campo de labor; de las manos encallecidas, aceradas por un servicio más honorable que el de las armas; de los andrajos mugrientos y endurecidos por las inclemencias, en los que la Madre Naturaleza ha estampado, por medio del sol y la lluvia, por medio del fuego y el vapor, su propia heráldica. Avergonzarse de estos

títulos y premios, y tener envidia de las vestimentas flamantes, de la holganza y la vanidad, es traicionar a la Naturaleza, ser impío ante el Cielo y romper sus sagradas ordenanzas. El Trabajo, llevado a cabo por el cerebro, el corazón o la mano, constituye la única humanidad y la genuina nobleza.

El Trabajo es un ministerio más beneficioso de lo que la ignorancia del hombre puede comprender, o de lo que sus lamentos admitirían. Incluso cuando no se percibe su finalidad, no es esfuerzo desperdiciado. Siempre es entrenamiento, desarrollo de energía, alimento de virtudes y escuela de mejora. Desde el pobre niño que recoge unas ramas para la hoguera de su madre, hasta el fornido hombre que abate el roble, guía el barco o el coche de vapor, todo trabajador, con cada paso agotador y cada tarea urgente, obedece a una sabiduría que está muy por encima de su entendimiento, y cumple una misión más allá de su propio destino.

La gran ley de la industria humana es esta: que el trabajo, llevado a cabo con la mano o con el intelecto, la aplicación de nuestras capacidades a alguna tarea, para alcanzar algún resultado, es el cimiento de todo mejoramiento humano. No se nos

envía al mundo como animales, para rumiar la yerba que encontramos por el campo, y después tumbarnos indolentemente; sino que se nos envía a arar el suelo y a surcar los mares; a negociar en las ciudades y a trabajar en las fábricas. El mundo es la gran escuela del Trabajo. En la actual sociedad, que no se conforma a los designios de la Providencia, la humanidad está dividida en trabajadores y perezosos.

El Trabajo es la gran misión del hombre, su elemento distintivo y su privilegio. De ser un animal, que únicamente come, bebe y duerme, pasa a convertirse en un trabajador, que con mano ingenua plasma sus propios pensamientos en los moldes de la Naturaleza, dándoles forma y fábrica según su conveniencia, de forma que sean instrumentos para la mejora y la felicidad; no cabe mayor grado posible de privilegio.

La Tierra y la Atmósfera son el laboratorio del hombre. Con el pico y la pala, con diminutas tuberías, con hornos y moldes, con fuego y vapor; en medio del ruido, del zumbido o el chirriar de la maquinaria, o sobre los amplios y silenciosos campos, el destino del hombre fue siempre trabajar y experimentar. El hombre no es nada, no puede alcanzar nada, realizar nada, sin la labor.

Sin trabajar, ni puede conseguir el sublime mejoramiento personal ni ser aceptablemente feliz. El holgazán mata las horas como si fuesen una presa. Para él el tiempo es un enemigo vestido de armadura; debe matar las horas, o perecer en el intento. Nunca se justificó, y nunca se podrá justificar, que un hombre no haga nada, que se halle libre de todo esfuerzo y sudor, no dedicándose más que a reposar, caminar, cabalgar y celebrar fiestas. Ningún hombre puede vivir así. Dios dispuso una ley en contra de ello, una ley que ningún poder humano puede anular, y de la que ningún hombre puede evadirse.

La idea de que debe adquirirse en el plazo de diez o veinte años una masa de riqueza que baste para el resto de la vida; de que por medio de algún próspero negocio, o por la especulación, pueda cumplirse la labor de toda una vida de afán en una breve porción de ella; la idea de que gracias a una operación ventajosa buena parte de la vida se vea exonerada de la industria y el sacrificio, se basa en un grave error, en una grave malinterpretación de la verdadera naturaleza y designio de la actividad y del bienestar humano. El deseo de acumular riqueza con el fin de permitirse una vida de deleite y placer, de huir del esfuerzo y el sacrificio, resulta tan

equivocado como habitual. Es mejor para el masón vivir el momento en que vive, y disfrutar la vida conforme pasa: vivir rico y morir pobre. Es mejor para él proscribir de la mente cualquier sueño de indolencia futura y de deleite, y entregarse por completo al negocio de la vida, como escuela de su educación en este mundo; y que no albergue la esperanza de que la independencia, si la alcanza, podrá eximirle de trabajar. Es preferible para él saber que, para ser un hombre feliz, debe trabajar siempre, con el cuerpo, con la mente, o con ambos. Y que ese despliegue natural de sus facultades no debe ser contemplado como una servidumbre, sino como sana disciplina, disposición y aprendizaje en esta escuela elemental, que servirá a fines más nobles y a unas esferas de actividad más elevada en el futuro.

Hay razones por las que un masón puede en conciencia desear poseer una fortuna. Si puede llenar un palacio, que sea en sí mismo una obra de arte, con las creaciones de un genio sublime; si puede ser amigo y benefactor de los humildes; si puede dedicarse a buscar dónde falta la riqueza o dónde la fortuna ha sido adversa, para dedicarse a suavizar la amargas horas que llevan a los hombres a la locura o a la tumba; si puede

interponerse entre el opresor y su víctima, evitándole grilletes y mazmorras; si puede levantar grandes instituciones de enseñanza, o academias de arte; si puede abrir fuentes de conocimiento para el pueblo, conduciendo sus corrientes por los cauces adecuados; si puede hacer por los pobres algo mejor que darles limosnas, algo como llevar a cabo planes para la elevación de su conocimiento y su virtud; si el masón tiene el suficiente corazón y alma para hacer esto o parte de esto; si la riqueza constituye para él una herramienta que facilite el esfuerzo de aliviar al afligido, entonces él puede honestamente, aunque de forma prudente y modesta, desearla. Pero si esa riqueza no tiene otro destino más que procurarle placer y molicie, instruyendo a sus hijos en esa misma mala escuela, entonces no hay razón que pueda justificarla.

¿Qué hay de glorioso en el mundo que no sea fruto del trabajo, tanto físico como intelectual? ¿Qué es la Historia, sino su registro? ¿Cuáles son los tesoros del genio y el arte, sino el fruto de su trabajo? ¿Qué son los campos cultivados, sino labor? Los mercados abarrotados, las ciudades que emergen, los imperios del mundo, no son sino grandes entornos de trabajo. Las pirámides de

Egipto, los castillos, torres y templos de Europa, las ciudades enterradas de Italia y México, los canales y calzadas de la cristiandad, no son sino rastros, esparcidos por todo el mundo, de los poderosos pasos de la labor. Sin ella, la antigüedad no hubiese existido. Sin ella, no habría recuerdo del pasado, ni esperanza para el futuro.

Incluso la absoluta indolencia reposa sobre tesoros que anteriormente el trabajo consiguió y guardó. El que alguien no haga nada, y aun así no perezca de hambre, tiene su significado, pues es la prueba fehaciente de que alguien ha trabajado en algún momento pasado. Pero la Masonería no honra a estos. La Masonería enaltece al trabajador, al hacendoso, a aquel que produce, y no solo consume; a aquel que aporta su esfuerzo para mejorar la situación humana, y no únicamente para aprovecharse de ella. La Masonería no enaltece a aquel que huye entre el fragor de los elementos para luchar su propia batalla, hundiéndose, con cobardía afeminada, entre almohadones de comodidad. La Masonería glorifica el músculo fuerte, el ímpetu varonil, el corazón resuelto y valiente, el sudor de la frente y el intelecto trabajador; glorifica las grandes y hermosas tareas de la humanidad, el esfuerzo del hombre y las labores de la madre; la laboriosidad

paternal y el cuidado y desvelo maternal; la sabiduría para enseñar y la paciencia para aprender; la mente cuidadosa que preside sobre el Estado, el trabajo de las muchas manos que operan en los talleres y los campos, y el estudio.

Dios no ha creado un mundo de hombres ricos, sino un mundo de hombres pobres; o de hombres, al menos, que han de trabajar para subsistir. Por lo tanto, el trabajo constituye la mejor condición para el hombre, y es el gran entorno en que debe llevarse a cabo el mejoramiento personal. Si todo el mundo pudiese enriquecerse (y tanto derecho tiene un hombre como otro); si la actual generación pudiese proveer de riquezas a la siguiente, como algunos hombres desean hacer con sus hijos, entonces el universo podría ser destruido de un soplido. El trabajo cesaría si dejase de ser necesario; toda mejora personal cesaría al no ser necesaria; las fortunas sería entregadas a la disipación y al vicio, toda vez que sus excesos no serían contrarrestados por la mentalidad saludable de la sociedad; y surgirían todo tipo de enfermedades, alimentadas por el triunfo del desenfreno y el libertinaje. Y el mundo se derrumbaría, podrido como Herodes, en la tumba de su espantosa depravación.

Casi todas las cosas más nobles que se han alcanzado en el mundo han sido llevadas a cabo por hombres pobres; pobres estudiosos, pobres artesanos, pobres profesionales, pobres filósofos, poetas y hombres de genio. Una cierta disposición, cierta moderación y dominio de sí mismo, cierta tensión impuesta por las circunstancias, resulta buena para el hombre. Su cuerpo no fue hecho para el lujo y la riqueza, pues se hunde y perece ante ellos. Su mente no fue hecha para el ocio, pues se afemina, se debilita y se vuelve raquítica cuando permanece ociosa. Y aquel que solo ofrece comodidad a su cuerpo y holganza a su espíritu debe saber que sus hijos y descendientes sufrirán las consecuencias, pues no recibirán esa riqueza que le corrompió y que a su vez provocó su pérdida. Pues la riqueza, cuando no hay una ley que la obligue a ser útil, se muestra falta de la energía necesaria para mantenerse a sí misma, y cae de la débil mano que la posee. La tercera generación cae inevitablemente por la rueda de la fortuna, y tras esa caída se ve obligada a recuperar la energía necesaria para volver a levantarse, si es que lo consigue; heredera, como es, de las enfermedades corporales, de su debilidad mental, y de los vicios de sus ancestros, pero no siendo heredera

de su riqueza. Y sin embargo, casi todos nosotros estamos ansiosos por dejar riquezas a nuestros hijos, y por asegurarnos de que nuestros nietos seguirán ese sendero de lujo, vicio, degradación y ruina; dejándoles una herencia de enfermedad espiritual y lepra mental.

Si las riquezas se empleasen en promover la cultura intelectual en casa y la filantropía fuera de ella; si sirviesen para multiplicar los estudios de las distintas ciencias y levantar centros de enseñanza a nuestro alrededor; si sirviesen para elevar el carácter intelectual del mundo, nunca habría demasiadas riquezas. Pero si su fin último, su utilidad y sentido consistiese en procurar muebles suntuosos, entretenimientos injustificados, mansiones lujosas, vanidad, extravagancia y ostentación, toda riqueza se demostraría superflua. Sin duda puede ser beneficioso ser ministro de la elegancia y el lujo, así como anfitrión y promotor del disfrute físico; pero sin olvidar que, exento de unas ideas nobles y unos fines elevados, el hombre entregado a esos hábitos se acaba hundiendo en el peligro y el mal.

Este riesgo no afecta únicamente a las familias y a los individuos. Resulta igualmente una terrible amenaza para ciudades, repúblicas e imperios.

Las lecciones de tiempos pasados a este respecto son solemnes y atronadoras. La historia de la riqueza ha sido siempre la historia de la corrupción y la ruina. Ningún pueblo sobrevivió jamás a la prueba de la riqueza, pues cesan de existir la voluntad varonil, el espíritu de sacrificio y las virtudes elevadas. No se encuentra el músculo de la nación, ni sus más sublimes talentos y virtudes, ni los mártires del patriotismo y la religión, ni hombres capaces de arrostrar el peligro y el desastre, entre los hijos del lujo, la comodidad, la indulgencia y la holganza.

En la gran marcha de las razas humanas sobre la Tierra, hemos encontrado siempre la opulencia y el lujo hundiéndose ante la pobreza, el trabajo y la dureza de la vida. Esa es la ley que ha regido el devenir de un imperio tras otro. Sidón y Tiro, cuyos mercaderes eran ricos como príncipes; Babilonia y Palmira, exponentes del lujo asiático; Roma, abarrotada por los botines del mundo, víctima de sus propios vicios más que de las hordas bárbaras. Todos estos, y muchos más, son ejemplos de las tendencias destructivas en que se incurre ante una acumulación de riquezas inmensa y antinatural. Pues los hombres deben volverse más generosos o magnánimos, y no egoístas y afeminados, conforme se enriquecen, o de otro

modo las riquezas modernas seguirá el triste destino de esos ejemplos pasados.

Todos los hombres ansían distinción, y sienten la necesidad de algo que ennoblezca sus vidas. Las personas que persiguen fines más elevados en sus vidas son generalmente más felices y están más satisfechas. Artistas, mecánicos e inventores, todos aquellos que buscan encontrar los principios de su ciencia o de-sarrollar belleza en su trabajo, parecen disfrutarlo más. El granjero que trabaja para embellecer y cultivar científicamente su hacienda es más feliz que aquel que ara su tierra movido por la mera subsistencia. Esto constituye un signo testimonial que todos los trabajos humanos ofrecen a las exigencias de nuestra naturaleza. Obtener riqueza nunca puede proporcionar tanta satisfacción como llevar la más modesta pieza de maquinaria a la perfección; al menos, cuando la riqueza sirve a la ostentación, o al mero lujo, al placer y a la comodidad, y no para fines filantrópicos, el auxilio a los niños, el pago de deudas contraídas honestamente, o como medio de alcanzar algún otro fin grande y noble.

La constante búsqueda de las multitudes se basa en la dolorosa convicción de que nunca se alcanza suficiente riqueza ni se obtiene un honor

satisfactorio. ¿Para qué trabajar, si el mundo pronto se olvidará de que tal hombre existió, y si no es posible perpetuar el propio nombre ni en lienzo ni en mármol ni en libros, ni en la exaltada elocuencia ni en el trabajo de estado? La respuesta es que todo hombre tiene un trabajo que hacer en sí mismo, más grande y más sublime que el trabajo del genio; y trabaja sobre un material más noble que la madera o el mármol, pues trabaja sobre su propia alma y su propio intelecto, y solo así puede alcanzar la mayor nobleza y grandeza conocida en la Tierra y en el Cielo. De esta forma puede ser el más grande de los artistas y de los escritores, y su vida, que es mucho más que un discurso, será elocuente.

Un gran escritor o artista retrata únicamente lo que el hombre debería ser. Él *concibe* lo que nosotros deberíamos *hacer*. Él concibe, y representa la belleza moral, la magnanimidad, la fortaleza, el amor, la devoción, la clemencia, la grandeza del alma. Él retrata las virtudes, ensalzadas para nuestra admiración e imitación. La realización práctica de estos elevados ideales del arte consiste en emularlos en nuestras vidas. La magnanimidad de los héroes, celebrada en las páginas poéticas o históricas; la constancia en la fe de los Mártires de la Verdad; la belleza del

amor y la piedad brillando en los lienzos; las palabras de Verdad y Derecho que emergen de los labios del Elocuente, son lo único que cada hombre debería practicar en su vida cotidiana. El trabajo de la virtud es siempre más noble que el trabajo del genio; pues siempre es más noble ser un héroe que describirlo, sufrir el martirio que pintarlo, hacer lo correcto que implorarlo. La acción es mayor que la narración. Un buen hombre está por encima de la contemplación de un gran autor. No hay más que dos cosas por las que vale la pena vivir: *hacer* aquello que merece ser escrito; y *escribir* aquello que merece ser leído; y la más noble de estas dos cosas es siempre *hacer*.

Todo hombre debe obrar de la forma más noble que pueda imaginarse o describirse. Hay un amplio campo para demostrar coraje, alegría, energía y dignidad en la existencia humana. Por ello, que ningún masón considere que su vida ha quedado condenada a la mediocridad o a la mezquindad, al egoísmo o a la labor desperdiciada, o a ningún otro fin que sea menos que inmortal. Nadie puede decir que los grandes premios sean realmente para los otros, no pudiendo hacer él nada. No importa cuán magnífico y noble acto pueda narrar un autor o

plasmar un pintor; resultará más noble que tú mismo acometas y hagas lo que describas, o que seas el modelo que el otro pinta.

La acción más sublime que haya sido jamás descrita no es más magnánima que aquellas que nos surgen a nosotros realizar en nuestra vida cotidiana, en la tentación, en las tribulaciones, en el duelo o en las solemnes postrimerías. En la gran Providencia de Dios y en las grandes ordenanzas de nuestro ser se abre ante el hombre la esfera del deber y de las más hermosas acciones. No es en las situaciones extraordinarias, en las que todas las miradas se centran en nosotros, en que nuestra energía se desborda y nuestra vigilancia se despierta, cuando se nos exigen los mayores esfuerzos de virtud; sino que ello acontece cuando nos encontramos en soledad, en silencio y en reclusión; en nuestras ocupaciones y en nuestros hogares; en la enfermedad extenuante que se sufre en silencio; en la honestidad puesta a prueba y sin alabanza; en la sencilla generosidad, que oculta la mano que lleva ventaja para beneficio del otro.

La Masonería intenta ennoblecer la vida corriente. Su tarea es adentrarse en los oscuros y recónditos registros de la conducta y los

sentimientos diarios; y retratar, no la virtud ordinaria de una vida extraordinaria, sino la más extraordinaria virtud de la vida ordinaria. Lo que se ha hecho y soportado en las sombras de la privacidad, en el duro y golpeado sendero de la labor y la preocupación diaria, lleno de sacrificios no celebrados; en el sufrimiento, y a veces en el sufrimiento despreciado, que conduce el mundo a sus cimas celebradas; en la larga lucha del espíritu, resistiendo el dolor, la pobreza y el desprecio que se lleva en las más íntimas profundidades del corazón; lo que ahí se ha hecho, soportado, creado y vencido, comporta una gloria mayor, y heredará la corona más brillante.

Ayudar a asegurar la permanencia en el empleo y su justo salario; ayudar a apresurar la llegada de ese tiempo en que nadie sufrirá de hambre o miseria porque, aun siendo hábil para trabajar, no pueda encontrar un empleo; o porque haya enfermado mientras trabajaba, son parte de nuestros deberes como Caballeros del Hacha Real. Y si conseguimos hacer de un pequeño rincón de la Creación de Dios un lugar más fructífero y feliz, o algo mejor y más digno de Él; o si conseguimos hacer uno o dos corazones humanos algo más sabios, más humanos, esperanzados y felices, entonces habremos

llevado a cabo nuestro trabajo. Un trabajo que es digno de masones, y aceptable por nuestro Padre en el Cielo.

XXIII

Jefe del Tabernáculo

Entre la mayoría de las antiguas naciones existía, al margen del culto público, otro minoritario denominado los Misterios, a los que únicamente eran admitidos aquellos que habían sido preparados por medio de ciertas ceremonias llamadas Iniciaciones.

Los cultos más ampliamente diseminados eran los de Isis, Orfeo, Dionisos, Ceres y Mitra. Muchas naciones bárbaras recibieron de los egipcios el conocimiento de los Misterios en honor a estas divinidades antes de que llegasen a Grecia; e incluso en las Islas Británicas los Druidas celebraban los de Dionisos, aprendidos de los egipcios.

Los Misterios de Eleusis, celebrados en Atenas en honor a Ceres, se superpusieron a todos los demás. Todas las naciones vecinas olvidaron los suyos propios y comenzaron a celebrar los de Eleusis, de forma que en un breve espacio de tiempo toda Grecia y Asia Menor se pobló de iniciados. Estos Misterios se extendieron por el Imperio Romano y más allá de sus fronteras.

"Esos sabios y augustos Misterios Eleusinos" –afirmó Cicerón– "en los que se inicia la gente de las naciones más remotas". Zósimo dice que los Misterios Eleusinos abarcaron a toda la raza humana, y Arístides los denominó el *templo común de todo el Mundo*.

En las Fiestas Eleusinas había dos tipos de Misterios: los Grandes Misterios y los Pequeños Misterios. Los Pequeños constituían la preparación para los Grandes, y cualquiera era admitido a ellos. Por lo común había un noviciado de tres, y a veces de cuatro años.

Clemente de Alejandría dice que lo que era enseñado en los Grandes Misterios concernía al Universo, y constituía la plenitud y perfección de toda instrucción, donde las cosas se veían como eran, y se llegaba a conocer la Naturaleza y sus obras. Los antiguos afirmaban que los iniciados serían tras la muerte más felices que el resto de los mortales; y que mientras las almas de los profanos, una vez abandonado el cuerpo, quedarían arrojadas al barro y enterradas en la oscuridad, las almas de los iniciados volarían a las Islas Afortunadas, morada de los Dioses.

Platón afirmó que el objeto de los Misterios era restablecer el alma a su primitiva pureza y a ese

estado de perfección que había perdido. Epícteto dijo "todo lo que se descubre en ellos ha sido instituido por nuestros Maestros para la instrucción del hombre y para su mejora moral". Proclo sostenía que la Iniciación elevaba el alma de una existencia puramente material, sensual y meramente humana, a una comunión celestial con los Dioses; y que un cierto género de cosas, formas y especies eran mostradas a los Iniciados, elementos que representaban la primera generación de Dioses.

A los Iniciados se les exigía pureza moral y espíritu elevado. Los candidatos debían ser de reputación inmaculada y virtud irreprochable. Nerón, tras asesinar a su madre, no osó estar presente en la celebración de los Misterios. Y Antonio solicitó ser iniciado como demostración más infalible para probar su inocencia en la muerte de Avidio Casio.

Los Iniciados eran considerados como los únicos hombres realmente afortunados. "La gran estrella del día brilla únicamente para nosotros. Únicamente nosotros recibimos la influencia de sus rayos benéficos; nosotros, los Iniciados, que practicamos con el paisano y el extranjero todo acto posible de justicia y piedad". Por ello no es

sorprendente que, en su tiempo, la Iniciación resultase tan necesaria como posteriormente lo fue el Bautismo para los cristianos, constituyendo un deshonor no ser recibido en los Misterios.

"Creo" – decía el gran orador, filósofo y moralista Cicerón – "que Atenas, entre muchas otras creaciones excelentes, divinas y útiles para la familia humana, no ha producido ninguna comparable a los Misterios, que han tornado la naturaleza salvaje y feroz de la humanidad en urbanidad y cortesía. Con mucha razón se les adjudica el término de *Iniciación*; pues a través de ella aprendemos realmente los primeros principios de la vida, y no solo nos enseña a vivir de una manera más reconfortante y agradable, sino que endulza las penas de la muerte gracias a la esperanza de una vida mejor en la posteridad".

No se sabe dónde se originaron los Misterios. Se supone que llegaron de la India, a través de Caldea, hasta Egipto, y de Egipto fueron llevados a Grecia. Independientemente de dónde surgieron, fueron practicados por todas las naciones antiguas; y, como es habitual, los tracios, cretenses y atenienses reclamaron al unísono el honor de haber sido sus inventores, insistiendo todos en que no habían tomado nada prestado de

ningún otro pueblo.

En Egipto y en Oriente, toda religión, incluso en sus formas más poéticas, resultaba más o menos un Misterio; y la principal razón por la que en Grecia se asignó a los Misterios un distinto nombre y oficio se debe a que la superficial teología popular dejaba insatisfecha una necesidad que únicamente la religión podía llenar. Esto era un reconocimiento práctico de la insuficiencia de la religión popular para satisfacer los pensamientos más profundos y las aspiraciones más trascendentes de la mente. La vaguedad del simbolismo podía alcanzar lo que un credo palpable y convencional no podía. El simbolismo, por su falta de definición, reconocía lo inefable de su objeto; lo trataba de forma mística; intentaba ilustrar lo que no podía explicar, y provocaba un sentimiento adecuado cuando no podía desarrollar la idea correspondiente; e hizo de la imagen un mero instrumento de abstracciones que nunca resultaron demasiado obvias ni familiares. La enseñanza entonces escrita en libros y cartas resultaba antiguamente plasmada en los símbolos, y el sacerdote se veía obligado a inventar o a perpetuar un sistema de ritos y exhibiciones que no solo resultaba más atractivo a los ojos que las

palabras, sino que era más sugerente para la mente y cargado de significado.

Posteriormente, la institución adquirió mas tinte moral y político que religioso. En Egipto, los magistrados civiles modelaron las ceremonias conforme a fines políticos; los sabios que las llevaron de ese país a Asia, Grecia, y al Norte de Europa, eran todos reyes y legisladores. El Magistrado Jefe presidía los Misterios en Eleusis, representado por un oficial denominado "Rey Magistrado", mientras el Sacerdote desempeñaba un papel subordinado.

Los poderes adorados en los Misterios eran en realidad Dioses de la Naturaleza, ninguno de los cuales podía ser considerado realmente como simple *héroe*, pues su naturaleza era evidentemente supraheroica. Los Misterios, que eran en realidad una expresión más solemne de los antiguos mitos, enseñaban la doctrina de la Teocracia o Unidad Divina, que ni siquiera las leyendas conseguían ocultar por completo. No se encontraban en ningún tipo de hostilidad abierta con la religión popular, sino que exponían sus símbolos con mayor solemnidad, o al menos una parte de ellos de una forma más impresionante. La esencia de todos los Misterios, como de cualquier

politeísmo, consiste en que la concepción de un Ser inefable, uno, eterno e inmutable, y la concepción de un Dios de la Naturaleza, cuyos diversos poderes son revelados de forma inmediata a los sentidos en el círculo incesante del movimiento, la vida y la muerte, son tratados y simbolizados por separado. Este culto ofrecía un problema perpetuo para excitar la curiosidad, y contribuía a satisfacer el sentimiento religioso que todo lo impregna, y que si bien no se sacia con lo sencillo y lo inteligible, sí queda satisfecho con una contemplación reverencial de lo oscuro.

La Naturaleza está tan libre de dogmatismo como lo está de tiranía; y los primeros maestros de la especie humana no solo adoptaron sus lecciones, sino que en la medida de lo posible se atuvieron a su método de impartirlas. Intentaron alcanzar el entendimiento a través de la vista, y la mayor parte de toda la enseñanza religiosa fue plasmada en el antiguo e impresionante modo de la exhibición o demostración. Los Misterios eran un drama sacro que exhibía alguna leyenda representativa del cambio de la Naturaleza, del Universo visible en que se revela la Divinidad, y cuya trascendencia resultaba evidente tanto para el pagano como para el cristiano. Al margen de las tradiciones habituales o los recitales sagrados

del templo, apenas se daban explicaciones a los espectadores, a los que se dejaba, como en la escuela de la Naturaleza, inferir por ellos mismos. El método de sugestión indirecta, por símbolo o alegoría, resulta un instrumento de instrucción más eficaz que el lenguaje oral, pues habitualmente nos resulta indiferente aquello que ha sido adquirido sin esfuerzo. *Pocos son los Iniciados, aunque muchos portan el tirso*. Y habría resultado imposible proporcionar una enseñanza adaptada a la capacidad y formación de cada uno, de no ser porque estuviese conformada según el ejemplo de la Naturaleza, o más bien de una representación de la Naturaleza misma, empleando el simbolismo universal en lugar de tecnicismos del lenguaje; simbolismo que invitaba a una búsqueda sin fin, pero que recompensaba al más humilde buscador y revelaba sus secretos a cada uno en proporción a su preparación y capacidad para comprenderlos.

Aun desprovistos de una enunciación formal u oficial de esas importantes verdades, que incluso en una edad ilustrada no se consideró prudente mostrar salvo bajo un velo de alegoría, y que perdían su valor y dignidad al ser interpretados de forma dogmática, la escenificación de los Misterios contenía ciertos elementos sugerentes,

si no lecciones, que en la opinión, no ya de un testigo competente, sino de muchos, se adaptaban a la personalidad de los espectadores, permitiéndoles intuir algo del propósito de la existencia, así como conocer los medios para mejorarla, vivir más dignamente y morir de forma más feliz.

A diferencia de la religión de los libros o credos, estas representaciones o autos místicos no consistían en la lectura de unas enseñanzas, sino en la apertura de un problema, lo que no implicaba ausencia de investigación ni hostilidad a la Filosofía; pues, al contrario, la Filosofía es el gran mistagogo y vehículo del simbolismo; a pesar de que la interpretación llevada a cabo por la Filosofía Griega de los viejos mitos y símbolos fuese en muchos aspectos errónea, como en otros era acertada.

No se podía ingeniar mejor medio de despertar un intelecto dormido que aquellas exhibiciones impresionantes dirigidas a la imaginación y que, en lugar de condenar la mente a la doctrina de un credo ina-movible, invitaban a buscar, comparar y juzgar. La transformación de símbolo a dogma resulta fatal para la belleza de la expresión, de la misma forma que la transformación de fe a dogma

es fatal para la verdad y la transparencia del pensamiento.

La primera Filosofía siempre retornaba al modo natural de enseñanza; y se considera que Sócrates, en particular, esquivó los dogmas, persiguiendo más bien, como los Misterios, despertar y desarrollar en las mentes de sus discípulos las ideas que ya se hallaban en ellos mismos, en lugar imbuirles opiniones caprichosas ajenas. Y de la misma manera, la Masonería todavía mantiene la antigua forma de enseñar. Sus símbolos son la instrucción que imparte, y las lecturas no son a menudo sino intentos insuficientes y sesgados de interpretarlos. Aquel que de-sea convertirse en un masón completo no debe contentarse únicamente con escuchar, o incluso comprender las lecturas, sino que debe, ayudado por ellas y considerándolas el camino a seguir, estudiar, interpretar y desarrollar los símbolos por sí mismo. La especulación primitiva perseguía expresar mucho más de lo que podía comprender de forma nítida; y las expresiones más vagas de la mente encontraron en las misteriosas analogías de los fenómenos sus representaciones más válidas e impregnadas de significado. Los Misterios, como los símbolos de la Masonería, no eran sino una imagen de las

elocuentes analogías de la Naturaleza, resultando tanto uno como otro inescrutables para aquellos que no están, o no estaban, preparados; o no eran capaces de interpretar su significado.

En todos los antiguos Misterios, fuesen donde fuesen celebrados, cualesquiera que fuesen los simbolismos y ceremoniales del Hierofante, aparecía el mismo personaje mítico que, como Hermes o Zaratustra, amalgamaba atributos humanos y divinos, siendo él mismo el Dios cuyo culto introducía, y que instruía a los rudos hombres de los inicios de la civilización por medio de una canción, asociando con el símbolo de su muerte, emblemática de la muerte de la Naturaleza, los principales consuelos de la religión.

Los Misterios abarcaban las tres grandes doctrinas de la antigua Teosofía. Versaban sobre Dios, el Hombre y la Naturaleza. Dionisos, cuyos Misterios se suponen fundados por Orfeo, era el Dios de la Naturaleza, o de la humedad que es la vida de la Naturaleza, que prepara en la oscuridad el retorno de la vida y la vegetación, pues Él es en sí mismo la Luz y el Cambio evolucionando en sus distintos estadios. Dionisos era teológicamente uno con Hermes, Prometeo y

Poseidón. En las Islas Egeas él es Butes, Dárdanos, Himeros o Imbros. En Creta aparece como Iasio o Zeus, cuyo culto, velado bajo las formas habituales de los Misterios, quedaba a salvo de la curiosidad profana, que lo habría malinterpretado y tergiversado de haberlo contemplado sin la debida reverencia. En Asia aparece como Basareo, ataviado con una larga estola, fusionado con el Sabacio de los coribantes frigios. E igualmente sucede con el místico Iaco, hijo de Ceres, y con el desmembrado Zagreo, hijo de Perséfone.

Bajo formas simbólicas, los Misterios exhibían la Unidad, de la cual La Diversidad constituye una ilustración infinita. Contenían una lección moral calculada para guiar el alma a través de la vida y reconfortarla en la muerte. La historia de Dionisos era profundamente significativa. Él no era únicamente creador del mundo, sino guardián, libertador y salvador de las almas. Dios del manto multicolor, él resultaba la personificación de la unidad en la diversidad, de las distintas partes del año, y de la vida transcurriendo bajo sus innumerables formas.

La regeneración espiritual del hombre quedó tipificada en los Misterios bajo el segundo

nacimiento de Dionisos como hijo del Altísimo; y los símbolos y herramientas de esa regeneración eran los elementos que causan la purificación periódica de la naturaleza: el aire, representado por el abanico místico; el fuego, simbolizado por la antorcha; y el agua bautismal, pues el agua no es únicamente elemento limpiador, sino génesis y fuente de todo. Estas nociones, bajo forma ritualística, mostraban la reforma y preparación del alma, la pureza moral proclamada formalmente en Eleusis. Únicamente se invitaba a aproximarse a aquel que era "de manos limpias y discurso ingenuo, libre de toda mancha y de conciencia nítida". "Feliz el hombre" – dice el Iniciado en Eurípides y Aristófanes – "que purifica su vida, y que con reverencia consagra su alma en el tíaso de Dios. Que preste atención a sus labios para no pronunciar ninguna palabra profana; que sea justo y gentil con el extranjero y con su vecino; que no lleve a cabo ningún exceso vicioso, no vaya a dañar de forma imprudente e irreparable los órganos del espíritu. Se hallan alejados del tíaso el impuro, el maledicente, el sedicioso, el cazador de fortunas, el traidor; todos aquellos, en resumen, cuyas prácticas corresponden más a una muchedumbre de titanes que no a la vida ordenada de los Órficos, o de la

orden Curetana de los Sacerdotes de Zeus Idaio. El Iniciado, elevado por encima de la esfera de sus facultades ordinarias, e incapaz de controlar la agitación que le sobrepasaba, parecía divinizarse conforme dejaba de ser humano, para ser demonio o dios. En la imaginación, los iniciados ya se contaban entre los beatos. Únicamente ellos disfrutaban de la verdadera vida, del verdadero brillo del Sol, mientras elevaban cánticos a su Dios bajo los bosques místicos de un Elíseo figurado, siendo realmente renovados o regenerados bajo la influencia genial de sus danzas.

"Aquel a quien Proserpina guía en sus Misterios", se decía, "aquel que se impregna de sus enseñanzas y alimento espiritual, cesa en sus penurias y nunca más conoce el pesar. ¡Feliz aquellos que contemplan y entienden estas ceremonias sagradas! A ellos les es revelado el significado del enigma de la existencia por medio de la contemplación de su fin y término, conforme a la voluntad de Zeus; participan de un beneficio más valioso y duradero que el grano cosechado por Ceres, pues son exaltados en la escala de la existencia intelectual, y obtienen dulces esperanzas que les consuelan ante la muerte".

No hay duda de que las ceremonias de Iniciación eran originalmente pocas y sencillas. Conforme las grandes verdades de la primitiva revelación se fueron difuminando en el recuerdo de las masas populares, y la maldad se extendió por el mundo, fue preciso discriminar y exigir un periodo de exigencia más largo, así como pruebas más severas para los candidatos, extendiendo un velo de secretismo y dando pompa a las ceremonias para elevar su sensación de valor e importancia.

Independientemente de la imagen que autores posteriores, especialmente cristianos, hayan dado de los Misterios, estos se han mantenido puros no solo originalmente, sino durante mucho tiempo. Y las doctrinas de religión natural y moral que allí se enseñaban han sido realmente notables, pues sus coetáneos más ilustrados y cultivados, así como los hombres más virtuosos, hablaban de ellos en los términos más elevados y elogiosos. Ya sabemos que últimamente se han visto degradados y corrompidos, distando mucho de su noble estado anterior.

Los ritos de Iniciación se hicieron progresivamente más complicados. Se inventaron signos y toques gracias a los cuales los Hijos de

la Luz pudiesen reconocerse fácilmente entre sí. Se crearon distintos grados y aumentó el número de iniciados con el fin de que la parte más interior del templo quedase reservada a una minoría escogida, siendo estos los únicos a los que se confiaban los secretos más valiosos de la Orden, de forma que fuese esa élite la que manejase realmente su poder e influencia. Originalmente, los Misterios pretendían ser el comienzo de una nueva vida de razón y virtud. A los compañeros esotéricos o iniciados se les impartía la doctrina de un Dios Supremo y Uno, la teoría de la muerte y la eternidad, los misterios escondidos de la Naturaleza, la esperanza de una restauración final del alma a ese estado de perfección del que había caído, su inmortalidad, y los estados de recompensa y castigo tras la muerte. Al no iniciado se le consideraba Profano, indigno del empleo público o de la confianza privada, siendo proscrito en ocasiones por ateo, y condenado a un seguro castigo eterno más allá de la tumba.

Todo el mundo era iniciado en los Misterios Menores, pero únicamente unos pocos alcanzaban los Mayores, donde se hallaba el verdadero espíritu de estos y la mayor parte de las doctrinas sagradas. El velo de secretismo era impenetrable, sellado por juramentos y las penas más tremendas

y apabullantes. Solo a través de la Iniciación podía obtenerse el conocimiento de los jeroglíficos con los que se decoraban muros, columnas y techos de los Templos, grafía que se consideraba comunicada a los Sacerdotes por una revelación de las deidades celestiales.

Las ceremonias eran llevadas a cabo durante la noche cerrada, generalmente en espacios subterráneos, pero en ocasiones en el centro de una vasta pirámide, con todo tipo de recursos que pudiesen alarmar y excitar al candidato. A los escasos símbolos originales de la observancia primitiva se añadieron progresivamente innumerables ceremonias, salvajes y románticas, temibles y abrumadoras, que en ocasiones provocaron la muerte del aspirante. Probablemente las pirámides fueron empleadas para iniciaciones, de la misma que manera que había cavernas, pagodas y laberintos. Para las ceremonias se requerían muchos apartamentos y células, con largos pasajes y manantiales de agua. En Egipto, uno de los principales lugares de celebración de Misterios era la isla de Filé, en el Nilo, donde se erguía un magnífico templo de Osiris, que supuestamente albergaba sus reliquias.

Conforme a la habitual inclinación de la

naturaleza humana, los Sacerdotes, clase selecta y exclusiva en Egipto, India, Fenicia, Judea y Grecia, así como en Britania y Roma, y donde quiera que se conociesen los Misterios, hizo uso de ellos para aumentar y extender su propio poder. La pureza de las religiones no perdura mucho tiempo, y las pompas y las dignidades suceden inevitablemente a la primitiva sencillez. Hombres sin principios, vanos, insolentes, corruptos y venales se pusieron las vestimentas de Dios para servir al Diablo, y el lujo, el vicio, la intolerancia y la soberbia expulsaron a la frugalidad, la virtud, la amabilidad y la humildad, y en vez de servir al altar, buscaron un trono en el que reinar.

Pero los reyes, filósofos y estadistas, los sabios y los buenos que eran admitidos en los Misterios, retrasaron su destrucción final, y limitaron las tendencias naturales de la casta sacerdotal. Y consecuentemente, Zósimo opinó que el prohibición de los Misterios tras la abdicación de Diocleciano fue la principal causa del declive del Imperio Romano; y en el año 364, el Procónsul de Grecia se negó a clausurar los Misterios, a pesar la orden dictada por el Emperador Valentiniano, por temor a que el pueblo se viese sumido en la desesperación si se veía privado de practicarlos,

pues el bienestar de la humanidad dependía totalmente de ellos. Los Misterios fueron practicados en Atenas hasta el Siglo VIII, en Roma hasta el Siglo IV, y en Gales y Escocia hasta el Siglo XII.

Los habitantes de la India practicaban originalmente la religión Patriarcal. Incluso el culto último de Vishnú era alegre y social, acompañado de cantos festivos, danzas frenéticas y címbalos resonantes, con libaciones de leche y miel, ajos, y perfumes de distintas maderas y sustancias aromáticas.

Quizá entonces comenzaron los Misterios; y en ellos, bajo la forma de alegorías, se enseñaban las verdades primitivas. No podemos detallar las ceremonias de Iniciación, so pena de extendernos más de lo recomendable en esta lectura, pero sí comentaremos lo que permanece en la Masonería de aquellos antiguos Misterios.

Al Iniciado se le investía con un cordón de tres hilos, dispuestos para conformar tres veces tres. A este cordón se le llamaba *zennar*, y es el origen de nuestra soga. Era un símbolo de la Deidad Una y Trina, cuyo recuerdo preservamos en nuestras logias bajo la forma de los tres Oficiales principales, que presiden en tres cuartas partes de

ese Universo que nuestros templos representan. También está simbolizada por nuestras tres Grandes Luces y nuestras tres Pequeñas Luces, las tres Joyas móviles y las tres inmóviles, y por las tres Columnas que soportan nuestras logias.

Los Misterios Indios eran celebrados en cavernas subterráneas y grutas excavadas en la roca viva; y los Iniciados adoraban a la Deidad, simbolizada por el astro solar. El candidato, tras haber vagado largo tiempo en la oscuridad, realmente deseaba la Luz, y el culto que se le enseñaba era el culto a Dios, la Fuente de Luz. El vasto templo de Elefanta, quizá el más antiguo del mundo, labrado en la roca y de 135 pies cuadrados, era empleado para iniciaciones; como lo era el mucho mayor, compuesto por cavernas, de Salsette, que contaba con trescientas estancias.

Los períodos de Iniciación eran regulados por las fases creciente y decreciente de la Luna. Los Misterios estaban divididos en cuatro escalones o grados. El candidato podía recibir el primero a la edad de ocho años, cuando era investido con el *zennar*. Cada grado dispensaba algo de perfección. "Que el hombre malvado," dice el Hitopadesa, "practique la virtud cuando disfrute uno de los tres o cuatro grados religiosos; que su

mente se encuentre en equilibrio con todas las cosas creadas, y que esa disposición sea fuente de virtud”. Tras varias ceremonias, que hacían referencia principalmente a la unidad y trinidad de Dios, el candidato era investido con una túnica de lino inconsútil, y permanecía bajo el cuidado de un brahmín hasta la edad de veinte años, siempre entregado al estudio y practicando la moral más rígida. Entonces se sometía a las más duras pruebas para el Segundo Grado, en las que era santificado por el signo de la cruz, el cual, apuntando a los cuatro puntos cardinales, era reverenciado por muchas naciones de la antigüedad como auténtico símbolo del Universo, siendo imitado por los indios en la construcción de sus templos.

A continuación, el iniciado era admitido en la Santa Gruta, iluminada por el fuego, donde, envueltos en costosos ropajes, se hallaban sentados en el Este, Oeste y Sur los tres principales Hierofantes, representando así la Deidad Una y Trina. En ese momento comenzaban las ceremonias con un himno al Gran Dios de la Naturaleza, tras lo cual seguía esta invocación: “¡O Ser Poderoso, más grande aún que Brahma! Nos inclinamos ante Ti como Creador original. ¡Eterno Dios de Dioses! Tú eres el Ser

Incorruptible, distinto de todas las cosas transitorias. Tú eras antes que todos los Dioses, la Existencia Antigua y Absoluta, y Motor Supremo del Universo. Tú eres la Mansión Suprema y por Ti, ¡oh Forma Infinita!, el Universo comenzó a existir".

De esta forma se enseñaba al candidato su primera gran lección. Tras lo cual se le requería tomar una obligación formal: que sería sumiso y obediente ante sus superiores; que mantendría su cuerpo puro, que gobernaría su lengua y observaría una obediencia pasiva en lo concerniente a recibir las doctrinas y tradiciones de la Orden, y que guardaría el más firme secretismo, manteniendo inviolables sus misterios escondidos y abstrusos. Entonces era asperjado con agua (este es el origen de nuestro bautismo), y se le susurraban ciertas palabras (que desconocemos). Se le despojaba de sus zapatos, haciéndole realizar tres circuitos alrededor de la gruta. Este es el origen de nuestros viajes, que no realizamos ni descalzos ni calzados. Y las palabras eran las Palabras de Paso de ese grado indio.

Los sacerdotes gimnosofistas llegaron desde las llanuras del Eúfrates hasta Etiopía, trayendo

con ellos su ciencia y sus doctrinas. Su Colegio principal se encontraba en Meroe, y sus Misterios tenían lugar en el Templo de Amón, famoso por su oráculo. Etiopia era entonces un estado poderoso, que precedió a Egipto en civilización, y que ostentaba un gobierno teocrático. Por encima del Rey se encontraba el Sacerdote, el cual podía condenar al primero a muerte en nombre de la Deidad. En aquel tiempo, Egipto estaba compuesto únicamente por la Tebaida, pues el Egipto Medio y el Delta se hallaban todavía inundados y constituían un golfo del Mar Mediterráneo. El Nilo formaba una inmensa marisma que fue posteriormente drenada por la mano del hombre, formando así el Bajo Egipto, que fue gobernado durante muchos siglos por la casta sacerdotal etíope, de estirpe árabe, aunque posteriormente fue desplazada por una dinastía de guerreros. Las magníficas ruinas de Aksum, con sus obeliscos, templos, amplias tumbas y pirámides en torno a Meroe, son mucho más antiguas que las pirámides de Menfis.

Los Sacerdotes, enseñados por Hermes, plasmaron en libros las ciencias ocultas y herméticas, que incluían sus propios descubrimientos y las revelaciones de las Sibilas. Estudiaron en particular las ciencias más

abstractas, descubrieron los famosos teoremas que posteriormente Pitágoras aprendió de ellos, calcularon eclipses, y confeccionaron, nueve siglos antes que César, el año juliano. Realizaron investigaciones prácticas para las necesidades de la vida, e hicieron saber sus descubrimientos al pueblo; cultivaron las bellas artes, e inspiraron al pueblo ese entusiasmo que creó las avenidas de Tebas, el Laberinto, los Templos de Karnak, Déndera, Edfú y Filé, los obeliscos monolíticos y el gran lago Meris, fertilizador del país.

La sabiduría de los iniciados egipcios, las sublimes ciencias y elevada moralidad que enseñaban, así como su inmenso conocimiento, excitó la emulación por parte de la mayor parte de hombres eminentes, fuese cual fuese su rango y fortuna, que solicitaron la admisión en los Misterios de Isis y Osiris, a pesar de las complicadas y terribles pruebas a las que debían someterse.

Desde Egipto, los Misterios llegaron a Fenicia, siendo celebrados en Tiro. Osiris cambió de nombre, y se convirtió en Adonis o Dionisos, siendo todavía símbolos solares; y posteriormente estos Misterios fueron introducidos sucesivamente en Asiria, Babilonia, Persia,

Grecia, Sicilia e Italia. En Grecia y Sicilia Osiris tomó el nombre de Baco, e Isis el de Ceres, Cibeles, Rea y Venus.

Bar Hebreo dice: “Enoch fue el primero que inventó los libros y las distinta formas de escritura. Los antiguos griegos afirman que Enoch es el mismo que Mercurio Trismegisto (Hermes), y que él enseñó a los hijos de los hombres el arte de construir ciudades, y promulgó algunas leyes admirables. Descubrió el conocimiento del Zodíaco y el devenir de los Planetas. E instó a los hijos de los hombres a adorar a Dios, a ayunar, adorar, dar limosna, a hacer ofrendas votivas y a entregar el diezmo. Rechazó los alimentos abominables y la embriaguez, y convocó festivales para realizar sacrificios al Sol y a cada uno de los signos del Zodíaco.

Manetón extrajo esta historia de ciertas columnas que descubrió en Egipto, cuyas inscripciones habían sido grabadas por Tot, o el primer Mercurio (o Hermes), en el lenguaje sagrado, pero que tras el diluvio fueron traducidas de ese dialecto al lenguaje griego, siendo conservadas estas columnas en lo más recóndito de los templos egipcios. Estos pilares fueron encontrados en cavernas subterráneas

próximas a Tebas y más allá del Nilo, no muy lejos de la sólida estatua de Memnón, en un lugar llamado Siringa, cavernas que son descritas como unas intrincadas cámaras subterráneas construidas, al parecer, por aquellos que estaban versados en los antiguos ritos; los cuales, previendo la llegada del Diluvio, y temiendo que sus ceremonias quedasen relegadas al olvido, idearon y construyeron estas bóvedas, cavando con ahínco en distintos lugares.

En el seno de Egipto surgió un hombre de consumada sabiduría, iniciado en el conocimiento secreto de la India, de Persia y Etiopía, llamado Tot o Ftah por sus compatriotas, Taut por los Fenicios, Hermes Trismegisto por los griegos, y Adris por los rabinos. La Naturaleza parecía haberle escogido como su favorito, habiendo derramado sobre él todas las cualidades necesarias para estudiarla y conocerla minuciosamente. Por así decirlo, la Deidad le había conferido las ciencias y artes con el fin de que pudiese instruir al mundo entero. Inventó muchas cosas necesarias para los hombres, y les puso nombres apropiados; enseñó a los hombres cómo plasmar por escrito sus pensamientos y como enhebrar sus discursos; dispuso las ceremonias que debían observarse en el culto a

cada uno de los dioses; ordenó la marcha de las estrellas; inventó la Música, la Aritmética, la Medicina, el arte de trabajar los metales y la lira de tres cuerdas; reguló los tres tonos de la voz: el agudo, correspondiente al otoño; el grave, que corresponde al invierno; y el medio, que corresponde a la primavera (entonces solo existían tres estaciones). Él enseñó a los griegos a interpretar las palabras y las cosas, por lo que le dieron el nombre de Ερμης (Hermes), que significa *Intérprete*.

En Egipto instituyó los jeroglíficos. Seleccionó a un cierto número de personas a las que juzgó aptas para ser depositarias de sus secretos y para ocupar el trono y principales cargos de los Misterios, y los reunió en un cuerpo, nombrándoles Sacerdotes del Dios Vivo; les instruyó en las artes y las ciencias, y les explicó los símbolos por medio de los cuales eran veladas. Egipto, mil quinientos años antes de Moisés, ya adoraba en sus Misterios a un Dios Supremo y Uno, denominado el Único No Creado. Bajo él se rendía dulía a siete deidades principales. Es a Hermes, quien vivió en ese período, a quien debemos atribuir la ocultación o velado del culto indio, que Moisés desveló o reveló, no alterando en nada las leyes de Hermes,

excepto la pluralidad de dioses místicos

Los sacerdotes egipcios relatan que Hermes, en su lecho de muerte, dijo: “Hasta ahora he vivido un exilio de mi verdadero país, pero ahora vuelvo a él. No lloréis por mí, pues retorno a la tierra celestial a la que cada uno regresa en su momento. Allí se encuentra Dios. Esta vida no es sino la muerte”. Este era precisamente el credo de los antiguos samaneos budistas, que creían que Dios enviaba ocasionalmente budas a la Tierra para reformar a los hombres, liberarlos de sus vicios y devolverles a la senda de la virtud.

Entre las ciencias enseñadas por Hermes había secretos que eran comunicados a los Iniciados a condición únicamente de que se comprometiesen, bajo un terrible juramento, a no divulgarlos nunca; y solo a aquellos que, tras una larga prueba, demostrasen ser dignos de sucederles. Incluso los reyes prohibieron su revelación bajo pena de muerte. Tal era el secretismo del Arte Sacerdotal, que incluía Alquimia, Astrología, Magia, la Ciencia de los Espíritus, etc. Él les otorgó la clave para los hieroglifos de todas estas ciencias secretas, que eran contempladas como sagradas y guardadas celosamente en los lugares más recónditos del Templo. El secreto observado por

los sacerdotes iniciados durante largo tiempo, así como las elevadas ciencias que profesaban, fue la causa de que fuesen honrados y respetados por todo Egipto, nación que fue considerada por el resto como ejemplo y santuario de ciencias y artes. El misterio que les rodeaba excitaba fuertemente la curiosidad. Por así decirlo, Orfeo se metamorfoseó en egipcio. Fue iniciado en Teología y Física, y hasta tal punto hizo suyas las ideas y razonamientos de sus maestros, que sus himnos más bien parecían propios de un sacerdote egipcio que de un poeta griego, siendo él el primero en llevar a Grecia las fábulas egipcias.

Pitágoras, siempre sediento por aprender, toleró incluso ser circuncidado para convertirse en uno de los Iniciados, y las ciencias ocultas le fueron reveladas en la parte más interior del santuario. Los Iniciados de esta ciencia particular, habiendo sido instruidos por medio de fábulas, enigmas, alegorías y jeroglíficos, escribieron siempre de forma velada al tratar la cuestión de los Misterios, y siguieron ocultando la ciencia bajo un velo de ficciones.

Cuando aconteció la destrucción de numerosas ciudades por la espada de Cambises, y casi todo Egipto se sumió en la ruina, en el año 528 antes

de nuestra era, la mayoría de sacerdotes se dispersó por Grecia y otros países: y ellos llevaron su ciencia, que continuaron enseñando enigmáticamente, o lo que es lo mismo, la enseñaron envuelta siempre en la oscuridad de fábulas y hieroglifos; de forma que el vulgo viese sin ver, y escuchase sin comprender nada. Todos los autores se basaron en esta fuente; pero estos Misterios, ocultos tras varios velos inexplicados, terminaron dando lugar a un enjambre de absurdos que, desde Grecia, se extendieron sobre la faz de la Tierra.

En los Misterios Griegos, tal y como fueron establecidos por Pitágoras, había tres grados. Se exigía una preparación de cinco años de abstinencia y silencio. Si se encontraba al candidato apasionado o falto de templanza, pendenciero, o ansioso de honores terrenales, era rechazado. En sus doctrinas, Pitágoras enseñó las Matemáticas como medio de probar la existencia de Dios a partir de la observación y por medio de la razón. Enseñó Gramática, Retórica y Lógica para cultivar y mejorar esa razón, a la que denominaba Aritmética, y consideraba que no había nada más provechoso para el hombre que la ciencia de los números, así como la Geometría, la Música y la Astronomía, sosteniendo que el

hombre debe estar agradecido a estas ciencias, a las que debe un conocimiento realmente bueno y útil. Enseñó el verdadero método para alcanzar el conocimiento de las leyes divinas por medio de la purificación del alma de sus imperfecciones, la búsqueda de la Verdad y la práctica de la Virtud, imitando de esta forma las perfecciones de Dios. Consideró que su sistema no tenía sentido si no contribuía a introducir la virtud en la mente y a expulsar el vicio. Pitágoras enseñó que las dos cosas más excelentes eran decir la verdad y hacer el bien al prójimo. Inculcó en particular el Silencio, la Templanza, la Fortaleza, la Prudencia y la Justicia. Enseñó la inmortalidad del alma, la omnipotencia de Dios, y la necesidad de santidad personal para que un hombre fuese admitido en la Sociedad de los Dioses.

Por esto debemos el modo particular de instrucción en el Grado de Compañero a Pitágoras; y ese Grado no es sino una reproducción imperfecta de sus enseñanzas. Y de él también proceden muchas de nuestras explicaciones de los símbolos. Él dispuso sus asambleas de Este a Oeste, pues sostenía que el movimiento comenzó en Oriente y se dirigía a Occidente. Se dice que nuestras logias están orientadas de Este a Oeste porque el Venerable

Maestro representa al Sol naciente, y consecuentemente debe estar emplazado en el Oriente. Igualmente las pirámides fueron construidas de forma precisa según los cuatro puntos cardinales. Y nuestra expresión de que las logias se extienden por arriba hasta el cielo proviene de la costumbre persa y druídica de que fuese el cielo el único techo de sus templos.

Platón desarrolló y espiritualizó la filosofía de Pitágoras. Incluso Eusebio el Cristiano admite que él alcanzó el vestíbulo de la Verdad, y permaneció en su umbral.

Las ceremonias druídicas llegaron indubitablemente de la India, y los druidas eran originalmente budistas. La palabra *Druidh*, al igual que la palabra *Magi*, significa hombre sabio o ilustrado; siendo al mismo tiempo filósofos, magistrados y oráculos. Había una sorprendente uniformidad en los templos, sacerdotes, doctrinas y culto entre los Magos persas y los druidas británicos. Los dioses de la Gran Bretaña eran los mismos que los Cabiri de Samotracia. Osiris e Isis aparecían en sus misterios, bajo los nombres de Hu y Ceridwen; y al igual que los templos de los primitivos persas, los templos druídicos eran recintos cerrados de grandes sillares de piedra

sin labrar, algunos de los cuales permanecen todavía, siendo contemplados por el pueblo llano con temor y veneración. Eran generalmente circulares u ovales. Algunos tenían forma de círculo, al que se añadía una gran serpiente. El círculo era un símbolo oriental del Universo, gobernado por una Deidad Omnipotente cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna. Y el huevo era un símbolo universal del mundo. Algunos templos eran alados, y otros en forma de cruz; los alados hacían referencia a Kneph, la Serpiente-Diosa alada de Egipto. También se encontraron templos en forma de cruz en Irlanda y Escocia. La longitud de una de estas vastas estructuras, con forma de serpiente, se acercaba a las tres millas.

Los grandes momentos para la Iniciación en los Misterios Druídicos se daban cada tres meses, en los equinoccios y los solsticios. En los remotos tiempos en que se originaron, coincidían con el 13 de Febrero, 1 de Mayo, 19 de Agosto y 1 de Noviembre. El momento de la celebración anual era la Víspera de Mayo, y las preparaciones ceremoniales comenzaban en la medianoche del 29 de Mayo. Cuando las iniciaciones habían terminado, en la Víspera de Mayo, se encendían fuegos sobre cairnes y crómleches a lo largo de la isla, que ardían toda la noche para anunciar los

deportes del Día de Mayo. El festival se celebraba en honor al Sol. Las iniciaciones se llevaban a cabo a medianoche, y había tres grados.

Los Misterios Góticos fueron llevados hacia Septentrión desde Oriente por Odín; el cual, siendo un gran guerrero, los modeló y modificó para ajustarse a sus propósitos y al genio de su pueblo. Situó al frente de los Misterios a doce Hierofantes, que eran simultáneamente Sacerdotes, Consejeros de Estado y Magistrados, cuyas decisiones eran inapelables. Tenían los números tres y nueve en particular veneración, y cada tres veces tres meses, tres veces tres víctimas debían ser sacrificadas al dios uno y trino.

Los godos tenían tres grandes festivales, de los cuales el más impresionante comenzaba con el Solsticio de Invierno, y era celebrado en honor de Thor, Príncipe del Poder y del Aire. Siendo esa la noche más larga del año, y tras la cual el Sol vuelve a dirigirse al Norte, se consideraba conmemorativa de la Creación; y la denominaron *Noche Madre*, como si en ella tuviese lugar la creación del mundo y la luz a partir de la oscuridad primitiva. Esta era la fiesta de Yuul,

que posteriormente se convirtió en la Navidad, y en la que año tras año se celebraban las iniciaciones. Thor era el Sol, el Osiris egipcio o el Baal fenicio. Las iniciaciones se celebraban en grandes cavernas de recorrido laberíntico que desembocaban, a semejanza de las cavernas mitraicas, en una amplia cripta, en la que el candidato *era llevado a la luz*.

Sin duda José fue iniciado. Tras haber interpretado los sueños del Faraón, este le convirtió en Primer Ministro, y le permitió montar en su segundo carro mientras proclamaban ante él *Abrech!* y regía sobre Egipto. Además, el monarca le otorgó un nuevo nombre, Tsapanat-Paänakh, y contrajo matrimonio con Asanat, hija de Potay Paran, Sacerdote de An en Hierópolis, donde se encontraba ubicado el templo de Atón-Ra, Gran Dios de Egipto, consumando así su nacionalización. Pero no hubiese podido contraer este matrimonio, ni haber ocupado esas altas dignidades, sin haber sido iniciado previamente en los Misterios. Cuando sus Hermanos llegaron a Egipto por segunda vez, los egipcios de su corte no podían comer con ellos, pues hubiese sido calificado como abominable; y no obstante comieron con José, que consecuentemente fue considerado, no como extranjero, sino como uno

de ellos. Y cuando envió de vuelta a sus Hermanos, y les encargó llevar su copa, les preguntó: "¿Acaso no sabéis que un hombre de mi posición practica la adivinación?", asumiendo así que cualquier egipcio de alto rango era iniciado en los Misterios y versado en las ciencias ocultas.

Por la misma razón es obvio que Moisés fue iniciado; pues no solamente fue criado en la corte del Rey, como hijo adoptivo de su hija, permaneciendo en ella hasta la edad de cuarenta años; sino que fue instruido en todas las enseñanzas de los egipcios, contrayendo matrimonio posteriormente con la hija de Yethru, igualmente Sacerdotisa de An. Tanto Estrabón como Diodoro afirman que él mismo era Sacerdote de Heliópolis. Antes de partir para el desierto, la relación entre Moisés y la casta sacerdotal era realmente íntima; y según Josefo, capitaneó un ejército enviado por el Farón contra los etíopes. Simplicio afirma que Moisés recibió de los egipcios, en los Misterios, las doctrinas que enseñó a los hebreos. Y Clemente de Alejandría y Filón afirman que Moisés fue teólogo y profeta, así como intérprete de las Leyes Sagradas. Manetón, citado por Josefo, dice que era Sacerdote de Heliópolis, y que su verdadero y auténtico nombre egipcio era Asersaf

u Osarsif. En el modelado de la institución sacerdotal hebrea, en sus poderes y privilegios, así como en sus inmunidades y la santidad que les era conferida, Moisés siguió escrupulosamente el patrón de las instituciones egipcias, haciendo público el culto a esa Deidad que los egipcios adoraban en privado, y esforzándose por impedir que el pueblo retornase a su viejo sincretismo de supersticiones caldeas y egipcias y a la idolatría, cosa que siempre estuvieron dispuestos a hacer; como demuestra el hecho de que Aarón, ante el descontento popular, restaurase el culto al dios egipcio Apis bajo la forma de un becerro de oro.

En sus grandes Misterios, los sacerdotes egipcios enseñaban que había un único Dios, Supremo e Inalcanzable, que había *concebido* el Universo en su Inteligencia antes de *crearlo* por Su Poder y Voluntad. No había materialistas ni panteístas, sino que enseñaban que la Materia no era eterna ni coexistente con la Gran Causa Primera, sino creada por Dios.

Los primeros cristianos, a los que su fundador enseñó, con mayor perfección, esas verdades primitivas que los egipcios habían transmitido a los hebreos, y que habían sido preservadas posteriormente por los esenios, recibieron

igualmente la institución de los Misterios. Adoptaron como su objetivo la construcción del Templo Simbólico, y preservaron las antiguas escrituras hebreas como su libro sagrado y ley fundamental, tejiendo sus palabras y fórmulas un nuevo velo de Iniciación que, corrompido y desfigurado por el tiempo y la ignorancia, aparece en muchos de nuestros grados.

Tal, Hermano mío, es la doctrina del Primer Grado de los Misterios, o el de Jefe del Tabernáculo, al cual has sido admitido; y cuya lección moral consiste en la devoción en el servicio a Dios, así como un celo desinteresado y el esfuerzo constante por el bienestar del hombre. En lo sucesivo, si te es permitido avanzar, llegarás a una comprensión más completa de las sublimes doctrinas que los Misterios enseñan. Muéstrate satisfecho, por lo tanto, con lo que ya has visto y oído, y aguarda pacientemente la llegada de una luz aún mayor.

XXIV

Príncipe del Tabernáculo

Los símbolos fueron el lenguaje casi universal de la teología antigua. Se revelaron como el método de instrucción más inmediato, pues al igual que la naturaleza misma, se dirigían al entendimiento a través de la vista; y las expresiones más antiguas que implicaban transmisión de conocimiento religioso apelaban a una imagen visual. Los primeros maestros de la humanidad tomaron este método de enseñanza que comprendía una riqueza sin fin de hieroglifos cargados de significado. Estas lecciones de los tiempos antiguos eran los enigmas de la Esfinge, que resultaban tentadores para los curiosos por su rareza, pero que al mismo tiempo implicaban aceptar un riesgo personal por parte del intérprete aventurado. "Los mismos dioses" –rezaba un antiguo adagio- "revelan sus intenciones a los sabios, pero para los insensatos sus enseñanzas resultan incomprensibles"; y se decía del Oráculo Délfico que *no declaraba*, ni por el contrario tampoco *ocultaba*, sino que *sugería*.

Los sabios antiguos, tanto bárbaros como

griegos, revestían sus enseñanzas de enigmas y adivinanzas; y sus lecciones se servían tanto de símbolos visibles como de parábolas y de los oscuros proverbios antiguos, cuya transmisión inalterada de generación en generación era considerada un deber sagrado por parte de los israelitas. Los elementos didácticos empleados por el hombre, ya fuesen objetos emblemáticos o acciones, símbolos o ceremonias místicas, resultaban similares a los signos revelados y hechos portentosos que acontecían en los sueños o en el paso entre la vigilia y el sueño, y que se suponía que expresaban las intenciones de los dioses. Ambos requerían la ayuda de un pensamiento ansioso y de una interpretación hábil. Únicamente a través de la correcta apreciación de situaciones análogas de la Naturaleza podía el adivinador comprender la voluntad de los Cielos, o la Sabiduría hacerse manifiesta al sabio.

Los Misterios consistían en una serie de enseñanzas simbólicas, y lo que se decía allí no eran sino explicaciones accesorias a la liturgia o a la iconografía, comentarios sagrados explicativos de los símbolos establecidos. Algunas de esas tradiciones independientes incluían la especulación moral o sobre la naturaleza, siendo los astros y los planetas los

elementos empleados para plasmar verdades filosóficas y morales. Los acontecimientos de la historia natural se entremezclaban con los de la raza humana, de forma que la naturaleza misma se convertía en expositor de enseñanzas morales; y las antiguas perspectivas de la relación entre lo humano y lo divino recibían una forma dramatizada.

Siempre ha habido una íntima unión entre ambos sistemas, el simbólico y el filosófico, en las alegorías de los monumentos de todos los tiempos, en los escritos simbólicos de los sacerdotes de todas las naciones, en los rituales de todas las sociedades secretas y mistéricas. Ha habido una serie constante, una invariable uniformidad de principios que provienen de un agregado vasto, imponente y verdadero, compuesto de partes que solo en ese contexto encajaban armónicamente.

La instrucción simbólica queda recomendada por el empleo constante y uniforme que experimentó en la antigüedad, pues ha mantenido su eficacia a través de todos los tiempos como sistema de comunicación mistérica. La Deidad, en sus revelaciones al hombre, adoptó el uso de imágenes naturales con el propósito de realzar las

verdades sublimes, y Cristo enseñó por medio de parábolas. El misterioso conocimiento de los druidas fue plasmado en signos y símbolos. Taliesin, describiendo su iniciación, comenta: "Los secretos me fueron mostrados por la vieja Gigante Ceridwen (o Isis), sin emplear un lenguaje audible". Y añade, "Mi destreza es silenciosa". La Iniciación era una escuela en la que se impartían las verdades de la Revelación primitiva, la existencia y atributos del Dios Uno, la inmortalidad del alma, la recompensa y el castigo en una vida futura, los fenómenos de la Naturaleza, las artes, las ciencias, la moral, las leyes, filosofía y filantropía, y lo que ahora conocemos como psicología y metafísica, junto con el magnetismo animal y otras ciencias ocultas. Todas las ideas de los sacerdotes del Indostán, de Persia, Siria, Arabia, Caldea y Fenicia eran conocidas por los sacerdotes egipcios. La racional filosofía india, tras penetrar en Persia y Caldea, dio origen a los Misterios Egipcios. Vemos que el uso de jeroglíficos fue precedido en Egipto por el empleo de símbolos y figuras fácilmente comprensibles, procedentes de los reinos mineral, animal y vegetal, ya empleados por indios, persas y caldeos para expresar su pensamiento; y esta filosofía primitiva fue la base

de la posterior filosofía de Pitágoras y Platón.

Todos los filósofos y legisladores que hicieron ilustre a la Antigüedad eran alumnos de la Iniciación; y todas las modificaciones benéficas llevadas a cabo por ellos en las religiones de los distintos pueblos eran deudoras de los Misterios. En el caos de las supersticiones populares, sólo los Misterios impidieron al hombre precipitarse en la brutalidad absoluta. Zaratustra y Confucio extrajeron sus doctrinas de los Misterios. Clemente de Alejandría, refiriéndose a los Grandes Misterios, afirma: "Aquí finaliza toda la instrucción. Tanto la Naturaleza como todas las cosas han sido ya vistas y son conocidas". Si solo hubiesen sido enseñadas verdades morales a los iniciados, los Misterios nunca habrían recibido tan magníficos elogios por parte de los hombres más ilustrados de la antigüedad (de Píndaro, Plutarco, Isócrates, Diodoro, Platón, Eurípides, Sócrates, Aristófanes, Cicerón, Epícteto, Marco Aurelio y otros), de filósofos hostiles al espíritu sacerdotal, o de historiadores consagrados a la investigación de la Verdad. No, todas las ciencias eran impartidas allí, así como todas las tradiciones, orales o escritas, que se remontaban al amanecer de los tiempos.

Dijo Sócrates, en *Fedón*, de Platón: “Bien parece que aquellos que establecieron los Misterios, o asambleas secretas de iniciados, no eran personajes menores, sino hombres de gran genio, que en los primeros tiempos lucharon por enseñarnos, bajo la forma de enigmas, que aquel que viajase a las regiones invisibles sin ser purificado, se precipitaría en el abismo; mientras que aquel que llegase allí purgado de las inmundicias de este mundo, y pleno de virtud, sería admitido en las moradas de la Deidad. Sin duda los iniciados alcanzarán la compañía de los Dioses”. Pretextato, procónsul de Acacia, hombre dotado de todas las virtudes, señaló que desposeer a los griegos de esos Sagrados Misterios, que mantenían unida a la totalidad de la raza humana, haría la vida insoportable. La Iniciación era considerada como una muerte mística, un descenso a las regiones infernales, en las que cada mancha e imperfección de una vida corrupta era purgada por fuego y agua; y se consideraba entonces al perfecto *Epopt*[1] regenerado, renacido, reintegrado a una existencia renovada de vida, luz y pureza, y amparado en la Protección Divina. Se adaptó un nuevo lenguaje para estas celebraciones, e igualmente un lenguaje de jeroglíficos, desconocido para todo aquel que

no hubiese recibido el más alto grado. De esta forma quedaron confinados la enseñanza, la moral y el poder político a aquellos que habían recibido el más alto grado en todos los pueblos en los que se practicaban los Misterios. Tan verdaderamente estaba el conocimiento de los jeroglíficos del grado más alto escondido de todos salvo de una minoría favorecida, que con el paso del tiempo su significado se perdió por completo, no quedando nadie que pudiese interpretarlos. Si los mismos jeroglíficos eran empleados tanto en grados altos como en los inferiores, poseían un significado diferente, más abstruso y figurativo. Se pretendió, en tiempos posteriores, que el lenguaje y los jeroglíficos sagrados eran los mismos que los empleados por las Deidades Celestiales. Fue añadido todo aquello que podía aumentar el misterio de la iniciación, al punto de que el propio nombre de la ceremonia poseía un extraño encanto, y al mismo tiempo evocaba los más atávicos temores. El mayor de los éxtasis quedó expresado por la palabra que significaba *pasar a través de los Misterios*.

El estamento sacerdotal poseía un tercio de Egipto. Obtuvieron buena parte de su influencia gracias a los Misterios, y no escatimaron medios para impresionar al pueblo respecto al sentido

pleno de su importancia. Se presentaban a sí mismos como el comienzo de una nueva vida de razón y virtud: se sostenía que los iniciados experimentaban las más agradables anticipaciones de la muerte y la eternidad, que comprendían los misterios ocultos de la Naturaleza, que habían llevado sus almas a la perfección original de la que el hombre había caído, y que tras la muerte eran transportados a las moradas celestiales de los Dioses. Las doctrinas de un estado futuro de recompensa o castigo constituían una característica prominente de los Misterios, y se creía que granjeaban felicidad temporal y buena fortuna, así como absoluta seguridad tanto en tierra como en mar. El desprecio popular más absoluto caía sobre aquellos que rehusaban ser iniciados. Se les consideraba profanos, indignos del empleo público o de la confianza privada; y se creía que quedaban condenados al castigo eterno por impíos. Traicionar los secretos de los Misterios, llevar sobre un escenario el hábito de un iniciado, o hacer mofa de ellos era hacerse acreedor a la muerte a manos de la venganza pública.

Es cierto que en tiempos de Cicerón los misterios todavía retenían mucho de su carácter original de santidad y pureza. Y que poco

después, tal y como sabemos, Nerón, tras llevar a cabo un crimen horrible, no osó, ni siquiera en Grecia, actuar como acólito en la celebración de los Misterios. Y que en una época posterior, no le fue permitido a Constantino, el Emperador Cristiano, hacerlo, tras asesinar a sus familiares.

En todas partes, y en todas sus formas, los Misterios estaban imbuidos de carácter fúnebre; y celebraban la muerte mística y la restauración a la vida de algún personaje heroico o divino, variando los detalles de la leyenda y la forma de muerte según los distintos países en que los Misterios eran practicados.

La explicación de los Misterios pertenece tanto a la astronomía como a la mitología, y la leyenda del grado de Maestro no es más que otra forma de los Misterios; una leyenda que se remonta, de una u otra forma, a la más remota antigüedad.

Es imposible saber ahora si la leyenda se originó en Egipto, o si se tomó prestada de la India o de Caldea. Pero los hebreos sí recibieron los Misterios de los egipcios, y desde luego estaban familiarizados con *su leyenda*, siendo conocida como era por los iniciados egipcios Josué y Moisés. Se trataba de la fábula (o más bien de la verdad velada en alegorías y figuras)

de Osiris, el Sol, Fuente de Luz y Principio del Bien, y por otra parte de Tifón, Principio de Oscuridad y del Mal. En todas las historias de dioses y héroes yacen escondidos detalles astronómicos, así como la historia de los acontecimientos de la Naturaleza visible; que a su vez son empleados como símbolos para plasmar verdades más elevadas y profundas. Nadie, salvo mentes burdas e incultas podría considerar al Sol, las estrellas y los poderes de la Naturaleza como divinos, o como objetos apropiados para la adoración humana; y sin embargo esas mentes toscas los considerarán así mientras que el mundo exista, ignorando las grandes verdades espirituales a las que sirven bajo la forma de jeroglíficos y otras expresiones.

Un breve resumen de la leyenda egipcia servirá para mostrar la idea básica en que los Misterios hebreos estaban basados:

> Osiris, que se supone que fue un antiguo Rey de Egipto, era el Sol; e Isis, su esposa, la Luna; y su historia refleja, en estilo poético y figurativo, el viaje anual de la Gran Luminaria a través de los diferentes signos del Zodíaco.
>
> En ausencia de Osiris, Tifón, su

> hermano, lleno de envidia y maldad, intentó usurpar su trono, pero sus planes fueron frustrados por Isis. Entonces decidió asesinar a Osiris. Así lo hizo, persuadiéndole para que entrase en un ataúd o sarcófago, que arrojó al Nilo. Tras una prolongada búsqueda; Isis encontró el cuerpo, y lo ocultó en las profundidades de un bosque. Pero Tifón, encontrándolo allí, lo cortó en catorce trozos, que escondió en distintos lugares. Tras una búsqueda tediosa, Isis encontró trece partes, pero los peces se habían comido la que faltaba (el falo), que reemplazó por madera, y enterró el cuerpo en Filae, donde se erigió un asombroso templo en honor a Osiris.
>
> Isis, ayudada por su hijo Orus, Horus o Har-Oeri, luchó contra Tifón, le dio muerte, reinó gloriosamente y a su muerte se reunió con su marido, en la misma tumba.

Tifón era representado como nacido de la tierra. La parte superior de su cuerpo estaba cubierta de plumas, y en altura alcanzaba las nubes. Sus brazos y piernas estaban cubiertos de escamas, de

todo su cuerpo se disparaban serpientes, y salía fuego de su boca. Horus, que ayudó a matarlo, se convirtió en el Dios del Sol, trasunto del griego Apolo; y Tifón no es sino el anagrama de Pitón (Phiton), la gran serpiente muerta por Apolo.

La palabra Tifón, como Eva, significa *serpiente*, y *vida*[2]. Por su forma, la serpiente simboliza la vida, que circula a través de toda la naturaleza. Cuando, hacia el final del otoño, la Mujer (Virgo), en las constelaciones, desde la perspectiva caldea, parece aplastar con su rueda la cabeza de la serpiente, anuncia la llegada del invierno, durante el cual la vida parece retirarse de todos los seres y deja de circular por la naturaleza. Esta es la razón por la que Tifón se representa también como una serpiente, el símbolo del invierno, que en los templos católicos es representado rodeando el globo terrestre, sobre la cruz celestial, emblema de redención. Si la palabra Tifón es derivada de Tupoul, significa un árbol que produce manzanas (*mala*, males)[3], el origen hebreo de la Caída del Hombre. Tifón significa también "el que suplanta", y representa las pasiones humanas, que expulsan de nuestros corazones las lecciones de sabiduría. En la fábula egipcia, Isis escribió la

palabra sagrada para enseñanza a los hombres, y Tifón la borró tan rápidamente como ella la había escrito. Cuando Isis acababa de encontrar el cuerpo, junto a la orilla cerca de Biblos, halló un arbusto de tamarisco que, por la presencia del cuerpo, brotó de un árbol y lo protegió (de aquí nuestra ramita de acacia). Isis fue ayudada también en la búsqueda por Anubis, bajo la forma de un perro. Él era Sirio o la Estrella Perro, amigo y consejero de Osiris, inventor del lenguaje, gramática, astronomía, agrimensura, aritmética, música y medicina; primer artífice de las leyes, que enseñó la adoración a los Dioses y la construcción de templos. En los Misterios, el sellado con clavos del sarcófago que contenía el cuerpo de Osiris fue denominado el *afanismo*, o desaparición (por analogía, del Sol en el Solsticio de Invierno, bajo el Trópico de Capricornio), y la recuperación de las diferentes partes de su cuerpo por Isis fue denominada la *Euresis*, o hallazgo. En todos los Misterios de todas las naciones, el candidato atravesaba una ceremonia que representaba esto. Los hechos principales de la fábula eran semejantes, y las deidades principales eran en todos los rituales un macho y una hembra. En Egipto eran Osiris e Isis. En la India, Mahadeva y Bhayani. En Fenicia,

Tamuz (o Adonis) y Astarté. En Frigia, Atis y Cibeles. En Persia, Mitra y Asis. En Samotracia y Grecia, Dionisio o Sabazeo y Rhea. En las Islas Británicas, Hu y Ceridwen, y en Escandinavia, Wotan y Frea. Y siempre estas divinidades representaban el Sol y la Luna. Los Misterios de Osiris, Isis y Horus parecen haber sido el modelo de todas las demás ceremonias de iniciación establecidas posteriormente entre los distintos pueblos del mundo. Los Misterios de Atis y Cibeles, celebrados en Frigia, y los de Ceres y Proserpina, en Eleusis y otros muchos lugares de Grecia, no eran sino copias del modelo egipcio. Sabemos esto por Plutarco, Diodoro Sículo, Lactancio y otros autores; e incluso ante la ausencia de testimonios directos debería inferirse a partir de la similaridad de las peripecias de estas deidades; pues los antiguos sostienen que la Ceres de los griegos era la misma que la Isis de los egipcios; y Dionisio o Baco es Osiris. En la leyenda de Osiris e Isis, tal y como es recogida por Plutarco, hay muchos detalles y circunstancias al margen de las que hemos indicado brevemente, y que no mencionaremos aquí en su totalidad. Osiris se casó con su hermana Isis, y trabajaron juntos con el fin de mejorar a los hombres. Él les enseñó agricultura, mientras que Isis fue madre de

las leyes. Él erigió templos a los dioses, y estableció su culto. Ambos fueron patrones de artistas y de sus creaciones, e introdujeron el uso del hierro en las armas defensivas y en las herramientas de agricultura, así como el oro para embellecer los templos de los dioses. Partió con un ejército para conquistar a los hombres para la civilización, y mostró a aquellos a los que derrotó cómo cultivar las viñas y cómo plantar el grano para alimentarse.

Tifón, su hermano, lo mató cuando el Sol estaba en el signo del Escorpión, o lo que es lo mismo, el Equinoccio de Otoño. Ambos habían sido rivales reclamando para sí, afirma Sinesio, el trono de Egipto, de la misma manera que la Luz y la Oscuridad luchan siempre por el imperio del mundo. Plutarco añade que en el momento en que Osiris murió, la Luna estaba llena, y por lo tanto se hallaba en el signo frente al Escorpión, es decir, Tauro, el signo del Equinoccio de Primavera. Plutarco nos asegura que Isis estableció los Misterios para representar estos hechos, que eran reproducidos en imágenes, símbolos y ceremonial religioso donde quiera que fuesen imitados; y en los que se impartían enseñanzas de piedad y consuelo para las desgracias que nos afligen en este mundo terrenal.

Aquellos que instituyeron estos Misterios querían fortalecer la espiritualidad y consolar a los hombres en sus pesares por medio de las elevadas esperanzas que encontraban en una fe religiosa, cuyos principios les presentaban envueltos en un pomposo ceremonial y bajo el sagrado velo de la alegoría.

Diodoro habla de las famosas columnas erigidas cerca de Nisa, en Arabia, donde se afirmaba popularmente que se hallaban las tumbas de Osiris e Isis. Sobre una columna figuraba la siguiente inscripción: *Soy Isis, Reina de este país. Fue instruida por Mercurio. Nadie puede destruir las leyes que he dispuesto. Soy la hija mayor de Saturno, el más antiguo de los dioses. Soy esposa y hermana de Osiris el Rey. Yo descubrí a los mortales el uso del trigo. Soy la madre de Horus, el rey. En mi honor se construyó la ciudad de Bubaste. ¡Regocíjate, Oh Egipto, regocíjate, país que me vio nacer!* Y en la otra columna podía leerse: *Soy Osiris el Rey, que condujo a sus ejércitos a todas partes del mundo, a los más inhóspitos y despoblados parajes de la India, del Norte, del Danubio, y al Océano. Soy el primogénito de Saturno: nací del huevo brillante y magnífico, y mi sustancia es de la misma naturaleza que la Luz. No hay lugar*

del Universo donde yo no haya aparecido para otorgar mis dones y enseñar mis descubrimientos. El resto era ilegible.

Para ayudarla en la búsqueda del cuerpo de Osiris, y para alimentar a su pequeño hijo Horus, Isis llevó con ella a Anubis, hijo de Osiris y de su hermana Neftis. Él, como hemos dicho, era Sirio, la estrella más brillante de los Cielos. Tras encontrarlo, Isis fue a Biblos, y se sentó junto a una fuente donde había oído que se había detenido el sarcófago que contenía el cuerpo de Osiris. Allí estaba sentada, triste y silenciosa, derramando un torrente de lágrimas, cuando vinieron las mujeres de la corte de la Reina Astarté, y le hablaron, peinando sus cabellos y derramando en ellos una ambrosía deliciosamente perfumada. Cuando la Reina tuvo conocimiento de su desgracia, contrató a Isis como nodriza para su hija en el palacio, en el que una columna de tamarisco había surgido sobre el sarcófago que contenía los restos de Osiris, y aunque había sido talada por el Rey, todavía contenía el ataúd. De esa columna extrajo Isis el cofre y el cuerpo, que envolvió en telas finas y perfumadas y se lo llevó con ella.

La Masonería simbólica, ignorante de su

significado, todavía mantiene entre sus iconos el de una mujer llorando junto a una columna rota, sosteniendo en su mano una rama de acacia, mirto, o tamarisco, mientras el Tiempo, se nos dice, permanece detrás de ella peinando los rizos de su cabello. No necesitamos repetir la explicación insípida y trivial que se suele dar acerca de esta representación de Isis llorando en Biblos sobre la columna del palacio del Rey que contenía el cuerpo de Osiris, mientras Horus, el Dios del Tiempo, derrama ambrosía sobre su cabello.

Nada de este relato era histórico, sino que era una alegoría o fábula sagrada que contenía un significado solo conocido por aquellos que habían sido iniciados en los Misterios. Todos los hechos eran de índole astronómica, existiendo un significado todavía más profundo bajo esa explicación, que resultaba así oculta bajo un doble velo. Los Misterios, en los que estas fábulas se representaban, tenían la misma misión que los ritos eleusinos, a los que Pausanias, que era un iniciado, describe como el mejor y más perfeccionado sistema de mover a los hombres a la piedad; y Aristóteles afirma que era las más valiosa de todas las instituciones religiosas, y que por ello se les llamaba “Los Misterios por excelencia”. Y el templo de Eleusis era

considerado en cierta forma como el santuario común de toda la Tierra, donde la religión había aunado todo lo más augusto e imponente. El objeto de los Misterios era inspirar a los hombres en la piedad, y consolarles en las tribulaciones de la vida. Ese consuelo consistía en la esperanza de un futuro más feliz, y en pasar, tras la muerte, a un estado de felicidad eterna.

Cicerón dice que los iniciados no solo recibían lecciones que les hacían la vida más agradable, sino que extraían de las ceremonias esperanzas felices para el momento de la muerte. Sócrates comenta que aquellos que eran tan afortunados como para ser admitidos a los Misterios, poseían en el instante de su muerte las más gloriosas esperanzas de eternidad. Arístides dice que la Iniciación no solo proporciona consuelo para esta vida, y medios para liberarse del gran peso de sus males, sino también la preciosa ventaja de pasar a un estado más feliz tras la muerte.

Isis era la Diosa de Sais, y el famoso Festival de las Luces era celebrado en su honor. En los Misterios se representaba la muerte y posterior restauración a la vida del Dios Osiris en una ceremonia secreta en la que también se representaban sus sufrimientos, siendo

denominada los Misterios de la Noche.

Con frecuencia los Reyes de Egipto ejercían las funciones del Sacerdocio, y eran iniciados en la Sagrada Ciencia tan pronto como alcanzaban el trono. Igualmente en Atenas, el Primer Magistrado o *Arconte Rey*[4], supervisaba los Misterios. Esto es una imagen de la unión que existía entre el Sacerdocio y la Realeza, en aquellos tiempos en que los legisladores buscaban en la religión un potente instrumento político.

Heródoto comenta, refiriéndose a las razones por las que los animales eran deificados en Egipto: *Si tuviese que explicar estas razones, debería desvelar algunos asuntos sagrados que deseo especialmente evitar, y de los que no hablaría salvo por necesidad*. Continúa así: *Los egipcios tienen en Sais la tumba de un cierto personaje, que no me considero legitimado para mencionar. Se halla tras el Templo de Minerva* (La Minerva de los griegos era realmente Isis, a quien corresponde la inscripción citada a menudo "Yo soy lo que fue, lo que es y lo que será. Ningún mortal me ha desvelado jamás"). Heródoto continúa: *Sobre este lago se representan de noche las desventuras que acontecieron a aquel a quien no osaré nombrar.*

Los egipcios lo llaman sus Misterios. Respecto a estos, de la misma manera que me confieso suficientemente conocedor de ellos, me siento obligado al silencio. Tampoco puedo hablar de las ceremonias en honor a Ceres más allá de lo que las obligaciones de la religión me permiten.

Es fácil ver lo que era el gran objeto de la Iniciación y de los Misterios, cuyo primer gran fruto fue, como todos los antiguos testifican, civilizar a las hordas salvajes, suavizar sus modales feroces, imbuirles de sociabilidad y llevarlos a una vida más digna de los hombres. Cicerón considera que los Misterios de Eleusis son el mayor de todos los beneficios que Atenas confirió a otras comunidades, habiendo sido sus efectos –dice él- moderar su brutalidad y enseñarles los verdaderos principios morales, principios que le inician en la única vida que realmente vale la pena. El mismo autor filosófico, en un pasaje que titula “Ceres y Proserpina”, afirma que la humanidad debe a estas diosas los elementos primeros de la vida moral, así como los primeros medios de sustento de la vida física, el conocimiento de las leyes y el ideal de civilización que ha mejorado las maneras de los hombres y de las ciudades.

En los escritos de Eurípides, Baco dice a Penteo que la nueva institución de Ieis (los Misterios Dionisíacos) son dignos de ser conocidos, y que una de sus grandes ventajas era que proscribían cualquier impureza. Afirmaba igualmente que estos eran los Misterios de la Sabiduría, de los que no sería conveniente hablar a las personas que no hubiesen sido iniciadas, y que habían sido establecidos entre los bárbaros, que en eso demostraron mayor sabiduría que los griegos, que todavía no los habían recibido.

Esta doble finalidad, política y religiosa, una para enseñar los deberes para con los hombres, y otra para enseñarnos lo que debemos a los Dioses (o más bien el respeto a los dioses como paso previo para respetar la leyes), queda reflejada en el poema de Virgilio *Enséñame a respetar la justicia y a los Dioses*. Esta gran lección, que el Hierofante inculcó a los Iniciados una vez que estos fueron testigos de una representación de las regiones infernales, es situada por el Poeta tras su descripción de los diferentes tormentos sufridos por los perversos en el Tártaro, e inmediatamente tras la descripción de los suplicios de Sísifo. Igualmente, Pausanias, al término de la representación de los castigos de Sísifo y de las hijas de Danao, en el templo de Delfi, hace su

reflexión: que el crimen o la impiedad que les habían hecho acreedores al castigo no era sino el desdén que habían mostrado por los Misterios de Eleusis. A partir de esta reflexión de Pausanias, que era iniciado, es fácil ver que los sacerdotes de Eleusis, que enseñaban el dogma del castigo en el Tártaro, incluían entre los grandes crímenes merecedores de estos castigos el desprecio y la falta de consideración a los Santos Misterios; cuyo objeto era hacer nacer la piedad en los hombres, así como el respeto por la justicia y las leyes (razón de ser principal de la institución, si no la única, y a la que se subordinaba la razón de ser e interés de la religión, que no era sino un medio de alcanzar las metas citadas). Pues estando toda la fuerza de las opiniones religiosas en manos de los legisladores, para ser manejadas a su antojo, estos estaban más seguros de ser obedecidos.

Los Misterios no consistían únicamente en unas purificaciones y en la observancia de algunas fórmulas arbitrarias y ceremoniales; ni tampoco en un recordatorio de la antigua condición de la raza humana, previa a la civilización. Sino que movían a los hombres a la piedad por medio de la instrucción moral y la conciencia de una vida futura, lo que desde un momento muy temprano, si

bien no desde el mismo origen, constituía la parte principal del ceremonial.

Los símbolos empleados en las ceremonias estaban referidos en ocasiones a la agricultura (la Masonería ha preservado la espiga de trigo como símbolo), pero mayoritariamente estaban referidos a los fenómenos astronómicos. Sin duda no se evitaban referencias a la condición de brutalidad y degradación en la que el hombre estaba sumido antes de los Misterios; pero estas alusiones eran más bien de contenido metafísico, refiriéndose a la ignorancia de los no iniciados más que a la vida asilvestrada de los primeros hombres.

El gran propósito de los Misterios de Isis, y en general de todos los Misterios, era un gran proyecto político: mejorar nuestra raza, perfeccionar su comportamiento y moral, y conseguir que los seres humanos restringiesen su comportamiento a unos límites morales más estrictos de lo que imponen las leyes humanas. Fueron creación de aquella antigua ciencia de sabiduría que agotó sus recursos para hacer unas leyes perfectas; y de aquella filosofía que siempre ha perseguido asegurar la felicidad del hombre, purificando su alma de las pasiones que pueden

turbarle y, en última instancia, provocar el desorden social. Y es evidente que los Misterios fueron obra de unos genios, por su empleo de todas las ciencias, el profundo conocimiento del alma humana y la manera de someterla.

Es un error aún mayor imaginar que fueron fruto de la charlatanería, o que fueron un medio para el engaño. Pueden haber degenerado en impostura, o en escuelas de falsas ideas con el paso del tiempo; pero sin duda no fueron así al principio; o de lo contrario los mejores y más sabios hombres de la antigüedad habrían pronunciado las falsedades más intencionadas. A lo largo del tiempo, las mismas alegorías de los Misterios (el Tártaro y sus castigos, Minos y otros jueces de los muertos) llegaron a ser malinterpretadas, y como consecuencia de ello se les acusó de ser falsas, cuando en realidad eran ciertas, pues no deberían ser interpretadas más que como formas arbitrarias que expresaban una verdad.

El fin de los Misterios era procurar al hombre felicidad verdadera en la Tierra por medio de la virtud, y con ese objetivo se enseñaba que el alma era inmortal; y que el error, el pecado y el vicio necesariamente producen consecuencias en virtud

de una ley inexorable. La burda representación de las torturas del Tártaro no eran sino una imagen de las consecuencias ciertas, inevitables y eternas que se derivan del pecado cometido y del vicio tolerado en virtud de las leyes dictaminadas por Dios.

Los poetas y mistagogos trabajaron por propagar estas doctrinas acerca de la inmortalidad del alma y el castigo cierto para el pecado y el vicio; los poetas lo relataron en sus poemas y los sacerdotes lo enseñaron en los santuarios; y rodearon esas enseñanzas de encantos, los unos de la poesía, y los otros de ilusiones mágicas. Describieron, ayudados por todos los recursos del arte, la vida feliz del hombre virtuoso tras la muerte, así como los espantos y aterradoras prisiones que eran destinadas a castigar a los impíos. A la sombra de los santuarios, estas delicias y estos horrores eran exhibidos como espectáculos, y los iniciados contemplaban dramas religiosos bajos los nombres de “Iniciación" y “Misterios”. La curiosidad era excitada por el secretismo, por la dificultad de obtener admisión, y por las pruebas a las que era preciso someterse. El candidato era cautivado por la variedad de la iconografía, la pompa, la decoración y los efectos visuales. Inculcaba un sincero respeto la gravedad y

dignidad de los actores, así como la majestuosidad del ceremonial, que apelaba igualmente al temor y a la esperanza, a la tristeza y al gozo. Los hierofantes, hombres capaces y buenos conocedores de las debilidades humanas y de cómo utilizarlas, emplearon todo recurso posible para realzar sus ceremonias. De la misma forma que cubrieron sus ceremonias con el velo del secretismo, optaron por que las alas de la noche cubriesen sus ceremonias. La oscuridad realza lo impresionante y predispone a la ilusión, y la emplearon para producir ciertos efectos sobre el asombrado candidato. Las ceremonias eran llevadas a cabo en cavernas tenuemente iluminadas, y se plantaron espesos bosques alrededor de los templos para producir esa neblina que impresiona al alma susceptible de temor religioso.

La misma palabra "Misterios", según Demetrio Faléreo, era una expresión metafórica que denotaba el temor secreto que la oscuridad y la bruma inspiraban. La noche era casi siempre el momento fijado para sus celebraciones, que eran habitualmente denominadas "ceremonias nocturnas". Los Misterios de Samotracia se llevaban a cabo de noche, al igual que los de Isis, descritos por Apuleyo, y Eurípides hace decir a

Baco que sus Misterios se celebraban por la noche porque hay algo en la noche que resulta augusto e imponente.

Nada excita más la curiosidad de los hombres que el Misterio, ocultar las cosas que desean conocer; y nada aumenta más la curiosidad que los obstáculos que se interponen para impedir que se satisfaga. De esto se aprovecharon los legisladores y hierofantes para atraer al pueblo a sus santuarios y para inducirlos a que buscasen enseñanza de lo que quizás, de otro modo, se hubiesen desentendido si se les hubiese impuesto. En este espíritu de misterio intentaban imitar a la Deidad, que se esconde de nuestros sentidos, y esconde de nosotros los resortes por los que mueve el Universo. Los sacerdotes admitían que escondían las más altas verdades bajo el velo de la alegoría para excitar la curiosidad de los hombres e instarlos a investigar. El secretismo en el que envolvían sus Misterios tenía ese fin. Aquellos a quienes eran confiados los secretos se comprometían, bajo los más terribles juramentos, a no revelarlos jamás. No les estaba permitido ni siquiera hablar de estos importantes secretos con nadie que no fuese iniciado; y se dictaba pena de muerte contra todo aquel que, indiscretamente, los revelase, o que fuese hallado en el templo sin ser

iniciado. Y aquel que hubiese traicionado esos secretos era evitado por todos, como excomulgado.

Aristóteles fue acusado de impiedad por el hierofante Eurímedon, por haber realizado sacrificios a los dioses manes de su esposa según el rito empleado en el culto a Ceres. Fue obligado a huir a Chalcis, y para purgar su memoria de esta mancha dirigió, por su propia voluntad, la erección de una estatua a esa diosa. Sócrates, instantes antes de su muerte, ordenó sacrificar un gallo a Esculapio para exculparse de la sospecha de ateísmo. A la cabeza de Diágoras le fue puesta precio porque había divulgado el Secreto de los Misterios. Andócides fue acusado del mismo crimen, al igual que Alcibiades, y ambos fueron convocados a contestar los cargos ante la inquisición de Atenas, en la que el Pueblo era juez. Esquilo, autor de tragedias, fue acusado de haber representado los Misterios sobre el escenario, y solo fue declarado inocente tras demostrar que nunca había sido iniciado.

Séneca, al comparar la filosofía y la Iniciación, afirma que las ceremonias más secretas solo podían ser conocidas por los adeptos, mientras que muchos de sus preceptos eran conocidos

incluso por los profanos. Tal era el caso de las doctrinas de una vida futura, o la recompensa y castigo más allá de la tumba. Los antiguos legisladores velaron esta doctrina en la pompa de un ceremonial misterioso, en palabras místicas y rituales mágicos para causar mayor impresión en las mentes a las que enseñaban, a través de la fuerte influencia de tales representaciones en los sentidos y en la imaginación.

De la misma manera enseñaron el origen del alma, su caída a la Tierra a través de las esferas y los elementos, y su retorno final al lugar de origen una vez que, durante la unión con la materia terrenal, el sagrado fuego que forma su esencia se halle libre de toda mácula, y su brillo no se halle empañado por partículas extrañas que lo desnaturalicen, le impriman peso terrenal y pospongan su regreso. Estas ideas metafísicas, comprendidas con dificultad por el grueso de los iniciados, eran representadas por figuras, símbolos y analogías alegóricas; no habiendo idea tan abstracta como para que los hombres no intentasen darle una expresión o plasmarla en imágenes sensitivas.

Lo atractivo del secretismo quedaba realzado por la dificultad para ser admitido. Los

obstáculos y el suspense redoblaban la curiosidad. Aquellos que aspiraban a la iniciación del Sol en los Misterios de Mitra en Persia se veían obligados a someterse a numerosas pruebas. Comenzaban por las más sencillas, y progresivamente se iban sometiendo a las más crueles, en las que la vida del candidato corría verdadero peligro con frecuencia. Gregorio Nacianceno las tilda de *torturas* y de *castigos místicos*. Nadie puede ser iniciado, afirma Suidas, hasta que ha demostrado, por medio de las pruebas más terribles, que posee un alma virtuosa, exenta de las debilidades de las pasiones y que se mostrase impasible ante ellas. Había doce pruebas principales, aunque algunos elevan ese número.

Las pruebas de las iniciaciones eleusinas no eran tan terribles; pero eran severas. Y especialmente el suspense en el que el aspirante era mantenido durante varios años (cuyo recuerdo permanece en la masonería en las *edades* de los distintos grados), o el prolongado intervalo entre la admisión a los Misterios Menores y la iniciación en los Misterios Mayores, que era una especie de tortura a la curiosidad. De esta forma probaron los sacerdotes egipcios a Pitágoras antes de admitirle en los secretos de la Sagrada

Ciencia. Gracias a su increíble paciencia y al coraje con que superó todos los obstáculos, Pitágoras obtuvo la admisión en los Misterios y sus enseñanzas.

Entre los hebreos, los esenios no admitían a nadie entre ellos hasta que hubiese pasado unas pruebas o unos ciertos grados. Por medio de la Iniciación, los que antes eran conciudadanos se volvían hermanos, unidos por un nexo más íntimo que el anterior, en virtud de la fraternidad religiosa que, aproximando a los hombres, los unía con más fuerza; y el débil y el pobre podían solicitar ayuda al poderoso y acaudalado con mayor presteza, pues la asociación religiosa le proporcionaba una más íntima camaradería.

El iniciado era considerado como favorito de los Dioses, pues solo a él el Cielo mostraba sus tesoros. Afortunado durante la vida, él podía, por el favor del Cielo, garantizarse tras la muerte una felicidad eterna. Los sacerdotes de la Isla de Samotracia prometían vientos favorables y prósperos viajes a aquellos que eran iniciados. Se les prometía que el Cabiri, y Cástor y Pólux, el Dioscuri, se les aparecería a ellos cuando rugiese la tormenta para calmar y suavizar los mares. Y el escoliasta de Aristófanes apunta que los iniciados

en los Misterios eran únicamente hombres, pero con el privilegio de escapar de grandes males y tempestades.

El iniciado en los Misterios de Orfeo, una vez purificado, era considerado libre del imperio del mal, así como transferido a una condición de vida que le otorgaba las más felices esperanzas. "He surgido del mal" – se le hacía decir – "y he alcanzado el bien". Los iniciados en los Misterios de Eleusis creían que el Sol brillaba con esplendor puro únicamente para ellos. Y, como vemos en el caso de Pericles, se permitían afirmar que Ceres y Proserpina les inspiraban y les proporcionaban sabiduría y consejo.

La Iniciación disipaba errores y ahuyentaba la desdicha; y tras haber llenado el corazón del hombre de alegría durante la vida, le proporcionaba las más sublimes esperanzas en el momento de la muerte. "Debemos a las Diosas de Eleusis" – indica Sócrates – "el no llevar ahora la vida salvaje de los hombres primitivos. Y a ellas debemos las agradables esperanzas que la Iniciación nos otorga para el momento de la muerte y la eternidad". "El beneficio que obtenemos de estas augustas ceremonias" – señala Arístides – "no es únicamente una felicidad

momentánea, una liberación de los viejos males, sino que también consiste en la esperanza de pasar con la muerte a un estado más afortunado". Y Teón apunta que la participación en los Misterios es la más excelsa de todas las cosas, y la fuente de las mayores bendiciones. La felicidad allí prometida no quedaba limitada a esta vida mortal, sino que se extendía más allá de la tumba. Allí comenzaba una nueva vida en la que el iniciado experimentaría un gozo sin medida y sin límite. Los Coribantes prometían vida eterna a los iniciados de los Misterios de Cibeles y Atis.

Apuleyo representa a Lucio, todavía bajo la forma de un asno, dirigiendo sus oraciones a Isis, de la que habla como igual a Ceres, Venus, Diana y Proserpina, y a la que considera iluminadora de los muros de numerosas ciudades por medio de su lustre femenino, aunque finalmente su luz temerosa sea sustituida por los brillantes rayos del Sol. Isis se aparece a Lucio como una hermosa mujer, *sobre cuyo cuello divino el pelo largo y espeso cuelga en gráciles rizos*. Dirigiéndose a él, le dice: "La madre de la Naturaleza Universal atiende tu súplica. La señora de los Elementos, semilla de la Generación, Diosa Suprema entre las diosas, Reina de los espíritus que han partido, primera

moradora de los Cielos y modelo de todos los dioses y diosas, propiciada por tus oraciones, está contigo. Ella gobierna con su mirada las luminosas alturas del firmamento y las frescas brisas del océano, y también las terribles profundidades de las sombras que yacen bajo ella. Una sola Divinidad bajo muchas formas distintas, adorada por las diferentes naciones del mundo bajo distintas advocaciones y ritos". Indicándole cómo debía proceder durante su festival para recobrar su forma humana, Isis le dijo: *Durante todo lo que te queda de tu vida, hasta que el último suspiro salga de tus labios, quedarás consagrado a mi servicio… Tu vida será feliz y gloriosa bajo mi protección. Y cuando tus días se hayan cumplido, descenderás a las sombras y habitarás en los Campos Elíseos; y allí también, en el hemisferio subterráneo, me rendirás culto a mí, tu patrona propiciatoria. Más aún, si a través de la obediencia meticulosa y la devoción a mi ministerio, así como de una castidad inviolable, te mostrases digno del favor divino, entonces sentirás la influencia del poder que únicamente yo poseo. El número de tus días se prolongará más allá de lo establecido por el destino.*

En la procesión del Festival, Lucio vio la

imagen de la Diosa, acompañada a ambos lados por sirvientas que *con peines de marfil en sus manos, hacía creer, por el movimiento de sus brazos y de sus dedos, que peinaban y ornamentaban el divino cabello de la Diosa. Tras ella, vestidos de lino, llegaron los iniciados. El pelo de las mujeres estaba humedecido en perfume, y recogido con un velo transparente; pero los hombres, estrellas terrestres de la gran religión, estaban meticulosamente afeitados, y sus cabezas calvas relucían. A continuación vinieron los Sacerdotes, en túnicas de lino blanco. El primero portaba una lámpara con la forma de un barco, que emitía luz por un orificio en el centro; el segundo llevaba un pequeño altar; el tercero, un palmera de oro; y el cuarto exhibía la figura de una mano izquierda, que representaba la equidad y el comercio justo, del que la mano izquierda, más lenta y menos hábil y astuta que la derecha, es símbolo apropiado.*

Una vez que Lucio hubo, por virtud de Isis, recobrado su forma humana, el Sacerdote le dijo: *La calamidad no cae sobre aquellos que han sido elegidos por la Diosa para su servicio, ni sobre aquellos que han dado fe de su majestad.* Y el pueblo consideró que Lucio era afortunado

de *renacer de esta manera, consagrado al servicio del Santo Ministerio*.

Cuando urgió al Sumo Sacerdote a iniciarlo, se le contestó que no había *ni uno solo entre los iniciados de mente tan perversa, o tan deseoso de su destrucción, que, sin recibir una orden especial de Isis, osase tomar su ministerio de forma impetuosa y sacrílega, y cometer de esa manera un acto que traería sobre él mismo una maldición espantosa. Pues estando a las puertas de las Sombras, y el cuidado de nuestra vida en manos de la Diosa y en la Sabiduría de Su Divinidad, la ceremonia de Iniciación a los Misterios era como sufrir la muerte, con una posibilidad precaria de resucitar. Por lo que la Diosa, en su Sabiduría, elegía a personas a las que se pudiese confiar los secretos de su adoración; a aquellos que, hallándose en el límite último de la vida que han completado, puedan, a través de su providencia, y en una cierta forma, renacer, y comenzar una nueva existencia*.

Continúa Apuleyo:

> *Cuando estaba por fin a punto de ser iniciado, fui conducido a unos baños próximos, y tras bañarme, el Sacerdote*

solicitó en primer lugar el perdón de los Dioses, y me asperjó por todo el cuerpo con la más clara y pura agua, llevándome de vuelta al templo; Donde, tras proporcionarme una instrucción que la lengua mortal no me permite revelar, me instó a restringir mi apetito durante los siguientes diez días, a no comer carne ni pescado, y a no beber vino.

Una vez pasados estos diez días, el Sacerdote le llevó a la parte más interior del Santuario. Y aquí, estudioso lector, por ventura estarás suficientemente ansioso por conocer lo que se dijo e hizo, lo que, de ser lícito divulgar, yo te diría; y de ser lícito escucharlo, tú lo oirías. Sin embargo, aun a riesgo de ser presa del castigo destinado tanto a los que revelan como a los que escuchan, y por temor a que resultes demasiado atormentado por el ansia religiosa y sufras el dolor de un suspense demasiado prolongado, diré la verdad. Escucha, pues, lo que te relataré:

Me aproximé a la morada de la muerte; con mi pié atravesé el umbral del Palacio de Proserpina. Fui transportado a través de los Elementos, y traído de vuelta de nuevo. A Medianoche contemplé la brillante luz del Sol resplandeciente. Permanecí en presencia de los Dioses, de los Dioses del Cielo y de las Sombras del Inframundo. Permanecí próximo, y adoré. Y esto que te he dicho queda necesariamente fuera de tu entendimiento, y más allá de la comprensión del profano, de forma que he podido enunciarlo sin cometer el crimen de revelar lo que no debe ser revelado.

Cuando la noche hubo pasado y el día amanecido, las ceremonias habituales llegaron a su fin. Entonces fue consagrado con doce estolas puestas sobre él, fue vestido, coronado con hojas de palma y mostrado al pueblo. El resto de ese día fue celebrado como su cumpleaños y transcurrió entre festividades. Y al tercer día se repitieron las mismas ceremonias

> *religiosas, incluido un desayuno litúrgico, seguido de una consumación final de las ceremonias.*
>
> *Un año más tarde, se le avisó que se preparase para la Iniciación en los Misterios del Gran Dios, Supremo Padre de todos los otros Dioses, el Invencible Osiris. Pues aunque hay una estricta conexión entre los cultos de ambas deidades, Isis y Osiris, e incluso aunque la esencia de ambas deidades es idéntica, las ceremonias de sus respectivas iniciaciones son considerablemente diferentes.*

Comparemos, tras esta indicación, el siguiente lenguaje de la oración de Lucio, dirigida a Isis; e igualmente juzguemos qué doctrinas eran enseñadas en los Misterios en lo concerniente a la Deidad:

> ¡Oh, Santa y Perpetua Preservadora de la Raza Humana! Siempre dispuesta a cuidar de los mortales por Tu generosidad, y a otorgar Tu afecto dulce y maternal a los desdichados en sus tribulaciones; Tú, cuya recompensa siempre está a punto, día y noche, en

> cada momento; Tú, que, extiendes Tu mano derecha, portadora de salud, sobre la tierra y sobre el mar, para la protección de la Raza Humana, para dispersar las tormentas de la vida, para deshacer las inextricables dificultades del destino, para mitigar los reveses de la fortuna y someter la influencia maligna de las estrellas. ¡Los Dioses del Cielo Te adoran, los Dioses del Hades Te rinden homenaje, las estrellas Te obedecen, las Divinidades se regocijan en Ti, los elementos y las estaciones Te sirven! ¡Ante ti los vientos se aplacan, las nubes se congregan, las semillas crecen y los capullos florecen! En obediencia a Ti la Tierra gira y el Sol nos da Luz. Tú eres quien gobierna el Universo y quien camina sobre el Tártaro, que yace bajo tus pies.

Entonces Lucio fue iniciado en los Misterios nocturnos de Osiris y Serapis; y después en los de Ceres en Roma. Pero de las ceremonias en estas iniciaciones no dice nada Apuleyo.

Con Euclides ejerciendo como Arconte, los bastardos y los esclavos estaban excluidos de la

Iniciación, que también estaba proscrita para el materialista o el epicúreo, que negaba la Providencia, y consecuentemente el sentido de la Iniciación. Debido a un progreso natural, se consideró lógico que las puertas del Elíseo se abriesen únicamente a los iniciados, cuyas almas habían sido purificadas y regeneradas en los santuarios. Pero nunca se creyó, por otra parte, que únicamente con la Iniciación fuese suficiente. Sabemos, por Platón, que era también necesario para el alma purificarse de toda mancha, y que la purificación necesaria era de tal envergadura que debía proporcionar virtud, verdad, sabiduría, fuerza, justicia y templanza.

La entrada a los templos estaba prohibida a todos aquellos que habían cometido homicidio, aunque hubiese sido involuntariamente. Así está establecido tanto por Isócrates como por Teón. Los magos y charlatanes que hacían del engaño su negocio, así como los impostores que simulaban estar poseídos por espíritus malignos, quedaban excluidos de los santuarios. Toda persona impía o criminal era rechazada; y Lampridio señala que antes de la celebración de los Misterios se anunciaba públicamente que no debía entrar nadie salvo aquellos a los que su conciencia no les hiciese ningún reproche y tuviesen certeza de su

propia inocencia.

El corazón y las manos del iniciado debían estar libres de cualquier impureza. Porfirio señala que el alma del hombre, en el momento de la muerte, debería estar liberada de todas las pasiones, del odio, de la envidia, y de cualquier otra; y, en pocas palabras, ser tan puro como es preciso para estar en los Misterios. Por supuesto no es sorprendente que parricidas y perjuros, así como otros que hubiesen cometido crímenes contra Dios o el hombre, no pudiesen ser admitidos. En los Misterios de Mitra se leía varias veces al iniciado una lectura que versaba sobre la Justicia. Y la gran lección moral de los Misterios, punto focal de todo su ceremonial místico, expresado en una sola línea por Virgilio, era *practicar la Justicia y reverenciar a la Deidad*. De esta forma se recordaba a los hombres la importancia de la Justicia, pues se relacionaba con la Justicia de los Dioses, cuya infracción debe ser castigada. El iniciado podía aspirar a los favores de los Dioses únicamente mientras respetaba los derechos de la sociedad y los de la humanidad. "El Sol", canta el coro de iniciados en Aristófanes, "arde con luz pura sólo para nosotros, quienes, admitidos a los Misterios, observamos las leyes de piedad en nuestra relación con los extraños y con nuestros

conciudadanos”. Los beneficios de la Iniciación estaban ligados a la práctica de las virtudes sociales. No bastaba con ser meramente iniciado, sino que era necesario ser leal a las leyes de la Iniciación, que imponían a los hombres deberes para con sus semejantes. Baco no permitía que participase en sus Misterios nadie que no se ciñese a las reglas de la piedad y la justicia. La sensibilidad y la compasión ante las desdichas de los otros eran las virtudes más valoradas, y la Iniciación las fomentaba. “La Naturaleza” –dice Juvenal- “nos ha creado compasivos, pues nos ha dotado de lágrimas. La sensibilidad es el más admirable de nuestros sentidos. ¿Qué hombre es verdaderamente merecedor de portar la antorcha de los Misterios? ¿Quién, aunque sea el Sumo Sacerdote de Ceres, si observa las tribulaciones de su prójimo como algo extraño para él?”.

Todo aquel que no hubiese empeñado sus esfuerzos para derrotar una conspiración; los que, al contrario, hubiesen fomentado una; aquellos súbditos que hubiesen traicionado a su nación, que hubiesen rendido una plaza ventajosa, o un navío del estado al enemigo; todos los que hubiesen proporcionado dinero al adversario; y en general, todos los que hubiesen escatimado sus deberes como hombres honestos y buenos

ciudadanos, quedaban excluidos de los Misterios de Eleusis. Para ser admitidos allí, uno debía haber vivido con equidad, y con suficiente buena fortuna como para no ser despreciado por los Dioses.

De esta manera, la Sociedad de los Iniciados era, conforme al verdadero propósito de la institución, una sociedad de hombres virtuosos, que trabajaban para liberar sus almas de la tiranía de las pasiones y desarrollar el germen de las virtudes sociales. Y este es el sentido, posteriormente malinterpretado, de que la entrada en el Elíseo fuese únicamente permitida a los iniciados: pues la entrada a los santuarios era permitida exclusivamente a los justos, y el Elíseo fue creado solamente para almas virtuosas.

Los detalles de la doctrina sobre una vida futura desarrollados en los Misterios, así como de las recompensas y castigos que tenían allí lugar, son en cierta medida inciertos. Poca información directa nos ha llegado al respecto. Sin duda, en las ceremonias tenía lugar una representación escénica del Tártaro y del Juicio de los Muertos semejante a la que encontramos en Virgilio. Pero probablemente se explicaba que esas representaciones eran alegóricas. No es nuestro

propósito repetir aquí las descripciones dadas del Elíseo y el Tártaro. Ello quedaría al margen de nuestro propósito. Tan solo debemos centrarnos en el hecho fundamental de que los Misterios enseñaban la doctrina de la inmortalidad del alma y que, en alguna forma, el sufrimiento, el dolor, el remordimiento y la agonía siguen inevitablemente al pecado como sus consecuencias.

Las ceremonias humanas no son, de hecho, sino símbolos imperfectos; y los bautismos alternativos en fuego y agua con el fin de purificarnos para la inmortalidad quedan siempre inconclusos e interrumpidos. La vida es un espejo que refleja solo para engañar, un tejido perpetuamente interrumpido y rasgado, una urna siempre alimentada pero nunca llena.

Toda iniciación no es más que una introducción al gran cambio de la muerte. El bautismo, la unción, el embalsamamiento, las exequias funerarias con fuego, son símbolos preparatorios, como la Iniciación de Hércules antes de descender al Hades, que señala el cambio mental que debe preceder a la renovación de la existencia. La Muerte es la verdadera iniciación, el Misterio Mayor del cual el sueño es su Misterio Menor preparatorio. Es el rito final que

unía al egipcio con su Dios, y que abre la misma promesa a aquellos que están debidamente preparados para ello. El cuerpo era considerado una celda para el alma; pero esta última no estaba condenada a la prisión y a la expulsión eterna. El Padre de los Mundos permite que sus cadenas sean rotas, y dispuso en el curso de la Naturaleza los métodos para su huida. Es una doctrina de antigüedad inmemorial, compartida de forma similar por egipcios, pitagóricos, órficos, y por ese particular Sabio Báquico, *el Preceptor del Alma*, Sileno, que la muerte es mucho mejor que la vida; que la verdadera muerte pertenece a aquellos que en la tierra está inmersos en el Lete de sus pasiones y fascinaciones, y que la vida verdadera comienza únicamente cuando el alma se ha emancipado y queda libre para retornar.

Y en este sentido, reinando sobre la vida y la muerte, Dionisio es, en el más alto sentido, el Libertador; pues, al igual que Osiris, libera el alma y la guía en sus migraciones mas allá de la tumba, protegiéndola del riesgo de caer de nuevo bajo la esclavitud de la materia o de alguna forma inferior animal (el purgatorio de la Metempsicosis), y exaltándola y perfeccionando su naturaleza a través de la disciplina purificadora de los Misterios. "La gran

consumación de toda filosofía”, dijo Sócrates, citando claramente fuentes místicas tradicionales, “es la Muerte: aquel que persigue correctamente la Sabiduría *está estudiando cómo morir*”.

Toda alma es parte del Alma Universal, cuya totalidad es Dionisio; y es él por lo tanto quien, como Espíritu entre los espíritus, conduce las almas errantes de vuelta a casa y las acompaña a través del proceso purificador, tanto real como simbólico, del tránsito terrenal. Por lo tanto, Él es necesariamente el *Mistes* o Hierofante, el gran Mediador Espiritual de la religión griega.

El alma humana es en sí misma un demonio (*daimonios*, δαιμονιος) *dentro* de la mente, capaz, por su propio poder, de lograr la inmortalidad por la práctica del bien, y la observancia de la Belleza y la Verdad. La migración a las Islas Felices solo puede entenderse en un sentido mítico; todo lo terrenal debe morir. El Hombre, como Edipo, está herido de nacimiento, y su verdadero Elíseo solo puede existir tras la sepultura. Dionisio murió y descendió al Hades. Su pasión es el gran secreto de los Misterios, al igual que la Muerte es el Gran Misterio de la existencia. Su muerte, análoga a la Muerte de la Naturaleza, o a su periódica caída y restauración,

era uno de los muchos símbolos de la palingenesia o segundo nacimiento del hombre.

El Hombre, que desciende de las Fuerzas elementales o Titanes (Elohim), que se alimentaron del cuerpo de la Deidad Panteísta creando el Universo por medio de su propio sacrificio, conmemora en la observancia sacramental esta misteriosa pasión; y cuando participa de la carne cruda de la víctima parece vigorizarse por un soplo de aire fresco de la fuente de la vida universal e igualmente parece recibir un nuevo voto de existencia regenerada. La muerte es el antecedente inseparable de la vida; la semilla muere para producir la planta, y la misma tierra se cuartea y muere en el nacimiento de Dionisio. De aquí el significado del falo, o de su sustituto inofensivo, el obelisco, elevándose como emblema de resurrección junto a la tumba de la Deidad enterrada en Lerna o en Sais.

Dionisio-Orfeo descendió al Hades a recuperar la Virgen Perdida del Zodíaco, para devolver a su madre a los cielos como Tione; o lo que tiene el mismo significado, para consumar su matrimonio con Perséfone, asegurando así, como las nupcias de su padre con Semele o Dánae, la perpetuidad

de la Naturaleza. Esta peripecia subterránea es la depresión anual, el gélido aspecto en la alternancia de Tauro y la Serpiente, que otorga continuidad al Tiempo y en la que, en sentido físico, lo severo y oscuro son siempre padres de lo hermoso y brillante.

Era este aspecto, sombrío de momento, pero brillante de cara al futuro, el que era contemplado en los Misterios: el sufridor humano era consolado contemplando las pruebas, aún más severas, de los Dioses; y las vicisitudes de la vida y la muerte, expresadas de forma simbólica, tales como el sacrificio o inmersión de Tauro, o la extinción y vuelta a la luz de la antorcha, excitaban las correspondientes emociones de pesar y gozo, ese juego erótico que se hallaba presente en el origen de la Naturaleza, y que acompaña todos sus cambios.

Las Eleusinas eran celebradas en el mes de *Boedromion*[5], cuando la semilla era plantada en el terreno, y cuando el año, acercándose a su declive, predispone el alma a la reflexión profunda.

Los primeros días del ceremonial pasaban en un silencio de dolor y ansiedad, de ayuno y oficios expiatorios. De repente, la situación cambiaba: el

pesar y el lamento quedaban al margen, y el feliz nombre de Iaco pasaba de boca en boca; la imagen del Dios era coronada de mirto, y se le colocaba una antorcha encendida, y era llevada en alegre procesión desde el Cerámico[6] a Eleusis, donde, durante la noche siguiente, la iniciación era completada por una imponente revelación. La primera escena tenía lugar en el *pronaos* (πρoναoς), o parte exterior del recinto sagrado, donde en la más completa oscuridad (o mientras el Dios meditativo, la estrella que ilumina el Misterio Nocturno, alumbraba como única antorcha inextinguible), los candidatos eran sobrecogidos con sonidos y ruidos terroríficos, mientras penosamente encontraban su camino, de forma semejante a la migración sublunar del alma a través de la caverna brumosa; una escena comparable al paso del Valle de las Sombras de la Muerte. Pues por la ley inmutable ejemplificada en los procesos espirituales, el hombre debe atravesar los terrores del inframundo antes del alcanzar las alturas celestiales. Con toda majestuosidad se abrían las puertas del *adytum*, y una luz sobrenatural surgía de la iluminada estatua de la Diosa, de forma que las visiones y sonidos encantadores, mezclados con cánticos y danzas, elevaban al partícipe en un

rapto de suprema felicidad, permitiéndole vivir, tanto como esta imaginería podía describir, una reunión anticipada con los Dioses. Ante la falta de evidencias directas, así como de detalles sobre la ceremonia o de los significados asociados a ellos, debe inferirse su sentido a partir del carácter de las deidades contempladas.

Los fenómenos ordinarios de la vegetación, la muerte de la semilla para dar nacimiento a la planta, que conecta las más sublimes esperanzas con las más sencillas realidades, era la fórmula sencilla pero hermosa recogida por los Grandes Misterios, así como en casi todas las religiones, desde el Zend-Avesta a los Evangelios. Al igual que Proserpina, el poder divino es como la semilla que cae y perece; como Artemisa, ella es el principio de su destrucción; pero Artemisa - Proserpina es también Core Soteria, el Salvador, quien conduce a los Espíritus de Hércules y Jacinto a los Cielos.

Muchos otros símbolos eran empleados en los Misterios, como la paloma, la corona de mirto, y otros, todos emblemáticos de la vida surgiendo de la muerte, así como de la equívoca condición del hombre, siempre pereciendo, pero aún así inmortal.

Los horrores y castigos del Tártaro, tal y como son descritos en *Fedón* y en *La Eneida*, así como todas las ceremonias de los juicios de Minos, Éaco y Radamanto, eran representados, con distinto grado de detalle, en los Misterios. Esto perseguía el fin de grabar en las mentes de los iniciados esta gran lección: que siempre debemos estar listos a presentarnos ante el Juez Supremo, con un corazón puro y sin mácula; tal y como Sócrates enseña en el Gorgias. Pues para el alma ensuciada con crímenes, afirma, descender al Hades es la más amarga enfermedad. Adherirse a la Justicia y a la Sabiduría, sostiene Platón, es nuestro deber si queremos tomar algún día ese camino que asciende hacia los cielos, y así evitar la mayoría de los males a los que el alma se expone en su viaje subterráneo de más de mil años. Y así, en Fedón, Sócrates enseña que debemos intentar aquí liberar nuestra alma de sus pasiones para estar dispuestos a entrar donde quiera que el Destino nos convoque en las Sombras. De esta forma los Misterios inculcaban una gran verdad moral, velada con una fábula de grandes proporciones y el aditamento de un espectáculo impresionante que, representado en los santuarios, resultaba imponente. Los Misterios perseguían fortalecer a los hombres contra los

horrores de la muerte y la pavorosa idea de una aniquilación total. La Muerte, señala el autor del diálogo titulado *Axiochus*, incluido en los trabajos de Platón, no es sino un pasaje a un estado más feliz; pero se debe haber vivido correctamente para alcanzar el resultado más afortunado. De forma que la doctrina de la inmortalidad del alma queda reservada únicamente para el hombre religioso y virtuoso, mientras que para los demás se presenta amenazadora y vacía de esperanza, rodeándolos de terrores y alarmas que turben su reposo durante toda su vida. Pues los horrores del Tártaro, que eran alegóricos para el iniciado, resultaban reales para la masa de profanos; aunque seguramente en los últimos tiempos ni los propios iniciados interpretaban correctamente la alegoría. En primer lugar el alma condenada encontraba una prisión de tres muros alrededor de la cual brotaban las olas de fuego del Río Fleguetón, que se adentraban entre los muros rugiendo y desprendiendo grandes rocas ardientes. La gran puerta del Tártaro estaba flanqueada por columnas de diamante, que nadie salvo los Dioses podía aplastar. Tisífone, su guardiana de ropas ensangrentadas; el látigo restallando en los cuerpos deformes de los miserables

desafortunados; los lamentos de dolor mezclados en horrísona armonía con sus cadenas; las Furias, azotando a los culpables con sus serpientes; el horrible abismo donde la Hidra aúlla con sus cien cabezas, ávidas por devorar. Ticio postrado con sus entrañas siendo devoradas por los buitres; Sísifo, siempre empujando su piedra; Ixión en su rueda; Tántalo torturado eternamente por el hambre y la sed, en medio del agua y con frutas deliciosas tocando su cabeza; las hijas de Dánao en su trabajo eterno y estéril; bestias mordiendo y reptiles venenosos picando; y llamas devoradoras consumiendo eternamente cuerpos que se renuevan en inacabable agonía. Todo esto dejaba claro al pueblo las terribles consecuencias del pecado y el vicio, y les urgía a seguir el sendero de la honestidad y la virtud.

Y si, en las ceremonias de los Misterios, estos horrores materiales eran explicados a los iniciados como meros símbolos de la inimaginable tortura, remordimiento y agonía que atenazaría el alma inmaterial y el espíritu inmortal, resultaban débiles e insuficientes en la misma medida en que toda imagen terrenal y todo símbolo se queda corto para plasmar lo que está más allá de nuestros sentidos. Y el grave Hierofante, la imaginería, las pinturas, los

horrores dramáticos, los sacrificios funerarios, los Augustos Misterios y el solemne silencio de los santuarios no eran menos impresionantes, pues se sabía que no eran más que símbolos, medio del que se vale la imaginación para ser maestra del intelecto.

Igualmente se representaba que, excepto para los pecados más graves, había una oportunidad de expiación. Entonces se representaban las pruebas de agua, aire y fuego, por medio de las cuales, en el transcurso de muchos años, el alma podía ser purificada y elevada hacia las regiones etéreas, siendo ese ascenso más o menos arduo o laborioso según cada alma estuviese más o menos congestionada por el gran impedimento de los pecados y los vicios. Aquí se anunciaba (los detalle precisos nos son desconocidos) la doctrina de que el dolor y el pesar, la desgracia y el remordimiento son las inevitables consecuencias que brotan del pecado y la depravación, igual que el efecto fluye de la causa; que por cada pecado y cada acto reprobable el alma retrocede y pierde terreno en su avance hacia la perfección; y que el terreno así perdido no será jamás recuperado, de la misma manera que la realidad no puede llegar a ser como si el pecado no hubiese sido cometido, y el alma será

consciente, durante toda la eternidad, de que cada acto de vicio o maldad cometido en la Tierra ha hecho mayor la distancia entre ella misma y la perfección última.

Encontramos la siguiente verdad brillando en la doctrina enseñada en los Misterios: que aunque los delitos veniales y ordinarios pueden ser expiados por la penitencia, el arrepentimiento, la beneficencia y la oración, los crímenes graves son pecados mortales, y quedan más allá de tales remedios. Eleusis cerró sus puertas a Nerón, y los Sacerdotes paganos dijeron a Constantino que entre sus formas de expiación no había ninguna tan potente como para limpiar de su alma las negras manchas dejadas por la muerte de su esposa, así como por sus múltiples perjurios y asesinatos.

Siendo el objeto de las antiguas iniciaciones mejorar la especie humana y perfeccionar la parte intelectual del hombre, formaba parte de la Ciencia Mística el estudio de la naturaleza del alma humana, su origen y destino, así como su relación con el cuerpo y el resto de la Naturaleza; y las lecciones impartidas al iniciado concernían a estos aspectos. Pues se creía que la Iniciación tendía a su perfección, y era preciso evitar que el

alma, sobrecargada por la materia bruta y terrenal, se precipitase en las sombras y se viese impedida para retornar a la Deidad. El alma no era una mera concepción o abstracción, sino una realidad que incluía en sí misma vida y pensamiento; o más bien, cuya esencia radicaba en vivir y pensar. Era material, pero no era materia bruta, inerte, inactiva, sin vida, sin movimiento y sin forma. El alma era activa, racional y pensante; su hogar natural se hallaba en las más altas esferas del Universo, de donde descendió para iluminar, dar forma y movimiento, vivificar y animar la materia, más terrenal. Y siempre tiende a volver a ascender en cuanto puede liberarse de su conexión con esa materia. Las almas de los hombres se formaron a partir de esa sustancia divina, infinitamente delicada y activa, esencialmente luminosa, y únicamente a partir de las almas, que amalgamaban y organizaban los cuerpos, los hombres vivieron.

Esta era la doctrina de Pitágoras, que la aprendió al recibirla de los Misterios Egipcios. Y era la doctrina de todos aquellos que, por medio de la ceremonia de Iniciación, creían purificar el alma. Virgilio hace al espíritu de Anchises enseñarlo a Eneas; y todas las expiaciones y purificaciones empleadas en los Misterios no eran

más que símbolos de aquellas expiaciones intelectuales por medio de las cuales el alma se limpiaba de su impurezas y manchas; y una vez libre de sus máculas e imperfecciones, así como de su prisión terrenal, podía elevarse libremente a la fuente de la que vino. Aquí radica la doctrina de la transmigración de las almas, que Pitágoras enseñó como alegoría, pero que fue interpretada literalmente por los que vinieron tras él. Platón, como él, extrajo sus doctrinas del Este y de los Misterios, y asumió la tarea de trasladar el lenguaje de los símbolos allí empleados al lenguaje de la Filosofía; y de probar por argumentación y deducción filosófica lo que, *sentido* por la conciencia, era enseñado por los Misterios como hecho incontrovertible: la inmortalidad del alma. Cicerón hizo lo mismo, y siguió a los Misterios al enseñar que los dioses no eran más que hombres mortales que, por sus grandes virtudes y servicios, habían merecido que sus almas fuesen, tras sus muertes, elevadas a un rango sublime.

Los Misterios también enseñaban que las almas de los depravados pasaban, en el momento de la muerte, a los cuerpos de los animales que tenían más afinidad con sus vicios. Probablemente esto fuese enseñado al principio como una alegoría,

cuyo significado quedaría reservado a unos pocos, mas posteriormente pasó a entenderse como un hecho real. Pero también se enseñaba que el alma podía evitar estas transmigraciones, a menudo sucesivas y numerosas, por la práctica de la virtud, que la exoneraba de ellas, liberándola del círculo de sucesivas generaciones y restaurándola a su origen. De aquí que nada fuese rogado tan fervientemente en las oraciones por parte de los iniciados, comenta Proclo, como la buena ventura que, liberándoles del imperio del Mal, les devolviese a su verdadera vida y les condujese a su lugar de último descanso. Seguramente a esto hacían referencia las figuras de animales y monstruos que eran exhibidos al iniciado antes de permitirle ver la sagrada luz que él ansiaba.

Platón dice que las almas no pueden liberarse de sus impurezas hasta que las revoluciones del mundo las hayan restaurado a su condición primitiva y purificado de las manchas que han contraído por el contagio de fuego, tierra y aire. Y sostiene que no pueden ser autorizadas a entrar en el Cielo hasta que se hayan distinguido por la práctica de la virtud en alguno de los, aproximadamente, tres cuerpos (los maniqueos hablaban de cinco. Píndaro, del mismo número

que Platón, al igual que los hebreos).

Y Cicerón apunta que los antiguos adivinadores de la fortuna, así como los intérpretes de las voluntades de los dioses, en sus ceremonias religiosas e iniciaciones enseñaban que expiamos aquí abajo los crímenes cometidos en alguna vida anterior, y que para eso nacemos. En los Misterios se ilustraba que el alma pasa a través de distintos estados, y que las penas y pesares de esta vida son una expiación por pecados anteriores.

La doctrina de la transmigración de las almas hubo de ser extraída, según nos informa Porfirio, del entorno persa y de los Magos. Era sostenida tanto en Oriente como en Occidente, y desde la más remota antigüedad. Heródoto la percibió entre los egipcios, que estimaron la duración del círculo de las migraciones de un cuerpo humano, a través de animales, peces y pájaros, hasta otro cuerpo humano, en unos tres mil años. Empédocles incluso sostuvo que las almas también se encarnaban en las plantas. De estas, el laurel era la más noble, como de los animales lo es el león, estando ambos consagrados al Sol, al cual retornaban las almas virtuosas, según era creído en Oriente. Los kurdos, los chinos, los

cabalistas, todos sostenían la misma doctrina. También Orígenes, y el obispo Sinesio, que había sido iniciado, y que rezaba así a Dios: *¡Oh Padre, concédeme que mi alma, reunida con la Luz, no pueda ser de nuevo despeñada a los desfiladeros de la tierra!* Así creían los gnósticos, e incluso los discípulos de Cristo preguntaron si el hombre que había nacido ciego no estaba siendo castigado por algún pecado cometido antes de su nacimiento.

Virgilio, en la celebrada alegoría en que desarrolla las creencias enseñadas en los Misterios, enunció la doctrina, compartida por la mayor parte de los antiguos filósofos, de la preexistencia de las almas en el fuego eterno del que emanaban: ese fuego que anima las estrellas y circula por toda la Naturaleza. Y las purificaciones del alma por fuego, agua y aire, de las que habla, y que eran empleadas en los Misterios de Baco, eran símbolos del paso del alma entre diferentes cuerpos.

La relación del alma humana con el resto de la Naturaleza era materia principal en la ciencia de los Misterios. En los Misterios el hombre era puesto frente a frente con toda la Naturaleza. El mundo, y el dosel esférico que le rodea, era

representado por un huevo místico, situado al lado de la imagen del Dios – Sol, cuyos Misterios eran celebrados. El famoso huevo órfico era consagrado a Baco en los Misterios. Era, según Plutarco, una imagen del Universo, que engendra todo y contiene todo en su seno. "Consulta" –dice Macrobio- "a los iniciados en los Misterios de Baco, quienes honran con especial veneración el huevo sagrado". La forma redonda y casi esférica de su cáscara, que lo confina por todas partes y contiene en su interior los principios de la vida, resulta una imagen simbólica del mundo; y el mundo es el principio universal de todas las cosas. Este símbolo fue tomado por los egipcios, que consagraron el huevo a Osiris, germen de Luz, Él mismo nacido –apunta Diodoro - de ese famoso huevo. En Tebas, en el Alto Egipto, Osiris era representado como emitiéndolo de su boca, y causando que surgiese de él el primer principio de luz y calor, o Dios - Fuego, Vulcano, o Ptah. Encontramos este huevo incluso en Japón, entre los cuernos del famoso Toro Mitraico, cuyos atributos tomaron prestados Osiris, Apis y Baco.

Orfeo, autor de los Misterios griegos, que fueron implantados a partir de los egipcios, consagró este símbolo; y enseñó que la materia, informe y no creada, existía desde toda la

eternidad desorganizada y caótica, conteniendo en ella misma los Principios de todas las Existencias mezclados y confundidos: la luz y la oscuridad, la sequedad y la humedad, el calor y el frío. Y de esa materia caótica, tras largas eras de tiempo adoptando la forma de un inmenso huevo, surgió la más pura materia, o sustancia primera, y el residuo fue dividido en los cuatro elementos, de los que proceden el cielo y la tierra y todas las cosas. Orfeo enseñaba esta gran idea cosmogónica en los Misterios, y así narraba el Hierofante el significado del huevo místico que los iniciados veían en el santuario.

Así era presentada la Naturaleza, en su organización primitiva, a aquel que deseaba ser instruido en sus secretos e iniciado en sus misterios; bien podía decir Clemente de Alejandría que la Iniciación era verdadera fisiología.

Fanes, el Dios–Luz, en los Misterios de los Nuevos Órficos, emergió desde el huevo del caos; y los persas tenían el gran huevo de Ormuz. Y Sanchoniaton nos relata que en la teología fenicia, el caos adoptó la forma de un huevo, y añade: "Tales son las enseñanzas del Hijo de Thabion, primer hierofante de los fenicios, revestidas de

alegorías, en las cuales la física y la astronomía se entremezclan, y que él impartió a los otros hierofantes cuyo deber era presidir en orgías e iniciaciones; y lo cuales, buscando excitar el asombro y admiración de los mortales, transmitieron fielmente estas cosas a sus sucesores y a los iniciados”.

En los Misterios se enseñaba también la división de la Causa Universal en una Causa Activa y una Causa Pasiva, de las que Osiris e Isis, los Cielos y la Tierra, eran símbolos. Estas dos causas primeras, en las que se sostiene que la Gran Causa Universal se dividió al principio de las cosas, eran las dos grandes divinidades, cuyo culto era, según Varrón, inculcado a los iniciados de Samotracia. “De la misma manera”, afirma, “en los Misterios de Samotracia, el Cielo y la Tierra son contemplados como las dos primeras divinidades. Ellos son los poderosos dioses adorados en esa isla, cuyos nombres quedan consagrados en el libro de nuestros augures. Uno de ellos es macho y el otro hembra, y mantienen entre ellos la misma relación que el alma tiene con el cuerpo, o la humedad con la sequedad”. En Creta, los curetas construyeron un altar al Cielo y a la Tierra, cuyos Misterios celebraban en Gnossus, en un bosque de cipreses. Estas dos

divinidades, los Principios Activo y Pasivo del Universo, eran comúnmente simbolizados por las partes generativas del hombre y la mujer, a las que en los tiempos remotos no se asociaba ninguna idea de indecencia: el *Phallus* y el *Cteis*, emblemas de generación y producción, y que como tales aparecen en los Misterios. El Linga hindú era la unión de ambos, como lo eran el barco y el mástil o el punto dentro de un círculo, expresando todos ellos la misma idea filosófica: la unión de las dos Causas de la Naturaleza que concurren, una activamente y la otra pasivamente, en la generación de todos los seres. Estos dos principios fueron simbolizados por lo que hoy en día llamamos Géminis, los gemelos, en ese período remoto en que el Sol estaba en el signo del Equinoccio Vernal, y cuando eran Macho y Hembra, y de los cuales el Falo era quizá tomado del órgano generativo del Toro, cuando dos mil quinientos años antes de nuestra era Tauro abría ese equinoccio, y se convirtió en símbolo del poder creativo y generativo para el Mundo Antiguo.

Los iniciados de Eleusis comenzaban, según Proclo, invocando las dos grandes causas de la Naturaleza, los Cielos y la Tierra, en los que fijaban su atención sucesivamente dirigiendo una

oración a cada uno. Y consideraban su deber hacerlo así, añade, porque vieron en ellos el Padre y la Madre de todas las generaciones. El concurso de estos dos agentes universales era denominado, en términos teológicos, *matrimonio*. Tertuliano, acusando a los valentinianos de haber tomado prestados estos emblemas de los Misterios de Eleusis, admite al mismo tiempo que esos símbolos eran explicados de una manera consistente con la decencia, como representantes de los poderes de la Naturaleza. Tertuliano era un filósofo de talla demasiado pequeña para percatarse del sublime significado esotérico de estos elementos, que será desvelado en grados posteriores.

Los Padres Cristianos se contentaron con despreciar y ridiculizar el uso de estos símbolos. Pero puesto que en los primeros tiempos no fueron origen de ideas indecentes, y fueron portados por los jóvenes más inocentes y por mujeres virtuosas, resultará mucho más sabio para nosotros intentar penetrar en su significado. No solo los egipcios, dice Diodoro Sículo, sino que todo pueblo que consagró este símbolo (el Falo) consideraba que de esa forma honraba a la Fuerza Activa de la generación de todas las cosas. Por la misma razón, como sabemos por el geógrafo

Ptolomeo, era reverenciado entre los asirios y los persas. Proclo remarca que en la distribución de las doce divinidades a cargo de la astrología antigua, seis signos eran asignados al principio masculino y seis al femenino.

Hay otra división en la Naturaleza que siempre ha llamado la atención de los hombres, y que no podía ser olvidada en los Misterios: la Luz y la Oscuridad, el Día y la Noche, el Bien y el Mal, que se entremezclan, chocan entre sí, y se persiguen mutuamente en el Universo. El Gran Huevo Simbólico recordaba específicamente a los iniciados esta gran división del Mundo. Plutarco, tratando del dogma de la Providencia y de los dos principios de la Luz y la Oscuridad, que él consideraba como la base de la Teología Antigua, de las Orgías y los Misterios tanto entre griegos como entre bárbaros (doctrina cuyo origen, según él, se pierde en la noche de los tiempos), cita, para defender su opinión, el famoso Huevo Místico de los discípulos de Zaratustra y los iniciados en los Misterios de Mitra.

Para los iniciados en los Misterios de Eleusis se exhibía un espectáculo basado en estos dos principios, en el que escenas de luz y oscuridad

pasaban sucesivamente ante sus ojos. La más profunda oscuridad, acompañada de ilusiones y horribles fantasmas, se veía sucedida por la luz más radiante, cuyo esplendor brillaba alrededor de la estatua de la Diosa. El candidato, escribe Dión Crisóstomo, pasaba a un templo misterioso, de asombrosa magnitud y belleza, donde se le mostraban numerosas escenas místicas; donde sus oídos eran anonadados por muchas voces, y donde la oscuridad y la luz pasaban sucesivamente ante él. Y Temistio describe igualmente que el Iniciado, cuando estaba a punto de entrar en la parte del santuario regentada por la Diosa, se encontraba lleno de temor reverencial, dudoso e indeciso ante la dirección que debía seguir en la oscuridad que le envolvía. Pero una vez que el Hierofante había abierto la entrada al santuario más interior y quitado el lienzo que escondía a la Diosa, la exhibía al Iniciado, resplandeciente de luz divina. La espesa sombra y la atmósfera opresiva que habían rodeado al candidato se desvane-cían, y eran reemplazadas por un entusiasmo vívido y brillante, que elevaba su corazón desde las tinieblas en que se hallaba sumido. Y la más pura luz sucedía a la más densa oscuridad.

En un fragmento del mismo autor, preservado

por Juan de Stobi, descubrimos que el Iniciado, hasta el momento en que su iniciación es consumada, es turbado por todo tipo de visiones. El asombro y el terror se apoderan de su alma; tiembla, y el sudor frío cae de su cuerpo. Hasta el momento en que la luz le es mostrada; una luz verdaderamente sobrecogedora: la brillante escena del Elíseo, donde contempla encantadoras praderas cubiertas por un cielo límpido, y se celebran festivales y danzas; donde escucha voces armoniosas y los cantos majestuosos de los Hierofantes; y donde se ofrecen a su vista espectáculos sagrados. Entonces, absolutamente libre, y liberado del dominio de todos los males, se mezcla con la muchedumbre de iniciados y, coronado con flores, celebra con ellos las sagradas orgías, en los brillantes reinos del espacio cósmico y en las moradas de Ormuz.

En los Misterios de Isis, el candidato pasaba primero a través del oscuro Valle de las Sombras de la Muerte; a continuación por un lugar que representaba los elementos del mundo sublunar, donde ambos principios chocaban y contendían; y era admitido finalmente en una región luminosa, donde el Sol, con su más brillante luz, ponían en fuga a las sombras de la noche. Entonces se ponía el hábito del Dios – Sol, o Fuente Visible de la

Luz Etérea, en cuyos Misterios había sido iniciado, y pasaba del imperio de la oscuridad al de la luz. Tras haberse encontrado con sus pies en el umbral del palacio de Plutón, ascendía al Empíreo, al regazo del Eterno Principio de Luz del Universo, del que todas las almas e inteligencias emanan.

Plutarco admite que su teoría de los Dos Principios era la base de todos los Misterios, siendo consagrados en las ceremonias religiosas de los Misterios de Grecia. Osiris y Tifón, Ormuz y Ahrimán; Baco y los Titanes y Gigantes, todos representaban estos principios. Fanes, el dios luminoso que surgió del Huevo Sagrado, y la Noche, portaban los cetros en los Misterios de los Nuevos Bacos. La Noche y el Día eran dos de los ocho dioses adorados en los Misterios de Osiris. El tránsito de Proserpina y también de Adonis durante seis meses cada año en el mundo superior, mansión de la Luz, y seis meses en el mundo inferior o morada de la Oscuridad, representaba alegóricamente la misma división del Universo.

La conexión de las distintas iniciaciones con los Equinoccios que separaban el Imperio de la Noche del de los Días, y que establecían el momento en que uno de estos principios

comenzaba a prevalecer sobre el otro, muestra que los Misterios plasmaban la continua lucha entre los dos principios de la Luz y la Oscuridad, que resultaban alternativamente vencedor y vencido, así como la influencia que tenían en el alma humana. "Celebramos los augustos Misterios de Ceres y Proserpina", dice el Emperador Juliano, "en el Equinoccio de Otoño, para rogar a los dioses que el alma no experimente la acción maligna del Poder de la Oscuridad, que a partir de entonces comienza a tener dominio y mando en la Naturaleza". Salustio el Filósofo hace casi la misma reseña en lo concerniente a la relaciones de alma con la marcha periódica de la Luz y la Oscuridad durante la órbita anual; y nos asegura que los misteriosos festivales de Grecia hacían referencia al mismo aspecto. Y en todas las explicaciones proporcionadas por Macrobio acerca de las Fábulas Sagradas concernientes al Sol, adorado bajo los nombres de Osiris, Horus, Adonis, Atis, Baco, etc. vemos invariablemente que refieren a la teoría de los dos principios, Luz y Oscuridad, y al triunfo del uno sobre el otro. Esto nos lleva naturalmente a las narraciones alegóricas del Principio Luz, vencedor y vencido alternativamente en los combates mantenidos con el Principio Oscuridad durante cada período

anual. Aquí alcanzamos la parte más misteriosa de las iniciaciones antiguas, y la más interesante para el masón que lamenta la muerte de su Gran Maestro Khir-om (Hiram). Heródoto arroja sobre él el velo de misterio y silencio. Al referirse al templo de Minerva, o de esa Isis considerada madre del Dios Sol y cuyos Misterios eran denominados Isíacos, en Sais, él habla de una tumba en el templo, en la parte trasera de la capilla y contra el muro; y dice "Es la tumba de un hombre, cuyo nombre me inspira tal respeto que prefiero ocultarlo. Dentro del templo había grandes obeliscos de piedra (*phalli*) y un lago circular pavimentado con piedras y acotado con un parapeto. Me parecía tan extenso como el de Delos (donde se celebraban los Misterios de Apolo). En este lago celebran los egipcios, durante la noche, su representación de los Misterios, en los que se narra la peripecia del dios al que me he referido anteriormente".

Se nos recuerda, por este pasaje, el de la tumba de Hiram, su muerte, y su levantamiento de la sepultura, restauración simbólica de la vida; y también se llama nuestra atención sobre el Mar de Bronce del Templo de Jerusalén. Heródoto añade: "Me impongo un profundo silencio en los concerniente a estos Misterios, con la mayor parte

de los cuales estoy familiarizado. Al igual que poco diré de las iniciaciones de Ceres, conocidas entre los griegos como Tesmoforias. Lo que diré no faltará al respeto que debo a la religión".

Atenágoras cita este pasaje para mostrar que no solamente la Estatua, sino también la tumba de Osiris, eran exhibidas en Egipto, así como una representación trágica de sus sufrimientos. Y remarca que los egipcios celebraban rituales de duelo en honor a sus dioses, cuyas muertes lamentaban y a los que posteriormente honraban como habiendo alcanzado un estado de inmortalidad. De todas formas no es difícil, combinando los distintos rayos de luz que emanan de los distintos santuarios, percatarnos de la genialidad y razón de ser de estas ceremonias. Lamentablemente tenemos indicios, no detalles.

Sabemos que los egipcios adoraban el Sol bajo el nombre de Osiris. Los padecimientos y trágica muerte de su Dios eran una alegoría relacionada con el Sol. Tifón, como Ahrimán, representaba la Oscuridad. Los sufrimientos y muerte de Osiris en los Misterios de la Noche eran una imagen mística de los fenómenos de la Naturaleza, así como del conflicto de los grandes Principios que también se da en ella, y que tan relevante

influencia ejerce en nuestras almas. El Sol ni nace, ni muere, ni es devuelto a la vida. Y la narración de estos acontecimientos no era más que una alegoría que velaba una verdad más elevada. Horus, hijo de Isis, semejante de Apolo o el Sol, murió igualmente y fue restaurado de nuevo a la vida y junto a su madre, y los sacerdotes de Isis celebraban estos grandes acontecimientos con festivales de duelo y alegría alternativos y sucesivos.

En los Misterios de Fenicia, establecidos en honor de Tamuz o Adonis (también el Sol), el espectáculo de su muerte y resurrección era mostrado a los iniciados. Como leemos en Meursio y Plutarco, se exhibía una figura que representaba el cadáver de un hombre joven. Se colocaban flores sobre su cuerpo, las mujeres lloraban por él, y se le erigía una tumba. Por Plutarco y Ovidio sabemos que estos fastos tenían también lugar en Grecia.

En los Misterios de Mitra, el Dios Sol, en Asia Menor, Armenia y Persia, se lamentaba la muerte del dios, y se celebraba su resurrección con las más entusiastas muestras de felicidad. Sabemos por Juliano Fírmico que se enseñaba un cadáver a los iniciados, que representaba a Mitra difunto; y

posteriormente se anunciaba su resurrección, siendo invitados a celebrar que el Dios muerto había vuelto a la vida, y que por medio de sus sufrimientos habían dispuesto los medios para la salvación de los iniciados. Tres meses antes había tenido lugar su nacimiento, bajo el símbolo de un niño, en un 25 de Diciembre, o el octavo día antes de las Calendas de Enero.

En Grecia, en los misterios del mismo dios, honrado bajo el nombre de Baco, se daba una representación de su muerte, despedazado por los Titanes, así como de su descenso a los infiernos, su posterior resurrección y su retorno hacia su Principio o la pura morada de donde había descendido para unirse con la materia. En las islas de Chios y Ténedos su muerte se representaba por el sacrificio de un hombre, realmente inmolado.

La mutilación y sufrimientos del mismo Dios – Sol, honrado en Frigia bajo el nombre de Atis, son la causa de las trágicas escenas que, como sabemos por Diodoro Sículo, eran representadas anualmente en los Misterios de Cibeles, madre de los dioses. Era llevada una imagen que representaba el cadáver de un hombre joven, sobre el que se derramaban lágrimas y al que se

le rendían honores funerarios.

En Samotracia, en los Misterios de Cabiri o de los Grandes Dioses, se realizaba una representación de la muerte de uno de ellos. Este nombre había sido otorgado al Sol porque los antiguos astrólogos habían dado los nombres de Cabiri y Samotracia a los dos dioses de la constelación Géminis, a lo que otros llaman Apolo y Hércules (otros dos nombres del Sol). Atenion dice que el joven Cabiro, también asesinado, era como el Dionisio o Baco de los griegos. Los Pelasgos, antiguos habitantes de Grecia que se asentaron en Samotracia, celebraban estos Misterios, cuyo origen es desconocido. Y adoraban a Cástor y Pólux como patrones de la navegación.

La tumba de Apolo se hallaba en Delfi, donde reposó su cuerpo una vez que fue asesinado por Pitón, la Serpiente Polar que anualmente anuncia la llegada del otoño, del frío, la oscuridad y el invierno. Apolo triunfaba sobre la Serpiente el 25 de Marzo, a su vuelta a Aries en el Equinoccio Vernal.

En Creta, Júpiter Amón, o el Sol en Aries, pintado con los atributos de ese signo equinoccial, el carnero o Aries (ese Amón que,

según Marciano Capella dice, es el mismo que Osiris, Adonis, Atis y el resto de Dioses – Sol) tenía igualmente una tumba y una iniciación religiosa. Una de las principales ceremonias del rito iniciático consistía en vestir al Iniciado con la piel de un cordero blanco, origen del mandil blanco de piel de cordero de la Francmasonería.

Todas estas muertes y resurrecciones, estos ritos funerarios, estos aniversarios de duelo y alegría, estos cenotafios elevados en diferentes lugares al Dios Sol, honrado bajo distintos nombres, no tenían más que un único objeto: la narración alegórica de los acontecimientos que sucedían aquí bajo la Luz de la Naturaleza, ese fuego sagrado del que se considera que emana nuestra alma, que batalla con-tra la Materia y el Principio Oscuro que reside en su inte-rior, siempre en disensión con el Principio del Bien y la Luz que es derramado sobre el alma por la Divinidad Suprema. Todos estos misterios, dice Clemente de Alejandría, señalando todos estos asesinatos y estas tumbas; todas estas tragedias religiosas tiene una base común, diferentemente ornamentada. Y esa base es la muerte ficticia y la resurrección del Sol, Alma del Mundo, principio de vida y movimiento en el Mundo Sublunar, y fuente de nuestras inteligencias, que no son más que una

porción de la Luz Eterna que brilla en esa estrella, su centro. Se decía que las almas eran purificadas en el Sol, y que a él tendían. El Sol era una de las puertas del alma, y Porfirio dice que, según los teólogos, el alma asciende a través de esa puerta al hogar de la Luz y el Bien. De lo que se deduce que, en los Misterios de Eleusis, el *Dadoukos* (primer oficial tras el Hierofante, que representaba al Gran Demiurgo o Hacedor del Universo), que se encontraba ubicado en el interior del templo para recibir a los candidatos, representaba al Sol.

Se creía también que las vicisitudes experimentadas por el Padre de la Luz ejercían influencia sobre el destino de las almas, que por ser de la misma sustancia que él, compartían su destino. Sabemos esto por el Emperador Juliano y por Salustio el Filósofo. Se afligen cuando el Sol sufre, y se regocijan cuando triunfa sobre el Poder de la Oscuridad que se opone a sus designios y entorpece la felicidad de las almas, para las cuales nada es tan terrible como la oscuridad. El fruto del sufrimiento del Dios, padre de la luz y de las almas, muerto a manos del Capitán de los Poderes de la Noche, y restaurado nuevamente a la vida, era recibido en los Misterios. "Su muerte procura vuestra Salvación", proclama el Sumo

Sacerdote de Mitra. Ese era el gran secreto de esta tragedia religiosa, y su fruto esperado: la resurrección de un Dios que, retomando su poder y su dominio sobre la oscuridad, debería hacer partícipes de su destino a aquellas almas virtuosas que, por su pureza, eran merecedoras de compartir Su gloria.

Se llevaban a cabo para el Iniciado espectáculos que versaban en torno a los primeros agentes de la Causa Universal y a la distribución del mundo. El mismo Universo proporcionaba al hombre el modelo para el primer templo erigido a la Divinidad. La configuración del Templo de Salomón, los ornamentos simbólicos que formaban sus decoraciones principales, y la vestimenta del Sumo Sacerdote, todo hacía referencia al orden del mundo, tal y como constatamos en Clemente de Alejandría, Josefo y Filón. Clemente deja constancia de que el Templo contenía muchos símbolos de las estaciones, del Sol, la Luna, los planetas, las constelaciones Osa Mayor y Osa Menor, el Zodíaco, los elementos, y otras partes del mundo. Josefo, en su descripción de las vestimentas del Sumo Sacerdote, protestando contra la carga de impiedad desencadenada contra los hebreos por parte de otras naciones, por despreciar las Divinidades

Paganas, declara equivocado este odio, pues en la construcción del Tabernáculo, en el atuendo de aquellos que llevan a cabo los sacrificios, y en las vasijas sagradas, se representaba de una u otra forma el Mundo entero. De las tres partes en que se divide el templo –apunta Josefo- dos representan la Tierra y el Mar, abiertas a todos los hombres, y la tercera, el Cielo, Morada de Dios, quedaba reservada únicamente para Él. Las doces tortas de pan representan los doce meses del año. El candelabro representa los doce signos a través de los cuales los siete planetas realizan sus órbitas; y las siete luces, los planetas. Los velos, de cuatro colores, simbolizan los cuatro elementos; la túnica del Sumo Sacerdote, la tierra; el jacinto, casi azul, los Cielos; el éfod, de cuatro colores, la naturaleza al completo; el oro, la Luz; el peto en el centro, esta tierra ocupando el centro del mundo; los dos ónices usados como broches, el Sol y la Luna, y las doce piedras preciosas del peto situadas de tres en tres, como las Estaciones, los doce meses, y los doce signos del Zodíaco. Incluso las tortas estaban dispuestas en grupos de seis, como los signos del Zodíaco por encima y por debajo del Ecuador. Clemente, el perspicaz obispo de Alejandría, y Filón, adoptaron estas explicaciones.

Hermes llama al Zodíaco la *Gran Tienda Tabernáculo*. En el Grado del Arco Real del Rito Americano, el Tabernáculo tiene cuatro velos de diferentes colores, a cada uno de los cuales corresponde un estandarte. Los colores de los velos son blanco, azul, carmesí y púrpura; y los estandartes ostentan las imágenes del Toro, el León, el Hombre y el Águila, constelaciones que, 2.500 años antes de Jesucristo, correspondían a los puntos equinocciales y solsticiales, a los que pertenecen cuatro estrellas: Aldebarán, Régulo, Fomalhaut y Antares. En cada uno de estos velos hay tres palabras, y en cada división del Zodíaco correspondiente a esas estrellas, hay tres signos. Los cuatro signos, Tauro, Leo, Escorpio y Acuario eran denominados signos *fijos*, y están asignados apropiadamente a los cuatro velos. De esta forma, según Clemente y Filón, el Querubín representa los dos hemisferios con sus alas, así como el rápido devenir del firmamento y el tiempo en que da una vuelta el Zodíaco. "Pues los Cielos vuelan", dice Filón, refiriéndose a las alas del Querubín; que eran representación alada del León, el Toro, el Águila y el Hombre; dos de los cuales, el toro y el león que ostentaban cabezas humanas, han sido encontrados abundantemente en Nimrod, adoptadas como signos benéficos, cuando el Sol

entraba en Tauro en el Equinoccio Vernal y en Leo en el Solsticio de Verano. Y cuando entraba en Scorpio –que sustituía a Águila debido a sus influencias malignas- en el Equinoccio Otoñal, y en Acuario (el portador del agua) en el Solsticio de Invierno.

Así, dice Clemente, el candelabro de siete brazos representaba los siete planetas, que al igual que los siete brazos eran ordenados y regulares, preservando la proporción musical y el sistema de armonía del cual el Sol era centro y nexo. Estaban dispuestos tres y tres, como los planetas por encima y por debajo del Sol; entre ambos grupos figuraba el brazo que representaba a la gran luminaria, elemento mediador o moderador de la armonía celestial. Es, de hecho, el cuarto en la escala musical, como remarca Filón, y también Marciano Capella en su Himno al Sol.

Cerca del candelabro había otros emblemas que representaban los cielos, la tierra y el material vegetativo de cuyo seno surgen los vapores. El templo en su conjunto era una imagen resumida del mundo. Había candelabros de cuatro brazos, simbolizando los elementos y las estaciones; de doce brazos, representando los

signos del Zodíaco; en incluso con trescientos sesenta, representando el número de días del año, sin los días suplementarios. Imitando el famoso templo de Tiro, donde se hallaban las grandes columnas consagradas al aire y al fuego, el artista tirio ubicó dos columnas de bronce en la entrada del porche del templo. El Mar de Bronce hemisférico, soportado por cuatro grupos de tres toros cada uno, mirando a los cuatro puntos cardinales de la brújula, representaba el Toro del Equinoccio Vernal, que en Tiro estaba consagrado a Astarté; a la que Hiram, dice Josefo, había erigido un templo, y que portaba sobre su cabeza un casco con la imagen de un toro. Y el trono de Salomón, con toros adornando sus brazos y soportado por leones, al igual que los de Horus en Egipto y el Sol en Tiro, hacía igualmente referencia al Equinoccio Vernal y al Solsticio de Verano. Aquellos que en Tracia adoraban al Sol, bajo el nombre de Saba – Zeus, asimilable al griego Baco, le construyeron –dice Macrobio- un templo en el Monte Zelmisso, cuya forma redondeada representaba el mundo y el Sol. Una apertura circular en el tejado admitía la luz e introducía la imagen del Sol en el ámbito del santuario, donde había tanta luminosidad como en las alturas de los cielos, disipando la oscuridad

dentro del templo. Oscuridad en la que se representaba la pasión, muerte y resurrección de Baco.

El Templo de Eleusis estaba igualmente iluminado por una ventana en el techo. Dión compara el santuario así iluminado con el Universo, con la única diferencia de las dimensiones; y en él las grandes luces de la Naturaleza desempeñaban un papel importante y eran representadas místicamente. Las imágenes del Sol, la Luna y Mercurio eran plasmadas (esta última de forma igual a Anubis acompañando a Isis); y todavía son las tres luces de una logia masónica, excepción hecha de Mercurio, cuya correspondencia con el Venerable Maestro de la Logia ha sido absurdamente sustituida.

Eusebio nombra como principales ministros en los Misterios de Eleusis, primero, al Hierofante, investido con los atributos del Gran Arquitecto (Demiurgo) del Universo. Tras él iba el *Dadoukos* o Portaantorcha, que representaba al Sol. A continuación el *Epibomos*, Portador del Altar, que representaba a la Luna. Y finalmente, el *Hieroceryx*, que portaba el Caduceo, y representaba a Mercurio. No estaba permitido revelar los diferentes emblemas ni la ceremonia

de Iniciación a los profanos; por lo tanto desconocemos los atributos, símbolos y ornamentos de los distintos oficiales, de los que ni Apuleyo ni Pausanias osaron hablar. Solo sabemos que lo que allí tuvo lugar era maravilloso; todo estaba pensado para asombrar a los ojos y oídos del iniciado. El Hierofante, de elevada estatura y nobles facciones, pelo largo y avanzada edad, grave y digno, en largas vestimentas; pretendido trasunto de la Diosa Naturaleza, el Hierofante se circunscribía a su misión, quedando oculto bajo un velo que ningún mortal podía levantar. Incluso su nombre quedaba oculto, como el del Demiurgo, cuyo nombre era inefable. El *Dadoukos* también llevaba vestimenta larga, pelo largo y una banda en su frente. Callias, en el tiempo en que ocupaba ese cargo, se vio obligado a tomar parte en el gran día de Maratón, y al ir vestido con los emblemas de su oficio fue confundido con un rey por parte de los bárbaros. El *Dadoukos* dirigía la procesión de los iniciados, y estaba encargado de las purificaciones. No conocemos las funciones del Epibomos o asistente del altar, que representaba a la Luna. Ese planeta era una de las dos moradas de las almas, y una de las dos grandes puertas por la que las almas descendían o reascendían.

Mercurio estaba encargado de conducir las almas entre las dos grandes puertas. Admitía o rechazaba a los candidatos según fuesen más o menos puros, y por lo tanto el Hieroceryx o Heraldo Sagrado, que representaba a Mercurio, tenía el deber de excluir a los profanos de los Misterios.

Los mismos oficiales aparecen en la procesión de iniciados de Isis, descrita por Apuleyo. Iban vestidos con túnicas de lino blanco ceñidas al pecho, que llegaban casi al suelo, y se sucedían, en primer lugar, un iniciado llevando una lámpara con forma de barco; a continuación, otro portando el altar; y en tercer lugar, otro llevando una palmera dorada y un caduceo. Estos son los mismos tres oficiales que en Eleusis marchaban tras el Hierofante. Tras ellos otro sacerdote llevaba una gran mano abierta, e iba derramando leche sobre el suelo desde una vasija dorada con la forma de un seno de mujer. La mano era la de la justicia, y la leche aludía a la Vía Láctea, a lo largo de la cual las almas subían o bajaban. Seguían otros dos iniciados, uno portando un gran abanico, y el otro un jarrón de agua; símbolo de la purificación de la almas por aire y agua. Y la tercera purificación, la de la tierra, era representada por una imagen del animal que la

labra, la vaca o el buey, conducido por otro oficial. A continuación seguía un cofre o arca, de riquísima ornamentación, que contenía una imagen de los órganos de generación de Osiris, o quizá los de ambos sexos, emblemas de las originales Potencias generadora y productora. Cuando Tifón, dice la fábula egipcia, cortó el cuerpo de Osiris en trozos, arrojó sus genitales al Nilo, donde un pez los devoró. Atis se mutiló a sí mismo, como hicieron sus sacerdotes en imitación suya; y Adonis fue herido en esa parte del cuerpo por un jabalí. Y el hecho representaba siempre la pérdida por parte del Sol de su poder vivificador y generativo, cuando alcanza el Equinoccio Otoñal (el Escorpión que en los viejos monumentos muerde los genitales del Toro en el Equinoccio Vernal) y desciende hacia la región de la oscuridad y el invierno.

Entonces, dice Apuleyo, *venía uno que llevaba un objeto que regocijaba el corazón del portador: una venerable efigie de la Deidad Suprema, que no guardaba semejanza ni con el hombre, ni con una res, ni con pájaro, bestia o criatura viviente; una invención exquisita, símbolo inefable de los Misterios religiosos, que debía ser contemplada en silencio y recogimiento. Tal y como era, su figura era la de*

una pequeña urna recubierta de oro, trabajada artísticamente, redondeada por la base y cubierta por fuera con maravillosos jeroglíficos egipcios. El caño no estaba elevado, sino que salía lateralmente, haciendo un tirabuzón, mientras en el lado opuesto se encontraba un asa que ostentaba en su parte superior un áspid que elevaba su cabeza y su escamoso cuello hinchado.

El basilisco, insignia real de los faraones, aparece con frecuencia en los monumentos. Se trata de una serpiente plegada, con su cabeza levantada sobre los pliegues. El basilisco era el fénix de la tribu de serpientes; y la urna era probablemente la vasija, de forma de oblonga y un caño sobresaliente, que aparece representada en los monumentos egipcios; de forma que los sacerdotes derramaban sobres los reyes cruces ansatas o cruces tau, así como cetros.

En los Misterios de Mitra, una caverna sagrada, que representaba el orden del mundo, era empleada para la recepción de los iniciados. Zaratustra –dice Eúbulo- fue el primero en introducir el hábito de consagrar cuevas. También eran consagradas en Creta, a Júpiter; en Arcadia, a la Luna y a Pan; y en la isla de Naxos, a Baco.

Los persas, en la gruta en la que se celebraban los Misterios de Mitra, fijaron la sede de este dios, Padre de la Generación, o Demiurgo, cerca del punto equinoccial de primavera, con la porción Norte del mundo a su derecha, y el Sur a su izquierda.

Mitra, dice Porfirio, presidía sobre los equinoccios, portando una espada y sentado en un toro, animal que simboliza al Demiurgo. Los equinoccios eran las puertas a través de las cuales las almas pasaban, en ambos sentidos, entre el hemisferio de la luz y el hemisferio de la oscuridad. La Vía Láctea era representada discurriendo junto a estas puertas. En la teología de los antiguos, la Vía Láctea era considerada el sendero de las almas. Según Pitágoras, son ingentes ejércitos de almas los que forman ese cinturón luminoso.

La ruta seguida por las almas, según Porfirio, o más bien su marcha progresiva en el mundo, era representada en la caverna mitraica no solamente por el Zodíaco y otras constelaciones, así como por las estrellas fijas y planetas y puertas marcadas en los equinoccios y solsticios, por donde las almas entraban y salían del mundo de las generaciones, y pasaban de la esfera de la luz

a la de la oscuridad; sino que también estaba representada por las siete esferas planetarias que debían atravesar al descender del cielo de las estrellas fijas a los elementos que revisten la Tierra; y había marcadas siete puertas, una por cada planeta, por la que pasaban tanto en su ascenso como en su descenso. Sabemos esto por *Contra Celso*, de Orígenes, que dice que la imagen simbólica de este pasaje entre las estrellas empleada en los Misterios Mitraicos era una escalera que se elevaba de la Tierra hasta el Cielo, dividida en siete escalones, a cada uno de los cuales correspondía una puerta, habiendo una octava puerta en la cima, la de las estrellas fijas. La primera puerta, dice Celso, era la de Saturno, y era de plomo, por la pesadez del progreso lento y tedioso que representa. La segunda era la de Venus, y era de estaño, que representa su blando esplendor y su ductilidad. La tercera puerta era la de Júpiter, y era de latón, emblema de su solidez y sequedad. La cuarta puerta era la de Mercurio, y era de hierro, expresando su actividad infatigable y su sagacidad. La quinta correspondía a Marte, y era de cobre, que expresa su naturaleza variable y sus desigualdades. La sexta era la de la Luna, y era de plata, y la séptima puerta, que era de oro, correspondía al Sol. Este no es el verdadero

orden de los planetas, sino un orden mistérico, como el de los días de la semana consagrados a ellos, que comienza con el Sábado, y se retrotrae al Domingo. Según Celso, ese orden está dictado por una cierta relación armónica, la de la cuarta.

De esta forma vemos que había una íntima conexión entre la Sagrada Ciencia de los Misterios y las antiguas astronomía y física. Y el gran espectáculo de los Santuarios era el del orden del Universo Conocido, o el espectáculo de la Naturaleza misma, que rodeaba el alma del Iniciado, como la rodeaba cuando al principio descendió por las puertas planetarias, y por las entradas del equinoccio y del solsticio, a lo largo de la Vía Láctea, para ser por primera vez emparedado en su casa-prisión de la materia. Pero los Misterios también representaban para el candidato, por medio de símbolos sensibles, las fuerzas invisibles que mueven este Universo visible, y las virtudes, cualidades y potencias naturales de la materia, que mantienen el maravilloso orden observado en el Mundo. Así nos dice Porfirio.

El mundo, según los filósofos de la antigüedad, no era únicamente una maquinaria material y mecánica. Una gran alma que lo impregna todo

vivifica los miembros del inmenso cuerpo del Universo; y una Inteligencia, igualmente grande, dirige sus movimientos y mantiene la eterna armonía resultante. De esta forma la Unidad del Universo, representada por el huevo simbólico, contenía en sí misma dos unidades, el Alma y la Inteligencia, que dominaban todas sus partes. Y eran para el Universo, tomado como ser animado e inteligente, lo que la inteligencia y el alma de la vida eran para la individualidad del hombre.

La doctrina de la Unidad de Dios, en este sentido, fue enseñada por Orfeo. Su himno o palidonia es una prueba; fragmentos de la cual son citados por muchos de los Padres, como Justino, Tatiano, Clemente de Alejandría, Cirilo y Teodoreto, y su totalidad por Eusebio, citando a partir de Aristóbulo. La doctrina del Logos (Palabra) o del Nous (Intelecto), su encarnación, muerte, resurrección o transfiguración; o su unión con la materia, su división en el mundo visible que impregna, su retorno a la Unidad original, y el conjunto de la teoría relativa al origen del alma y su destino, todo esto era enseñado en los Misterios, de los que eran la esencia.

El Emperador Juliano explica los Misterios de Atis y Cibeles por los mismos principios

metafísicos, respetando la Inteligencia del Demiurgo, su descenso a la materia, y su retorno a su origen: y extiende esta explicación a los Misterios de Ceres. Y lo mismo hace Salustio el Filósofo, que admite en Dios a una fuerza inteligente secundaria que desciende a la materia generativa para organizarla. Estas ideas místicas formaban parte naturalmente de la doctrina sagrada y de las ceremonias de iniciación, cuyo objeto era, remarca Salustio, unir al hombre con el Mundo y la Deidad; siendo el término final de la perfección, según Clemente, la contemplación de la Naturaleza, de los seres reales y de las causas. La definición de Salustio es correcta. Los Misterios eran practicados como medio para el perfeccionamiento del alma, para hacerla consciente de su propia dignidad, para recordarle su noble origen y su inmortalidad, y consecuentemente sus relaciones con el Universo y la Deidad.

Lo que se entendía por seres *reales* eran seres *invisibles*, *genii*, las *facultades* o *potencias* de la Naturaleza; todo lo que no formase parte del mundo *visible*, que era denominado, por oposición, existencia *aparente*. La teoría de los *genios*, o Potencias de la Naturaleza, y sus Fuerzas personificadas, formaba parte de la

Sagrada Ciencia de la Iniciación, y era representada en el espectáculo religioso que se llevaba a cabo en el Santuario. Realmente era una consecuencia de esa creencia en la Providencia y en la Superintendencia de los Dioses, que era una de las primeras bases de la Iniciación. La administración del Universo por Genios subalternos, a quienes les era confiada, y por medio de los cuales el Bien y el Mal eran dispensados en el mundo, era consecuencia de este dogma, enseñado en los Misterios de Mitra, donde se mostraba ese famoso huevo compartido por Ormuz y Ahrimán, teniendo cada uno de ellos comisionados veinticuatro genios para dispensar el bien y el mal encontrados en él; y los genios se encontraban bajo doce Dioses Superiores, seis del lado de la Luz y el Bien y otros seis en el de la Oscuridad y el Mal.

Esta doctrina de los genios, depositarios de la Providencia Universal, estaba conectada íntimamente con los Antiguos Misterios, y había sido adoptada en los sacrificios e iniciaciones tanto de los griegos como de los bárbaros. Plutarco dice que los Dioses, por medio de los Genios, que son intermediarios entre ellos y los hombres, se acercaban a los mortales en las ceremonias de Iniciación, pues los Dioses les

encargaban asistir y distribuir castigos y bendiciones. De esta forma no era la Deidad, sino Sus ministros, o un Principio y Poder del Mal, los considerados autores del vicio, pecado y sufrimientos que afligen a los hombres; y por ello los Genios o ángeles difieren en su carácter, como difieren los hombres, que son unos buenos y otros malos; algunos Dioses Celestiales, Ángeles y Arcángeles, y otros Dioses Infernales, Demonios y Ángeles caídos. A la cabeza de los últimos se hallaba su Jefe, Tifón, Ahrimán o Shaitán, el Principio del Mal; quien, habiendo desencadenado el desorden en la Naturaleza, trajo la aflicción a los hombres por tierra y mar, y originó sus mayores enfermedades, pero fue finalmente castigado por sus crímenes. Son estos acontecimientos, dice Plutarco, los que Isis deseaba representar en el ceremonial de los Misterios, establecidos por ella en memoria de sus tribulaciones y pesares; y también se exhibía una imagen de la Diosa, para fomentar la piedad y el consuelo en la desgracia. El dogma de una Providencia, dice, que administra el Universo por medio de Potencias intermediarias, que mantienen el nexo del hombre con la Divinidad, era consagrado en los Misterios de los egipcios, frigios y tracios, y en los Misterios de los Magos

y los discípulos de Zaratustra, en los que se llevaban a cabo ceremonias fúnebres y de luto, como se deduce de sus iniciaciones. Esta doctrina era una parte esencial de las lecciones dadas a los iniciados, y perseguía enseñarles la relación de sus almas con la Naturaleza Universal, la principal instrucción de todas, que quería dignificar al hombre ante sus propios ojos y mostrarle su lugar en el Universo de las cosas. De esta forma la totalidad del sistema del Universo era desplegada ante los ojos del Iniciado; y la cueva simbólica que lo representaba era ornada y vestida con todos los atributos de ese Universo. A este mundo así dispuesto, dotado de una doble fuerza, activa y pasiva, dividido entre la luz y la oscuridad, movido por una Fuerza viva e inteligente, gobernado por Genios o Ángeles que presiden sobre sus distintas partes, y cuya naturaleza y carácter son elevados o inferiores según posean mayor o menor medida de materia oscura; a este mundo desciende el alma, emanación del fuego etéreo exiliada de la región luminosa que se haya por encima del mundo. El alma entra en esta materia oscura, donde los Principios hostiles, cada uno secundado por su ejército de genios, están siempre en conflicto, con el fin de someter una o más partes del cuerpo que

ejerce como su prisión, hasta que el alma retorne por fin a su lugar de origen, a su verdadera patria natal, pues esta vida no es más que un exilio.

Pero una cosa faltaba: representar su retorno a través de las constelaciones y esferas planetarias a su hogar original. El fuego celestial, decían los filósofos, alma del mundo y del fuego, principio universal que circula sobre los Cielos, en una región infinitamente pura y absolutamente luminosa, es en sí mismo puro y simplicísimo, y queda por encima del mundo por su específica luminosidad. Si una parte de ese fuego (por ejemplo, un alma humana) desciende, actúa contra su naturaleza al proceder así, urgida por un deseo impropio de la inteligencia, por un amor pérfido hacia la materia que origina su descenso, por un deseo de conocer lo que sucede aquí abajo, donde el Bien y el Mal se hayan en conflicto. El Alma, sustancia simple cuando no se halla conectada a la materia, resulta un rayo o partícula del Fuego Divino, cuyo hogar está en el Cielo, y siempre tiende a volver a ese lugar, de forma que cuando está unida al cuerpo lucha por su regreso.

Al enseñar esto, los Misterios llamaban la atención del hombre hacia su origen divino y punto de retorno. La gran ciencia adquirida en los

Misterios era el conocimiento del propio ser del hombre, o de la nobleza de su origen, la grandeza de su destino y su superioridad sobre los animales, que jamás pueden adquirir este conocimiento, y a los que en realidad se asemeja si no reflexiona sobre su existencia y no explora las profundidades de su propia naturaleza.

Por medio del sufrimiento, la virtud, la piedad y las buenas obras, el alma quedaba capacitada finalmente para liberarse del cuerpo y ascender por el sendero de la Vía Láctea, penetrando por la puerta de Capricornio y discurriendo por las siete esferas, hasta el lugar desde donde, por medio de sucesivas degradaciones, caídas y corrupciones, se había precipitado. Y de aquí que la teoría de las esferas, y de los signos e inteligencias que presidían la totalidad del sistema astronómico, estuviese conectada con el alma y su destino; y así era impartido en los Misterios, en los que se desarrollaban los grandes principios de la física y la metafísica en lo referente al origen del alma, su condición en este mundo, su lugar de regreso y su destino.

Los griegos fijaron la fecha del establecimiento de los Misterios de Eleusis en el año 1423 a.C., durante el reinado de Erecteo en Atenas. Según

algunos autores, fueron instituidos por la misma Ceres; y según otros, por ese monarca, que los trajo de Egipto, donde, según Diodoro de Sicilia, él había nacido. Otra tradición era que Orfeo los introdujo en Grecia junto con las ceremonias dionisíacas, estas últimas tomadas de los Misterios de Osiris, mientras que los anteriores lo habían sido de los de Isis.

Los Misterios de Isis, metamorfoseada en Ceres, no eran celebrados únicamente en Atenas. Los boecios adoraban la Ceres Grande o Cabírica en los recovecos de una gruta sagrada, donde únicamente los iniciados podían entrar; y las ceremonias que observaban, así como las sagradas tradiciones de sus Misterios, estaban conectadas con las de los Cabiri en Samotracia.

Igualmente en Argos, Focis, Arcadia, Mesina, Corinto y otras partes de Grecia se practicaban los Misterios, que dejaban ver en todas partes su origen egipcio y eran, a grandes rasgos, semejantes. Pero los Misterios de Eleusis, en Ática, tal y como afirma Pausanias, han sido considerados por los griegos, desde los primeros tiempos, como muy superiores a todos los demás.

Similar a estos eran los Misterios de Bona Dea, la Buena Diosa, cuyo nombre –comentan Cicerón

y Plutarco- no podía ser conocido por ningún hombre, y que eran celebrados en Roma desde los primeros tiempos de esa ciudad. Estos Misterios eran practicados únicamente por mujeres, aunque su secreto fue impíamente violado por Clodio. Eran celebrados en la Calendas de Mayo y, según Plutarco, buena parte del ceremonial se parecía mucho al de los Misterios de Baco.

Los Misterios de Venus y Adonis pertenecían principalmente a Siria y Fenicia, de donde pasaron a Grecia y Sicilia. Venus o Astarté era la Gran Diosa Femenina de los fenicios, como Hércules, Melkarth o Adoni era su Dios principal. Adoni, llamado Adonis por los griegos, era el amante de Venus. Fue muerto a causa de una herida que un jabalí le infligió durante la caza, y la flor llamada anémona brotó de su sangre. Venus recibió el cadáver y obtuvo de Júpiter la merced de que su amante pasase en lo sucesivo seis meses de cada año con ella, y los otros seis en el Hades con Proserpina; una descripción alegórica de la residencia alterna del Sol en ambos hemisferios. En estos Misterios se representaba y lloraba su muerte, y una vez que su pasión y luto habían concluido, se anunciaba su resurrección y ascenso a los Cielos. Ezequiel habla de los festivales de Adonis bajo el nombre de Tamuz,

una deidad asiria, que era llorada cada año por las mujeres mientras permanecían sentadas en las puertas de sus casas. Estos Misterios, como los demás, eran celebrados en primavera, en el Equinoccio Vernal, cuando era restaurado a la vida; momento en el que el Sol (Adón, Señor o Maestro) se encontraba en el signo de Tauro, domicilio de Venus. Adonis era representado con cuernos, y el himno de Orfeo en su honor lo cita como *el Dios de dos cuernos*; de la misma forma que, en Argos, Baco era representado con las patas de un toro.

Plutarco dice que Adonis y Baco eran considerados como la misma deidad, y que esta opinión se funda en la gran similaridad que hay en muchos aspectos entre los Misterios de estos dos dioses.

Los Misterios de Baco eran conocidos como los Festivales sabaceos, órficos y dionisíacos. Se remontaban a la más remota antigüedad entre los griegos, y algunos los atribuían al mismo Baco, mientras que otros los atribuían a Orfeo. El parecido en el ceremonial entre las observancias de Osiris, en Egipto, y la de Baco, en Grecia, las tradiciones mitológicas de ambos dioses, y el simbolismo empleado en sus festivales

demuestran ampliamente esta identidad. Ni el nombre Baco, ni la palabra *orgía* aplicada a sus fiestas, ni las palabras sagradas usadas en sus Misterios eran griegas, sino de origen extranjero. Baco era una deidad oriental, adorada en el Este, y allí se celebraban sus orgías mucho antes de que los griegos las adoptasen. Originalmente él era adorado en la India, Arabia y Bactria.

Baco era honrado en Grecia con festivales públicos, y con Misterios más o menos complicados, variando el ceremonial según los distintos lugares, como era natural, pues su culto había llegado a los diferentes pagos en períodos diferentes. El pueblo que celebraba los complicados Misterios ignoraba el significado de muchas de las palabras que empleaba, así como de muchos símbolos que reverenciaba. En las Fiestas Sabaceas, por ejemplo (de Saba – Zeus, un nombre oriental de su deidad), las palabras *evoi, saboi*, eran empleadas de forma totalmente ignorante de su significado; y una serpiente era arrojada al pecho del iniciado, en alusión a la fábula de que Júpiter, bajo la forma de una serpiente, había tenido contacto con Proserpina, y habían engendrado a Baco, el toro; y aquí tiene su origen el dicho enigmático, repetido a los iniciados, de que un toro engendró un dragón o

serpiente, y a cambio la serpiente engendró el toro, que se convirtió en Baco. El significado de esto era que el toro (Tauro, que entonces abría el Equinoccio Vernal, y el Sol, en cuyo signo, representado figuradamente por Él mismo, se encontraban Baco, Dionisio, Saba – Zeus, Osiris, etc…) y la Serpiente, otra constelación, ocupaban tales posiciones relativas en el cielo, que cuando una se elevaba, la otra descendía, y viceversa.

La serpiente era un símbolo familiar en los Misterios de Baco. Los iniciados la cogían con sus propias manos, como hace Ofiuco sobre el globo celestial, y Orfeo – Telestes, o *purificador de los candidatos*, hizo lo mismo, mientras Demóstenes se burlaba de Esquines afirmando: *De día, guiando (Esquines) por las calles los hermosos tíasos, los coronados por el hinojo y el álamo blanco, apretando las serpientes de color rojizo oscuro y agitándolas sobre su cabeza, gritando "evoé saboi" y bailando al son "hye Atis, Atis hye" director del coro, jefe del cortejo, portador de la cista y de la criba sagrada.*

Los iniciados en estos Misterios habían preservado el ritual y ceremonias que se correspondía con la simplicidad de las primeras épocas y de los primeros hombres. Las reglas de Pitágoras eran seguidas allí. Al igual que los

egipcios, que consideraban la lana impura, no enterraban a ningún iniciado con ropas de lana. Se abstenían de realizar sacrificios de sangre, y se alimentaban a base de frutas, vegetales, o cosas inanimadas. Imitaban la vida de las sectas contemplativas de Oriente, aproximándose así al sosiego del polvo primigenio, que existió exento de turbación y crímenes en el seno de una profunda paz. Una de las prerrogativas más preciosas prometidas por su iniciación era poner al hombre en comunión con los Dioses por medio de la purificación del alma de todas las pasiones que interfieren con tal dicha y obnubilan los rayos de luz divina que son comunicados a toda alma capaz de recibirlos y de imitar su pureza. Uno de los grados de iniciación era el estado de *profecía* que los adeptos estaban llamados a alcanzar. Los iniciados en los Misterios del Cordero, en Pepuza (Frigia), profesaban ser inspirados y proféticos; y se sostenía que el alma, por medio de estas ceremonias religiosas, y purificada de toda mancha, podía ver a los Dioses en vida, y desde luego tras la muerte.

Las sagradas puertas del Templo, donde las ceremonias de iniciación eran llevadas a cabo, no eran abiertas más que una vez al año, y jamás un extranjero fue autorizado a entrar. La noche arrojaba su velo sobre estos augustos Misterios,

que no podían ser revelados a nadie. Allí se representaban los sufrimientos de Baco, quien, al igual que Osiris, moría, descendía a los infiernos y retornaba a la vida de nuevo; y se distribuía carne cruda a los iniciados, que la comían en recuerdo de la muerte de la Deidad, despedazada por los Titanes.

Estos Misterios también eran celebrados en el Equinoccio de Primavera, y el símbolo de generación, para expresar la energía activa y poder generativo de la Divinidad, era un emblema principal. Los iniciados llevaban guirnaldas y coronas de mirto y laurel.

En estos Misterios, el aspirante era mantenido en terror y oscuridad para representar los tres días y noches, y se le hacía representar el *Afanismo* (Αφαυισμος), o ceremonia que representaba la muerte de Baco, a la postre el mismo personaje mitológico que Osiris. Esto se efectuaba confinando al candidato en una angosta celda, de forma que pudiese reflexionar seriamente, en soledad y oscuridad, acerca del compromiso que estaba a punto de adquirir, y su mente se preparaba para recibir las verdades sublimes y misteriosas de la revelación primitiva y la filosofía. Esta era una muerte simbólica; y el

triunfo sobre ella era la regeneración, tras lo cual recibía el nombre de Dos Veces Nacido, *Difuns* (διφυης). Durante su confinamiento en la celda, la persecución de Tifón tras el cuerpo de Osiris, y la búsqueda de Rhea o Isis en pos del cadáver, eran percibidas por sus oídos; y el iniciado gritaba en voz alta los nombres de esa Deidad derivados del sánscrito. Entonces se anunciaba que el cuerpo había sido hallado, y el aspirante era liberado entre exclamaciones de alegría y júbilo, tras lo cual el candidato pasaba a través de una representación del Infierno y el Elíseo. *Entonces*, dijo un antiguo autor, *son festejados con himnos y danzas, con las sublimes doctrinas del sagrado conocimiento, y con visiones maravillosas y santas. Y un vez que se han vuelto iniciados y perfectos, son LIBRES, y quedan libres de sus ataduras; y coronados y triunfantes, suben y bajan a las regiones de los benditos, conversos con los hombres puros y santos, y celebran los sagrados Misterios en toda su plenitud*. Se les enseñaba la naturaleza y el objeto de los Misterios, y los medios para darse a conocer entre ellos, y recibían el nombre de *Epoptes*; eran instruidos plenamente en la naturaleza y atributos de la Divinidad, y en la doctrina de una vida futura; y se les familiarizaba con la unidad y

atributos del Gran Arquitecto del Universo, y el verdadero sentido de las fábulas en torno a los dioses del paganismo: la gran Verdad tan a menudo proclamada, que *Zeus es la Fuente primitiva de todas las cosas; hay Un Dios, Un Poder, y Uno gobierna sobre todos los demás*. Y tras una explicación detallada de los muchos símbolos y emblemas que les rodeaban, eran despedidos con las palabras bárbaras *Koge* (Κογξ) y *Ompaks* (Ομπαξ), corrupciones de las palabras sánscritas Kansha Aom Pakscha, que significan *objeto de nuestros deseos, Dios, Silencio*, o *Adoración de la Deidad en Silencio*.

Entre los símbolos empleados estaba el caduceo de Baco, del que se decía que, arrojado al suelo, se convertía en una serpiente; y que en una ocasión Baco golpeó los ríos Orontes e Hidaspes con él, y las aguas retrocedieron, pasando sobre el lecho seco. Durante las ceremonias, el agua se obtenía golpeando una roca con él. Los *bacos* (o iniciados) coronaban sus cabezas con serpientes, las llevaban en vasijas y cestas, y en la *Euresis* (Ευρησις) o hallazgo del cuerpo de Osiris, arrojaban una serpiente viva al pecho del aspirante.

Los Misterios de Atis en Frigia, y los de su

contrapartida femenina, Cibeles, así como su culto, se parecían mucho a los de Adonis y Baco, y Osiris e Isis. Su origen asiático es admitido universalmente, y Frigia reclamaba que eran más antiguos que los Misterios Egipcios, lo que es factible. Nadie más que los frigios mezclaba las alegorías con su culto religioso, siendo además grandes inventores de fábulas y que sus tradiciones sagradas respecto a Cibeles y Atis, que todos consideraban como dioses frigios, eran muy variadas. En todas las tradiciones, tal y como sabemos por Julio Fírmico, los frigios representaban de forma alegórica los fenómenos de la naturaleza, así como la sucesión de hechos físicos, bajo el velo de una historia maravillosa.

Las fiestas eran celebradas en los equinoccios, y comenzaban con lamentos, luto, plañideras y gritos de dolor por la muerte de Atis; y finalizaban con júbilo por su restauración a la vida. No recitaremos las diferentes versiones de Atis y Cibeles registradas por Julio Fírmico, Diodoro, Arnobio, Lactancio, Servio, San Agustín y Pausanias. Baste con decir que el núcleo del mito es el siguiente: Cibeles, princesa frigia que inventó los instrumentos musicales y la danza, estaba enamorada de Atis, un joven; el caso es que, ya sea porque se castró a sí mismo en un

acceso de locura o porque fue mutilado por Cibeles en el paroxismo de los celos, Atis murió y, posteriormente, como Adonis, fue restaurado a la vida. Es la ficción fenicia del Dios Sol expresada en otros términos y bajo otros nombres.

Cibeles era adorada en Siria bajo el nombre de Rhea. Luciano afirma que el Atis lidio estableció allí su culto y elevó su templo. El nombre de Rhea es mencionado también por Sanchoniathon en la antigua cosmogonía fenicia. Era Atis, el Lidio –dice Luciano- quien, habiendo sido mutilado, estableció en primer lugar los Misterios de Rhea, y enseñó a los frigios, lidios y samotracios a celebrar sus Misterios. Rhea, como Cibeles, era representada en un carro tirado por leones, sosteniendo un tambor y coronada de flores. Según Varrón, Cibeles representaba la Tierra. Participaba de las características de Minerva, Venus, la Luna, Diana, Némesis y las Furias; iba vestida de piedras preciosas, y su Sumo Sacerdote llevaba una túnica púrpura y una tiara de oro.

La Gran Fiesta de la Diosa Siria, como la de la Madre de los Dioses en Roma, era celebrada en el Equinoccio de Primavera. Precisamente en ese equinoccio se celebraban los Misterios de Atis,

en los que se enseñaba a los iniciados a esperar las recompensas de una vida futura y se recitaba la leyenda del vuelo de Atis para huir de la celosa furia de Cibeles, escondiéndose en una gruta en las montañas, y sufriendo la automutilación en un acceso de delirio (acto imitado por los sacerdotes). La fiesta de la pasión de Atis continuaba durante tres días; el primero transcurría entre luto y lágrimas, y era proseguido por clamorosos brotes de alegría, en los que –dice Macrobio- se adoraba al Sol bajo el nombre de Atis. Todas las ceremonias eran alegóricas, algunas de las cuales, según el Emperador Juliano, podían ser explicadas, mientras que la mayoría permanecían cubiertas por un velo de misterio. Sucedió algo similar a lo que acontece con los símbolos de la Masonería, que sobreviven a sus explicaciones y contenido, y les son adjudicadas nuevas explicaciones burdas e ignorantes.

En otra leyenda proporcionada por Pausanias, Atis muere, herido como Adonis por un jabalí salvaje en los órganos de generación; una mutilación con la que finalizaban todas las leyendas. El pino bajo el que se dice que murió era sagrado para Él, y fue encontrado en muchos monumentos con un toro y un carnero junto a él,

siendo uno signo de exaltación del Sol, y el otro de la Luna.

El culto al Sol bajo el nombre de Mitra era propio de Persia, de donde proviene ese nombre, como el resto de símbolos de ese credo. Los persas, adoradores del Fuego, consideraban el Sol como la morada más brillante de la energía fecundadora de ese elemento, que da vida a la Tierra, y circula por todas partes del Universo, del que es, por así decirlo, el Alma.

Estas creencias pasaron de Persia a Armenia, Capadocia y Cilicia, mucho antes de ser conocidas en Roma. Los Misterios de Mitra florecieron más que ningún otro en la capital del Imperio. El culto a Mitra comenzó a ser mayoritario bajo Trajano. Sin embargo, Adriano prohibió estos Misterios debido a las crueles escenas representadas en el ceremonial: pues en él se inmolaban víctimas humanas, y las artes adivinatorias se dilucidaban en sus entrañas palpitantes. Reaparecieron con gran esplendor bajo Cómodo, quien realizó sacrificios personalmente a Mitra, y fueron aún más practicados bajo Constantino y sus sucesores, cuando los Sacerdotes de Mitra se extendían por todo el Imperio Romano, y los monumentos de su

culto aparecían incluso en las Islas Británicas.

Se consagraban a Mitra cuevas en las que se recopilaban multitud de símbolos astronómicos, y se exigía pasar crueles pruebas a los iniciados. Los persas no construían templos, sino que llevaban a cabo su culto en las cimas de las colinas, en recintos de piedra no trabajada. Abominaban de las imágenes, e hicieron del Fuego y el Sol emblemas de la Deidad. Los judíos tomaron esos símbolos prestados de los persas, y representaron a Dios apareciéndose a Abraham en una lengua de fuego, y a Moisés como una zarza ardiendo en el Monte Horeb o Sinaí.

Con los persas, Mitra, encarnado en el Sol, era la Deidad invisible, Padre del Universo y Mediador. En la caverna de iniciación de Zaratustra, el Sol y los planetas eran representados por encima de las cabezas, con oro y piedras preciosas, como también sucedía con el Zodíaco. El Sol aparecía emergiendo por detrás de Tauro. Tres grandes pilares, Eternidad, Fecundidad y Autoridad, soportaban el tejado, y el conjunto era un trasunto del Universo.

Zaratustra, como Moisés, afirmaba haber conversado cara a cara, como el hombre con el hombre, con la Deidad; y haber recibido de Dios

un sistema de culto puro que debía ser comunicado únicamente a los virtuosos y a aquellos que se entregarían al estudio de la filosofía. Una vez que su fama se extendió por el orbe, llegaron a él discípulos de muchos países. Incluso Pitágoras fue su alumno. Tras el noviciado, el candidato entraba en la caverna de la Iniciación, siendo recibido con la punta de una espada que era presentada a la parte izquierda de su pecho, lastimándola ligeramente. Una vez coronado con olivo, ungido con bálsamo de benzoína y tras otras preparaciones, era purificado con agua y fuego, y atravesaba siete etapas de iniciación. El símbolo de estas etapas era una alta escalera de siete vueltas o escalones. En ellas el candidato atravesaba numerosas pruebas temibles, en las que la oscuridad desempeñaba un papel importante. Contemplaba una representación de los malvados en el Hades, y finalmente emergía de la oscuridad a la luz. Era recibido en un lugar que representaba el Elíseo, con los iniciados brillantemente reunidos, con el Archimago presidiendo y, vestido de ropajes azules, asumía las obligaciones del secreto, siéndole confiadas las Sagradas Palabras, de las cuales el Nombre Inefable de Dios era la principal.

Entonces se le explicaban todos los detalles de la Iniciación: se le enseñaba que estas ceremonias le llevaban más cerca de la Deidad; y que debería adorar al Fuego consagrado, don de esa Deidad y al mismo tiempo su residencia visible. Se le enseñaban los caracteres sagrados conocidos únicamente por los iniciados, y se le instruía en lo concerniente a la creación del mundo y al verdadero significado filosófico de la mitología, malinterpretada por el vulgo. Especialmente se hacía hincapié en la leyenda de Ormuz y Ahrimán, así como en el significado simbólico de los seis Amshaspands creados por el primero: *Bahman*, el Señor de la Luz; *Ardibehest*, el Genio del Fuego; *Shariver*, Señor del Esplendor y los Metales; *Stapandomad*, Fuente de la fertilidad; *Khordad*, el Genio del Agua y el Tiempo; y *Amerdad*, protector del Mundo Vegetal y causa primera del crecimiento. Y finalmente se le enseñaba la verdadera naturaleza del Ser Supremo, creador de Ormuz y Ahrimán, Causa Primera Absoluta, denominada Zerván - Akherene.

En la Iniciación Mitraica había distintos grados. El primero, según Tertuliano, era el de Soldado de Mitra. La ceremonia de recepción consistía en presentar al candidato una corona sostenida por una espada. Era aproximada a su cabeza, y él la

rechazaba diciendo "Mitra es mi corona". Entonces era declarado Soldado de Mitra, y tenía el derecho de llamar a los otros soldados iniciados "compañeros en armas". De aquí viene el título *Compañeros* en el Grado del Arco Real del Rito Americano. Entonces pasaba, dice Porfirio, a través del grado del León (la constelación de Leo, domicilio del Sol, es el símbolo de Mitra, tal y como se aprecia en los monumentos). Estas ceremonias eran denominadas en Roma Leónticas o Helíacas, o Coracia o Hierocoracia, es decir, del Cuervo, pájaro consagrado al Sol, y también un signo ubicado en los cielos por debajo de Leo, junto a la Hidra, apareciendo el Cuervo igualmente en los monumentos mitraicos. Posteriormente accedía a un grado más alto, donde los iniciados eran llamados *Perses* e hijos del Sol. Por encima de ellos se encontraban los Padres, o *Pater Patratus*. Los iniciados también ostentaban el título de Águilas y Halcones, pájaros consagrados al Sol en Egipto, el primero al Dios Mendes y el segundo como emblema del Sol y de la Realeza.

La pequeña isla de Samotracia fue durante mucho tiempo depositaria de ciertos augustos Misterios, y muchos se desplazaron allí desde todas partes de Grecia para ser iniciados. Se

decía que Samotracia había sido poblada mucho tiempo atrás por los pelasgos, tempranos colonizadores asiáticos de Grecia. Los dioses adorados en los Misterios de esta isla eran denominados Cabiri, (una palabra oriental, de *Cabar*, grande). Varrón llama a los dioses de Samotracia “Dioses Potentes”. En árabe, Venus es llamada *Cabar*. Varrón afirma que las grandes deidades cuyos Misterios eran practicados aquí, eran el Cielo y la Tierra. Estos no eran sino símbolos de los Poderes Activo y Pasivo o Principios de la generación universal. Los dos Gemelos, Cástor y Pólux, o el Dioscuri, eran igualmente llamados los Dioses de Samotracia; y el Escoliasta de Apolonio, citando a Mnaseas de Patara, da los nombres de Ceres, Proserpina, Plutón y Mercurio como las cuatro divinidades cabíricas veneradas en Samotracia bajo los nombres de Axieros, Axiocersa, Axiocersus y Casmillus. Mercurio era, allí como en todas partes, el ministro y heraldo de los Dioses; y los jóvenes servidores de los altares y los niños empleados en los Templos eran llamados Mercurios o Casmilli, ya fuese en entorno toscano, etrusco o pelasgo. Tarquino el Etrusco fue iniciado en los Misterios de Samotracia; y Etruria tenía sus Cabiri, al igual que Samotracia.

Pues el culto a los Cabiri se extendió desde la isla a Etruria, Frigia y Asia Menor. Y probablemente llegó a Samotracia desde Fenicia, pues los Cabiri son mencionados por Sanchoniaton, y la palabra Cabar pertenece al fenicio y a las lenguas arábigas. Los Dioscuri, deidades tutelares de la navegación, junto con Venus, eran invocadas en los Misterios de Samotracia. La constelación Auriga, o Faetón, era también festejada con ceremonias imponentes. En la expedición de los argonautas, Orfeo, iniciado en estos Misterios, ante la llegada inminente de una tormenta, aconseja a sus compañeros poner rumbo a Samotracia. Así lo hicieron, y la tormenta cesó, y fueron iniciados en los Misterios de la isla, y se echaron de nuevo a la mar con la certeza de tener un viaje afortunado, bajo los auspicios de los Dioscuri, patrones de los marineros y la navegación.

Pero a los iniciados se les prometía mucho más que eso. Los hierofantes de Samotracia hicieron algo infinitamente más grande para contar con el interés de los futuros iniciados: consagraron hombres a la Deidad, que juraron llevar una vida virtuosa, y les garantizaron aquellas recompensas que la Justicia de los Dioses reserva para los iniciados tras la muerte. Esto, por encima de todo

lo demás, hacía las ceremonias augustas, y movía a tal respeto por ellas que ha-cía nacer el deseo de ser admitido en los Misterios. Eso propició que también la isla fuese considerada *sagrada*. De hecho, era respetada por todas las naciones. Los romanos, una vez convertidos en amos del mundo, les mantuvieron sus leyes y libertades. Samotracia era asilo para el desdichado, y un santuario inviolable. Allí los hombres eran absueltos incluso del crimen de homicidio, si no había sido perpetrado en el Templo.

Niños de tierna edad eran iniciados allí, e investidos con la túnica sagrada, el cinturón púrpura, la corona de olivo, y eran sentados en un trono, como el resto de iniciados. En las ceremonias se representaba la muerte del más joven de los Cabiri, muerto a manos de sus hermanos, que huyeron a Etruria, llevando con ellos el ataúd o arca que contenía sus genitales; y en Etruria eran adorados el Falo y el arca sagrada. Heródoto dice que los iniciados samotracios comprendían el sentido y origen de esta reverencia debida al Falo, así como por qué era exhibido en los Misterios. Clemente de Alejandría comenta que los Cabiri enseñaron a los toscanos a reverenciarlos. También se adoraba el Falo en los Misterios de Heliópolis en

Siria, cuyas divinidades tenían muchos puntos de semejanza con Atis y Cibeles. Los pelasgos lo relacionaban con Mercurio, y también aparece en los monumentos mitraicos; siendo siempre y en todas partes un símbolo del poder dador de vida del Sol en el Equinoccio Vernal.

En los Misterios Indios, conforme el candidato efectuaba tres circuitos, se detenía en cada ocasión que alcanzaba el Sur, y decía: "Obedezco el ejemplo del Sol, y sigo su curso benéfico". La Masonería Simbólica ha mantenido los circuitos, pero ha olvidado su explicación por completo; que es, que en los Misterios el candidato representaba invariablemente al Sol, descendiendo meridionalmente hacia el reino del Principio del Mal, Ahrimán, Shiva o Tifón (oscuridad e invierno); allí era asesinado en sentido figurado, y tras unos días se levantaba de entre los muertos y comenzaba a ascender en sentido septentrional. Entonces se lloraba la muerte de Sita; o la de Cama, muerto por Iswara, que era entregado a las olas en un cofre, como Osiris y Baco; y durante el duelo el candidato era aterrorizado por fantasmas y sonidos horribles. Entonces se le hacía personificarse en Vishnú, y llevar a cabo sus peripecias y trabajos. En los dos primeros se le enseñaba en alegorías la leyenda

del Diluvio Universal; en el primero daba tres pasos en ángulo recto, que representaban los tres grandes pasos dados por Vishnú en sus peripecias; y este es el origen de los tres pasos que se dan en el grado de Maestro en ángulos rectos.

Cuando habían finalizado las nueve pruebas, se le enseñaba la necesidad de la Fe como algo superior a los sacrificios, actos de caridad o mortificación de la carne. Entonces se le advertía contra cinco crímenes, y se comprometía solemnemente a no cometerlos nunca. A continuación era introducido en una representación del Paraíso, donde la Compañía de Miembros de la Orden se hallaba en impecable formación, y un fuego ardía sobre el altar, como emblema de la Deidad. Entonces se le daba un nuevo nombre, y era investido con una túnica blanca y ornado con una tiara; y recibía los signos, toques, y unas lecturas. Se marcaba una cruz en su frente, y un nivel invertido, o la Tau, sobre su pecho. Recibía el cordón sagrado, y diversos amuletos y talismanes. Y finalmente era investido con la Palabra Sagrada o Nombre Sublime, solo conocido por los iniciados, el símbolo de tres letras A.U.M.

Entonces se explicaba la multitud de símbolos al candidato, así como los arcanos de la ciencia escondida en ellos, y las diferentes virtudes personificadas en las figuras mitológicas. Y así aprendía el significado de esos símbolos que, para el profano, resultaban figuras ininteligibles.

El Tercer Grado consistía en una vida de reclusión, una vez que los hijos del iniciado eran capaces de proveerse el sustento por sí mismos. Transcurría en el bosque, entre abluciones y oraciones, y comiendo únicamente verduras. Se decía entonces de él que *había nacido de nuevo*.

El Cuarto grado consistía en una absoluta renuncia al mundo, en vida contemplativa y en mortificación, a través de lo cual debía alcanzarse la perfección, así como la fusión del alma con la Deidad.

En el Segundo Grado, se enseñaba al iniciado la Unidad de Dios, la felicidad de los patriarcas, la destrucción por el Diluvio Universal, la depravación del corazón y la necesidad de un mediador, lo efímero de la vida, la destrucción final de todo lo creado y la restauración de un mundo perfecto. Inculcaban la Eternidad del Alma, explicaban la Metempsicosis, y sostenían la doctrina de una recompensa o castigo futuros. Y

hacían mucho hincapié en que los pecados solo podían ser expiados por el arrepentimiento, la reforma y la penitencia voluntaria, y no únicamente por medio de ceremonias y sacrificios.

Los Misterios entre los chinos y japoneses llegaron de la India, y se basaron en los mismos principios y siguieron ritos similares. El término asignado al nuevo iniciado era O-MI-TO-FO, en el que reconocemos la palabra original A-U-M, asociada, en período muy posterior, con el nombre FO, el Buda indio, para mostrar que Él mismo era la Gran Deidad. El triángulo equilátero era uno de sus símbolos; e igualmente lo era el místico **Y**, aludiendo ambos al Dios Trino, y constituyendo este último el nombre inefable de la Deidad. Un anillo soportado por dos serpientes era el emblema del mundo, protegido por el poder y sabiduría del Creador, y ese es el origen de las dos líneas paralelas (en las que las serpientes se han convertido con el tiempo) que soportan el círculo en nuestras logias.

Entre los japoneses, el período de prueba para el grado más alto era de veinte años.

Las principales características de los Misterios Druídicos se parecían a las de los practicados en

Oriente. Las ceremonias comenzaban con un himno al Sol. Los candidatos eran dispuestos en filas de tres, cinco o siete según su graduación, y eran conducidos nueve veces alrededor del Santuario, de Este a Oeste. El candidato se sometía a numerosas pruebas, una de las cuales hacía referencia directa a la leyenda de Osiris. Era situado en una barca y enviado solo a mar abierto, teniendo que confiar en su propia habilidad y presencia de ánimo para llegar sano y salvo a buen puerto. La Muerte de Hu era representada en su narración con todo tipo de detalles luctuosos, mientras el candidato se hallaba en absoluta oscuridad. Se encontraba con muchos obstáculos, se veía obligado a demostrar su coraje, y a exponer su vida contra enemigos armados; representaba a varios animales y, por fin, alcanzando la luz permanente, era instruido por el Archidruida en lo concerniente a los Misterios y a la moralidad de la Orden; era instado a actuar valientemente en la guerra y se le enseñaban las grandes verdades sobre la inmortalidad del alma y la vida futura; se comprometía solemnemente a practicar el culto a la Deidad, a practicar una rígida moral y a evitar la pereza, la discusión y la insensatez. El aspirante alcanzaba el conocimiento exotérico en

los dos primeros grados. El tercero era alcanzado únicamente por unos pocos, tras larga purificación y el estudio de todas las artes y ciencias conocidas por los Druidas, en soledad, durante nueve meses. Esta era la simbólica muerte y entierro de estos Misterios.

El peligroso viaje en mar abierto, en un pequeño bote con una piel, en el atardecer del 29 de abril, constituía la última prueba y el fin de la iniciación. Si rehusaba someterse a esta prueba era despedido con desprecio. Si la afrontaba y tenía éxito, se le llamaba *tres veces nacido*, y resultaba elegible para todas las dignidades del estado, recibiendo completa instrucción en las doctrinas filosóficas y religiosas de los Druidas. Los griegos también empleaban el *tres veces nacido* (*Epoptes Trigonos*, Εποπτης Τριγονος), y en la India se consideraba perfecto al Yogui que había llevado a cabo muchos nacimientos. Los rasgos generales de las iniciaciones entre los godos eran semejantes a los de todos los Misterios. Un largo período de prueba, ayuno y mortificación, procesiones circulares que representaban la marcha de los cuerpos celestes, pruebas que infundían terror, un descenso a las regiones infernales, la muerte del Dios Balder a manos del Principio del Mal, Lok, la ubicación de

su cuerpo en un bote enviado aguas arriba; y, en resumen, la leyenda oriental, bajo distintos nombres y con algunas variaciones.

El egipcio Anubis aparecía allí, como el perro guardián de las puertas de la muerte. El candidato era emparedado simulando una tumba, y cuando quedaba libre, marchaba a la búsqueda del cuerpo de Balder, al que encontraba finalmente restaurado a la vida y sentado en un trono. Prestaba su juramento sobre una espada desnuda (como es todavía costumbre en el *Rit Moderne*) y sellaba su compromiso bebiendo licor de miel de un cráneo humano. Entonces le eran comunicadas todas las antiguas verdades primitivas que habían resistido el asalto del tiempo, y se le informaba de la generación de los dioses, la creación del mundo, el diluvio y la resurrección de la que Balder era prototipo.

Era marcado con el signo de la cruz, y se le entregaba un anillo como símbolo de la Divina Protección y emblema de Perfección (de aquí viene la costumbre de entregar un anillo al aspirante del Grado XIV).

Le eran explicados el Punto dentro de un Círculo, y el Cubo, emblema de Odín, y finalmente la naturaleza del Dios Supremo, "el

autor de todo lo que existe, el Ser Eterno, Antiguo, Vivo y Terrible, que ve en las cosas ocultas, el Ser que nunca cambia", habitualmente confundido por el vulgo con Odín el Conquistador. Y el Dios Trino de los Indios era reproducido a imagen y semejanza de Odín, el Padre todopoderoso, siendo Frea (*Rhea o Phre*) su esposa (emblema de la materia universal), y Thor su hijo (el Mediador). En esto reconocemos a Osiris, Isis y Hor u Horus. Alrededor de la cabeza de Thor, como si se desease mostrar su origen oriental, se dispusieron doce estrellas en círculo. Se mostraba igualmente al candidato la destrucción final del mundo, y el nacimiento de uno nuevo, en el que los valientes y virtuosos disfrutarán de felicidad y gozo sin fin. Como método para asegurarse esta venturosa fortuna, se le enseñaba a practicar la más estricta moralidad y virtud.

El iniciado era preparado para recibir las grandes lecciones de todos los Misterios por medio de largas pruebas, abstinencia y castidad. Se le exigía ayuno y continencia durante muchos días, y se le ofrecían para beber líquidos calculados para disminuir sus pasiones y mantenerlo casto. También se requerían abluciones, que representaban la pureza precisa

para que el alma pudiese escapar de su nexo con la materia. Se empleaban baños sagrados, lavatorios, inmersiones, aspersiones y purificaciones de todo tipo. En Atenas se bañaban en el Iliso, que era considerado río sagrado; y antes de penetrar en el templo de Eleusis se requería a todo el mundo que lavase sus manos en una vasija de agua lustral situada junto a la entrada. Manos limpias y un corazón puro eran requisito indispensable para los candidatos. Apuleyo se bañó siete veces en el mar, simbolizando las siete esferas a través de las cuales el Alma debe ascender; y el hindú debe bañarse en el Río Ganges.

Clemente de Alejandría cita un pasaje de Menander en el que habla de una purificación asperjando tres veces con sal y agua. El azufre, la resina y el laurel también servían para la purificación, como servían el aire, la tierra, el agua y el fuego. Los iniciados de Heliópolis, en Siria, según Luciano, sacrificaban el cordero sagrado, símbolo de Aries en el signo del Equinoccio Vernal; comían su carne, como los israelitas en Pesa, y entonces tocaban su cabeza y patas con las suyas, y se arrodillaban sobre su vellón. Se bañaban en agua caliente, bebían de ella y dormían sobre el suelo.

Había una distinción entre los Misterios Mayores y los Misterios Menores. Era preciso que pasasen varios años tras haber sido iniciado en los Menores antes de poder recibir los Mayores, pues los primeros eran una preparación para los segundos. Allí eran preparados para poder recibir las santas verdades enseñadas en los Misterios Mayores. Los iniciados en los Misterios Menores eran llamados *Mystes*, o Iniciados. Los que lo habían sido en los Misterios Mayores eran denominados *Epoptes*, o Videntes. Un antiguo poeta afirmó que los primeros eran una sombra imperfecta de los segundos, como el sueño es una sombra de la Muerte. Tras ser admitido en los Misterios Menores, se impartían al iniciado lecciones de moralidad, así como los rudimentos de la ciencia sagrada, cuya parte más secreta y sublime quedaba reservada para los *Epoptes*, que veían la verdad en su desnudez, mientras los *Mystes* únicamente la percibían a través de un velo y bajo símbolos que más bien excitaban la curiosidad antes que la saciaban.

Antes de comunicar los primeros secretos y dogmas elementales de la Iniciación, los sacerdotes requerían del candidato que se sometiese a un terrorífico juramento de no divulgar jamás esos arcanos. A continuación

realizaba sus votos, oraciones, y sacrificios a los Dioses. Los pellejos de las víctimas sacrificadas a Júpiter eran extendidos sobre el suelo, y el candidato situaba sus pies en ellas. Entonces se le enseñaban algunas fórmulas enigmáticas, como respuestas ante ciertas preguntas, por las que hacerse conocer. Y finalmente se le entronaba, investido con un cinturón púrpura y coronado con flores, o ramas de palma u olivo.

Realmente no sabemos el tiempo requerido entre la admisión a los Misterios Menores y los Mayores en Eleusis. La mayor parte de los autores lo establecen en cinco años. Fue un detalle de favor muy singular hacer a Demetrio *Mystes* y *Epopt* en una misma y única ceremonia. Cuando por fin era admitido en el Grado de Perfección, el Iniciado era puesto cara a cara con la plena realidad, y aprendía que el alma era la totalidad del hombre; que la tierra no era más que su lugar de exilio; que el Cielo era su lugar de origen; que para el alma nacer es realmente morir, y que la muerte constituía por ello el retorno a una nueva vida. Entonces él entraba en el santuario, pero no recibía la totalidad de la instrucción de una sola vez, sino que continuaba durante varios años. Había, por así decirlo, muchos apartamentos, a través de los cuales él avanzaba

por grados, y que estaban separados por espesos velos. Había estatuas y pinturas, dice Proclo, en la parte más interior del santuario, que mostraban las formas asumidas por los dioses. Finalmente caía el último velo, descubriendo la imagen de la Diosa, revelada en todo su esplendor, rodeada de una luz divina que llenaba todo el santuario, confundía los ojos y penetraba en el alma del iniciado. Así era simbolizada la revelación final de la verdadera doctrina en lo concerniente a la naturaleza de la Deidad y del alma, y las relaciones de cada una con la materia.

Esto era precedido por escenas temibles, episodios de temor y alegría, de luz y oscuridad; por el brillo de rayos y el choque del trueno, así como por apariciones de espectros o ilusiones mágicas que impresionaban al mismo tiempo los ojos y los oídos. Todo esto queda descrito por Claudiano en su poema sobre el Rapto de Proserpina, cuando alude a lo que acontecía en sus Misterios:

> El templo es sacudido, los rayos relampaguean de manera feroz, anunciando la presencia de la Deidad. La Tierra tiembla, y en medio de estos terrores se escucha un terrible ruido. El

> Templo del Hijo de Cécrope resuena con largos rugidos. Eleusis eleva sus antorchas sagradas; se escucha silbar a las serpientes de Triptolemo; y la temible Hécate se divisa a lo lejos.

La celebración de los Misterios Griegos continuaba, según las opiniones más autorizadas, durante nueve días.

En el primero se encontraban los iniciados. Era el día de la Luna Llena del mes de Boedromion, cuando la luna está llena al final del signo de Aries, cerca de las Pléyades y del lugar de su exaltación en Tauro.

En el segundo día se celebraba una procesión hacia el mar, con baños purificadores.

El tercero se ocupaba en ofrendas, sacrificios expiatorios y otros ritos religiosos, tales como ayunar, practicar el duelo y la continencia, etc… Se llevaban a cabo ofrendas de grano y de animales vivos.

En el cuarto se llevaban en procesión la mística corona de flores, representando las que se le cayeron a Proserpina cuando fue capturada por Plutón, así como la corona de Ariadna en los Cielos. Era llevada en un carro triunfal tirado por

bueyes, y las mujeres lo seguían llevando cofres rituales envueltos en telas púrpuras que contenían granos de sésamo, galletas piramidales, sal, granadas y la misteriosa serpiente; y quizá el falo místico.

En el quinto se celebraba la soberbia procesión de antorchas, que conmemoraba la búsqueda de Proserpina por Ceres. Los iniciados marchaban en tríos, portando cada uno una antorcha. A la cabeza de la procesión marchaba el *Dadoukos*.

El sexto día estaba consagrado a Íacos, el joven Dios–Luz, hijo de Ceres, levantado en los santuarios y portando la antorcha del Dios – Sol. El coro de Aristófanes le ensalza como *estrella luminosa que alumbra la iniciación nocturna*. Era portado, con su cabeza coronada de mirto, desde la puerta del Cerámico hasta Eleusis por la Vía Sacra entre danzas y canciones sagradas.

En el séptimo día tenían lugar ejercicios gimnásticos y combates, cuyos vencedores eran coronados y recompensados.

El octavo día era la festividad de Esculapio.

En el noveno día se celebraba la famosa libación por las almas de los difuntos. Según Ateneo, los sacerdotes llenaban dos vasijas y

situaban una en el Este y otra en el Oeste, próximas a las puertas del día y la noche, y las volcaban pronunciando una misteriosa oración. De esta forma invocaban a la Luz y la Oscuridad, los dos grandes principios de la Naturaleza.

Durante todos estos días, nadie podía ser arrestado, ni se podía iniciar una acción legal, bajo pena de muerte, o a menos de una fuerte multa. Y nadie estaba autorizado a rivalizar con esta pompa sagrada haciendo una exhibición inhabitual de riqueza o magnificencia. Estos días quedaban exclusivamente reservados para la religión.

Tales eran los Misterios; y tal era el Pensamiento Antiguo, que nos ha llegado disperso y muy fragmentado. La mente humana especula sobre los grandes misterios de la Naturaleza, y descubre que sus pensamientos ya habían sido consideradas por los antiguos, cuyas más profundas elucubraciones es preciso buscar, no en sus filosofías, sino en sus símbolos, medio en el que intentaron plasmar sus grandes ideas (ideas para las que las palabras resultaban demasiado pobres), en torno al gran círculo de la Naturaleza: Nacimiento, Vida, Muerte o Descomposición, y Vida Nueva a partir de la Muerte y la

Podredumbre, que para ellos eran los mayores misterios. Recordad, mientras estudiáis sus símbolos, que ellos tenían un mayor sentido de estas maravillas del que tenemos nosotros. Para ellos las transformaciones del gusano resultaban una maravilla mayor que las estrellas; y de aquí que el pobre escarabajo les resultase sagrado. De esta forma sus credos quedaban condensados en símbolos o desarrollados en alegorías que les resultaban comprensibles, pero que no siempre se ajustaban al lenguaje; pues hay pensamientos e ideas que ningún idioma plasmó jamás, pues el hombre no tiene palabras para expresarlos.

El Traductor:

Nacido en Albacete (España) en 1968, Alberto Moreno Moreno es Técnico en Empresas y Actividades Turísticas y traductor. Reside actualmente en Alfaz del Pi (Alicante), y es miembro de las RR# LL# SS# Hiram Abiff Nº 80, al Oriente de Alicante, y Oliva-La Safor Nº 112, al Oriente de Gandía, pertenecientes a la Gran Logia de España

Este libro terminó de componerse en las colecciones de MASONICA.ES el día 21 de septiembre de 2010 (e# v#), Equinoccio de Otoño

Notas

[←1]

Epopt es un término que designa al iniciado en los Misterios de Eleusis.

[←2]

צפעני, Tsapanai, significa *serpiente* en hebreo.

[←3]

Sic en el original.

[←4]

Los Arcontes constituían un órgano colegiado de nueve miembros que tenían poder ejecutivo y judicial en sus distintas competencias. El principal era el Arconte Epónimo, que daba nombre al año civil. El Arconte Rey estaba al frente del culto, y el Arconte Polemarco, de los asuntos militares.

[←5]

Primer mes del calendario ático, correspondiente aproximadamente al mes de Septiembre.

[←6]

Cementerio de Atenas.

Índice

XIX GRAN PONTÍFICE 8
XX GRAN MAESTRO DE TODAS LAS LOGIAS SIMBÓLICAS 35
XXI NOAQUITA, O CABALLERO PRUSIANO 55
XXII CABALLERO DEL HACHA REAL O PRÍNCIPE DEL LÍBANO 66
XXIII JEFE DEL TABERNÁCULO 91
XXIV PRÍNCIPE DEL TABERNÁCULO 129
Notas 266